Siete cuentos

Humberto Costantini



(C)
LA COMUNA
ediciones



Siete
Cuentos

Humberto Costantini



Siete
Cuentos

Humberto Costantini

Colección Ficciones

La Comuna Ediciones

Gracias a Violeta, Ana y Daniel Costantini por su generosidad al permitirnos publicar este libro.

Foto de tapa: César Santoro
Diseño: DCV. Mariana Espinosa
Compiladores: Facundo Báñez, Omar Giménez y Soledad Franco

Costantini, Humberto
Siete cuentos / Humberto Costantini; compilado por Facundo Báñez; Omar Giménez; Soledad Franco. - 1a ed . - La Plata : La Comuna Ediciones, 2019.
200 p. ; 21 x 13 cm. - (Ficciones / Báñez, Facundo)
ISBN 978-987-4447-06-7
1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. 3. Cultura Política. I. Báñez, Facundo, comp. II. Giménez, Omar, comp. III. Franco, Soledad, comp. IV. Título.
CDD A863

Pasen y lean

Hacer esta invitación pública a que ingresen al mundo literario de Humberto Costantini por la deliciosa puerta de estos *Siete cuentos* es un singular privilegio que me regala la vida. También una suerte de revancha que pocos lectores pueden darse. Conocí sus poemas cuando era adolescente y me topé con su libro *Cuestiones con la vida*. Fue un destello, una señal. Luego vinieron sus cuentos y su novela *De Dioses, hombrecitos y policías*. ¿Quién era este pariente al que empezaba a querer sin conocerlo? Con el tiempo también incorporé su historia de compromiso militante. Su derrotero de injusticias y exilio. Su gran aventura vital donde nunca dejó de ejercer el oficio de contador de historias.

Su obra, durante años, fue objeto del ninguneo avieso de las capillas literarias pero no hay iniquidad que no se evapore ante la presencia de verdad y belleza. Los textos de Costantini pertenecen a un río donde también navegan Haroldo Conti y Rodolfo Walsh y, más cerca, Osvaldo Soriano y Roberto Fontanarrosa. Un torrente donde la gente común es narrada de manera magistral.

Este libro, que incluye cuentos de distintas épocas, vuelve a recorrer sus obsesiones: el amor y su derrota, el tango, la amistad, los bares, la ciudad, el fútbol… Flota una ética *gramsciana* en estos siete relatos: un pesimismo de la inteligencia sólo soportable por el optimismo de la voluntad. Nada sucede como debería ocurrir. Y eso es un alivio. El crack que se resiste al gol, el músico despedazado por amor, el artista que pega lentejuelas, el lúcido exiliado que escucha en clave de ficción los horrores que se viven en su patria. Esta fauna entrañable interpela, no se resigna aunque en apariencia así parezca.

Costantini regresó de México en 1984, de un exilio de 7 años, 7 meses y 7 días y murió el 7 de junio de 1987. Cuentan que escribió hasta la última noche. Como si fuera uno de sus personajes, eligió una manera de *sobremorir*. Sus cuentos permanecen e iluminan. Pasen y lean.

Reynaldo Sietecase

Háblenme de Funes

(Relato con voces)[1]

A Sara

1- Seguimos la primera edición del texto, publicado en 1970 en Argentina por la editorial Sudamericana, junto a "Amarillo sol, amarillo pétalo, amarillo flamante, amarillo poema" y a "Fichas", cuentos del mismo autor.



Juan Paladino
(Piano)

Para qué quiere saber de Funes, señor, una historia pasada, nada se va a ganar con ventilarla, hay un prontuario, hay mucha gente que prefiere olvidar, al fin de cuenta un lío de milonga, no sé qué puede interesarle de él, vino, tocó en mi orquesta, tuvo una muerte bárbara, lo llamaban el Músico, qué más puedo decir, que estoy pagando mi vieja ingenuidad o estupidez, nunca lo iba a tomar de haber sabido, le digo estupidez, señor, adónde ha visto un músico, un segundo violín, del que nadie conoce prácticamente nada, apenas Kraimer que me dice de tomarle una prueba, todo por qué, porque hay un tipo, un tal don Pedro, que le ha hablado de Funes a un vecino o pariente del Rusito, y ahí se acaban los antecedentes, vea si le estoy mintiendo, y yo de sonso, con no más que dos días, y el primer viernes de la temporada allí esperando, que le acepto, que sí, que me lo mande, vaya pensando si no es mala suerte, doce años de penar, de andar por ahí, tocando solo en algún bar, alguna *boite*, haciendo changas en alguna orquestita, y siempre aquí la idea de volver a formar mi vieja orquesta, la recuerda, la vieja orquesta de Juan Paladino, que tuvo su momento allá en El Nacional y en Radio Splendid, cómo que no, Héctor Soria, Demarchi en bandoneón, cuatro violines, ha visto cómo la recuerda, le iba diciendo de esos doce años, con

el gusto al fracaso, sin encontrar variante, y sin un peso, y solo, y con mis años, borrándose mi nombre del ambiente, póngase en mi lugar, y allí de golpe, aquel contrato en el Palermo Palace, y para todo el año, uno llega a pensar, la providencia, Dios que le echa una cuarta, el batacazo; ya ni sé cómo vino, un dueño nuevo, se acordaba de mí, del Nacional, tal vez, vaya a saberlo, creyó que yo tenía mi orquesta todavía, y yo, claro, acepté, dije que sí, le contesté como si la tuviera, quién se acordaba de esos doce años; ya puede suponer, firmé el contrato, piense, cómo no iba a firmarlo, apenas me quedaba una semana y empecé a buscar gente, no era fácil, vaya a dar con sus músicos después de doce años, Juan Paladino y su fulera fama, cuántos no se lo han dicho: yetatore, ahora diga que usted no lo sabía, pero qué iba a encontrar, Demarchi el único, dejó su puesto para venirse aquí, un amigo de ley, y tan buen músico, es cierto que después él también vino a entrar por la variante, ya le van a contar, no me pregunte, pero de aquello tuvo la culpa Funes, o yo pensando bien, yo que de pavo, lo tomé así nomás, con la primera prueba, sin preguntarle nada, sin saber nada de él, no sé, fue algo muy raro ahora que pienso, no sé qué me pasó por la cabeza.

Osiris Demarchi
(Primer bandoneón)

Como cortado el Viejo, abatatado, qué antecedentes le iba a preguntar si parecía con miedo, ya no digo después que tocó Funes, pero antes, ni bien Funes habló, si es de contarlo, escuche, se lo cuento, fue la noche de un miércoles, temprano, ahí se andaba tratando de ensayar, la única vez yo creo que ensayamos, antes de presentar la nueva orquesta, y eso más bien por conformarlo al Viejo, usted ya sabe, así son esas cosas, músicos que yo le había juntado por ahí, a qué perder el tiempo, gente baqueteada, dos bandoneones más, Kraimer primer violín, el viejo Valenzuela en contrabajo, Juan Paladino al piano, y el cantor; ya se habrá dado cuenta, faltaba por lo menos un segundo violín, y la presentación encima que era el viernes, en fin como le digo, ahí nos estábamos, viendo qué iría a salir de todo eso, tratando de aclarar, poniendo un poco de orden, dando segundas voces, marcando las entradas, la verdad: jorobando, yo haciendo que a la gente no le diera por irse, le mantuviera su respeto al Viejo, usted sabe la fama que le han hecho; se me hace que lo veo aquella noche, las partituras sobre las rodillas, y un cachito de lápiz, corrigiendo, yo macaneando un poco con el fuelle, los otros aburridos, preguntando la hora a cada rato, sufriendo malamente aquel ensayo, que a todo el mundo parecía de sobra, y para más, ese salón

vacío del Palermo, casi en la oscuridad, y el escenario igual, frío, en penumbra, con la luz amarilla y moribunda de una sola bombita en un costado, el Viejo siempre con su cara de esgunfio, más parecía un velorio aquello que otra cosa; y en un momento de esos llegó Funes, el Viejo ahí encorvado sobre sus partituras ni lo miró venir, yo sí lo vi, lo campanié de entrada, venía por el medio de ese salón vacío, el violín enfundado bajo el brazo, la mano en el bolsillo, lo vimos caminar, irse acerando, con ese tranco lento, desgarbado y canyengue que después se iba a hacer tan conocido, tan de Funes llegando, su porra renegrida, y ese aire de artista de otro tiempo, flaco, alto, todo trajeado en negro, buena pinta, se acercó al director, el Viejo allí peleando en sus arreglos, saludó en general y dijo así: yo soy Funes el Músico, así dijo.

Julito Díaz
(Cantor)

Claro que ahora está muerto y uno piensa, el pobre tipo qué iba a suponer, digo cuando llegó esa noche, tanta pinta, que en ese mismo sitio iba a morir después al poco tiempo, así que uno se calla ahora, por respeto, pero esa vez le juro era una risa, señor, llamarse "el Músico", un tipo al que ninguno conocía, decirse así nomás "Funes el Músico", nada menos que frente a Paladino, frente

al mismo Demarchi, o Valenzuela, o a mí sin ir más lejos, profesionales, gente con su nombre, pero hágame el favor, "Funes el Músico", por eso yo de atrás le dije aquello, una cosita suave por ser recién llegado, no sé si hablé de murgas, de kermeses, o de la banda lisa en la colimba, bajito, para que el Funes ese me escuchara, se me bajara un poco del caballo, se le fueran los aires, me comprende, pero qué, ni se mosquió el fulano, ahí quedó quieto, esperándolo al Viejo, contemplándolo con sus ojos oscuros, pestañudos, o a lo mejor mirando como a través de él, haciendo tiempo, el Viejo sin pensar, atolondrado, sólo alcanzó a decir "me habían hablado", que Kraimer le había hablado, y allí nomás sin preguntar ni nada, sin saberle ningún antecedente, no va y le dice "bueno suba, vamos a hacer alguna cosa", con una voz muy baja, desteñida, y dejando en el piso los arreglos, sin tomarse el trabajo de semblantearlo al menos, se arrimó al piano el Viejo y empezó a darle al tema "Mala Junta".

Kraimer
(Primer violín)

No, era la introducción de "Íntimas", como para olvidarme que era "Íntimas", si aquella noche, la noche en que murió, que lo mataron, fue la última cosa que tocó, parece un cuento, no me equivoco no, seguro que

era “Íntimas”, naipe muy manoseado para el Viejo, algo como el saludo de su vieja orquesta; si lo estoy viendo a Paladino, suave, como rozando apenas los primeros arpegios, Demarchi que se afana en hacernos llegar las partituras, yo que acomodo sobre el atril de Funes las dos partes de segundo violín, que le hago una guiñada como para alentarlo, y él que ladea la cabeza y me sonríe, pero estándose quieto, la mano en el bolsillo, no sé si distraído o escuchando los arreglos del Viejo, era el solo de piano con el apoyo en ritmo de los fuelles, trate de imaginar, Funes allí escuchando sin moverse, el Viejo que no sabe qué hacer, tal vez tragando bronca pero nada, nosotros que tomamos la cosa medio en broma, y la pieza que sigue, trate de imaginar, de verlo a Funes quieto y como lejos, cuando ahí está Demarchi que termina su estribillo en los bajos, yo que me prendo a la primera voz bien lisa y fuerte, y el cantor acercándose, en fin, recién allí y a las cansadas, Funes deja pensar que va a hacer algo, lento, como indeciso desenfunda el violín, le encuentra el tono, y se arrima al atril para leer, fíjese que me acuerdo de estos detalles sonsos, que era la parte de Julito Díaz, que el Viejo le hizo no con la cabeza, y que el cantor se fue medio amoscado.

Juan Paladino
(Piano)

Tal cual se lo contaron, ese tonto no hacer nada de Funes me tenía en un hilo, me irritaba, pero también, no sé, aquella estampa, ese quedarse allí, quieto, esperando, de alguna forma, pienso, me ganaba, no lo quise llamar, gritarle un vamos, sencillamente lo esperé, eso es todo, recién después, al rato, cuando quiso, sacó el violín y se largó a tocar, al principio leyendo, un buen sonido el hombre, un ritmo justo, ninguna cosa que decir de Funes, pensé que bueno, sí, que ya estaba ahí la orquesta, ahora tenía al hombre que faltaba, casi contento me afirmé a escuchar, muy bien las cuerdas, justo el contrabajo, Kraimer arriba la primera voz, Funes siguiendo abajo una tercera, y así debían seguir los dos, una manera vieja de reforzar las cuerdas, algo más bien sencillo, pero en eso, cuando todo iba así, como por tubo, no va y se corta el Funes ese, solo, de golpe y casi como en chiste, con una fantasmal segunda voz, una cosa vibrante, juguetona, apoyada en armónicos, inquieta, para colmo tan nueva, tan salida del aire, tan totalmente loca, inesperada, que al pobre Kraimer casi se le va el arco de las manos; y esa fue la llegada de Funes al Palermo, así nomás llegó, todos lo vieron, después, bueno después pasaron cosas, pero mucho después, ya le dije señor, no gana nada, por qué insiste en saber.

Kraimer

(Primer violín)

Déjeme hablar, un río, un viento luminoso, una centella que incendiaba la noche del Palermo, déjeme hablar, un cielo que era a un tiempo la calle, una mujer, la muerte, un tango, trenes, Buenos Aires, que era toda la noche y era Funes, déjeme hablar, y una segunda voz, y un lujo, y el amor, y nosotros, y los fuelles obedientes siguiendo aquel envite, y una manera de jugar, y un algo dando vueltas, rozándonos, buscándonos, saltando por encima, y era risa, y era también silbido, y era, y era…

José Valenzuela

(Contrabajo)

No me haga hablar, un asco, y a eso por aquí le dicen música, vea señor, yo quiero serle franco, no me interesa para nada el tango, le digo más, vine a parar aquí, por mi vieja amistad con Paladino, qué le voy a contar lo de ese Funes, payada, disparate, nada serio, yo qué tengo que ver, pregunte a otro, el tiempo que hace que largué la música, filósofo le han dicho, qué filósofo, lo dicen por decir, por mi manera ladina de juzgar, por mi malicia, porque desprecio al público y no creo ni en amor, ni en la música ni en nada, quiere saber, trabajo de ordenanza en

Hacienda, sí, claro, es cierto que toqué en el Colón, y eso qué tiene, yo entonces era joven y creía, bueno, creía en fin algunas cosas, vea mejor no hablemos de eso, quiere, ahora vengo, llego siempre a la hora, leo lo que está aquí, gano unos pesos y chau, me voy, no tengo casi nada que ver con esta orquesta; por supuesto me acuerdo de esa noche, una sonsera, un tipo que inventaba, qué viento, ni espiral, ni centelleo, pura chapucería ya le dije, lo único su aire, medio extraño, como si no estuviera allí, como si fuera, no sé, un espectador, uno de abajo, como si aquella cosa le pasara por él, bueno algo de eso, un tipo raro Funes, los muchachos, qué le puedo decir, se divertían.

Osiris Demarchi
(Primer bandonéon)

Y sí señor, un tipo raro Funes, esa noche, se entiende, después tuvo conmigo trato, sueños, confesiones, y lo llegué a querer, supo contarme de su amor, de una casa con un patio, de una muchacha, de un jazmín, de cosas que al hombre lo conducen hasta el hombre, y entonces no fue raro, fue un muchacho, un hombre enamorado simplemente, al que la muerte le había dado plazo y pronto iba a morir de mala muerte, pero esa noche allí, verlo inventando, verlo enredar al Viejo con su endiablada forma de tocar, y después al final seguir un rato, solo,

como jugando, a ritmo lento, hasta dejar después como si nada, era para extrañarse, se lo juro, había que verlo al Viejo aquella noche, su tonito irritado cuando dijo "eso no estaba ahí", y Funes como en babia "no, no estaba", y nada más, el Viejo enfurruñado, tal vez sin animarse a reprenderlo, cosa muy rara el Viejo, tan de no perdonar, de pegar gritos, y a Funes tolerarle, como copado el Viejo por su música.

Juan Paladino
(Piano)

No sé, no dije nada aquella noche, no supe qué decir, tan raro todo, Funes, aquella música, la orquesta que se metió a seguirle las locuras, yo que también entré en algún momento, tan no saber cómo encarar aquello, ingenuidad tal vez, flojera a lo mejor, pero también, es cierto, esa otra cosa, ahora quiero entenderme, ese contrato, cumplir ese contrato, usted no tiene idea, doce años, no tiene idea no, salir de pobre, y de pronto que no, que no es la guita, que es el nombre, el orgullo de aparecer de nuevo con mi orquesta, Juan Paladino con su gran orquesta, en los afiches, vio, nacer de nuevo, ahora quiero entender, tal vez por eso, por esa angurria de llegar al viernes, dejé pasar, quise pasar por alto, no, no crea que me dejé envolver, esa noche le admito, pero

luego, cuando noche tras noche, en aquel juego fueron entrando todos, cuando noche tras noche se me iba la orquesta de las manos, y lo seguían a Funes, y con vergüenza me crecía una fama que no era mía, yo me fui quedando, me callé, no hice nada, pasé por un estúpido, usted me dice que perdí autoridad, sí puede ser, no es tan sencilla de entender la cosa, fue culpa mía, y qué, no se lo dije, ingenuidad tal vez, flojera a lo mejor, qué voy a hacerle, mi nombre se prendió al violín de Funes y la muerte de Funes lo perdió, lo borró del afiche y del recuerdo, lo sacó de la fama y para siempre.

Kraimer
(Primer violín)

Fuimos entrando, un juego, una aventura, un salir al encuentro de la magia junto al violín de Funes, imitándolo, imitándole el modo, dando chance, desafiando a los otros, inventándonos, haciendo voces nuevas, contracantos, conversando en la música, juntándonos en alguna cadencia, haciendo un chiste, provocándolo al Viejo, compadreando, obligando a inventar, a estar en eso, a meterse en la fiebre de la música, si cada tango era la noche misma, si era el Palermo, la ciudad, las cosas que sólo el vino a veces las pronuncia, si era estar entre copas y volando, si era estar en un sueño y Buenos Aires.

Funes nunca entendió lo que era aquello, le parecía que todo andaba bien, que Paladino dirigía la orquesta, y que él tocaba allí como cualquiera, nunca pensó lo que tragaba el Viejo, nosotros sí pero qué se iba a hacerle, la cosa andaba bien, tuvimos suerte, renació del olvido Paladino, tuvo renombre y éxito, y la gente llenaba la milonga del Palermo, tal vez no fuera sólo por la orquesta, pienso que había algo en Funes, algo extraño, pregúntele mejor a las mujeres.

José Valenzuela
(Contrabajo)

La gente es tan cretina, usted no sabe, me puede creer señor, ese conjunto, esa manga de locos tuvo éxito, más de tres meses hizo en el Palermo y así como lo oye, tuvo éxito, quién lo puede explicar, hay que pensarlo, el público era idiota o ignorante, ni cuenta se daría de aquel disloque, qué otra cosa si no, farolerías, pura invención barata, payada de boliche, no me lo va a decir a mí, si era una pena, verlo a Juan acatando mansamente su papel de pianista, incapaz de hacer nada por corregir a aquellos frangollones, sin voluntad, siguiendo el rumbo extraño que tomaban las cosas, y sufriendo, y yo también sufriendo, lo absurdo, inexplicable de este éxito en el que Juan no había tomado parte, medio feo, no es cierto, y

lo que es más, sintiendo, estoy seguro que sintiendo, la alegría mezquina de ese éxito, que no era el suyo, que era de ese Funes, es duro de admitir, para la gente, bueno para la gente del Palermo, Juan empezó a crecer Juan Paladino, se lo atendía, se le decía maestro, volvió su nombre, grande, en los afiches, Juan Paladino con su gran orquesta, qué bruta que es la gente, qué iba a entender, señor, lo que escuchaba, si creyó a lo mejor que eran arreglos, cosas del director, genialidades, ese es el lindo público, ahora entiende, vale algo tocar para la gente, ve, por eso, por cosas como esa, yo rajé de la música, le estoy hablando en serio de la música, porque esto es otra cosa.

Kraimer
(Primer violín)

Como tres meses yo toqué con Funes, a quien decían el Músico, nos juntaba el violín y la amistad, fue mi hermano mayor, fue a veces un maestro, no sólo en el violín, en ese modo tan simplemente Funes de pasar por la vida, yo soy Funes el Músico y la vida como obediente lo venía a buscar, y el amor se le daba, y era bueno verlo crecer violín tan sin esfuerzo, sonriendo, dejándose llevar, atorranteando, su modo aquel, su música, y todas las barreras se le abrían, y yo Kraimer, el Rusito, pecoso, veinte años, nunca con mucha suerte

entre las minas, aplicado estudiante de violín, conocedor de escuelas y de libros, cómo no iba a admirar al mago Funes, a la magia de ser Funes el Músico, si había que verlo como lo veíamos, había que estar allí para saberlo, tan Funes, tan sorpresa, tan él siempre; algunas veces yo lo iba a buscar, vivía en un bulín, por Villa Urquiza, matéabamos, mirábamos crecer la tarde de domingo, se charlaba, más bien yo le charlaba, ya le dije, era como un maestro, nadie sabe de qué manera me golpeó su muerte, esa mancha en el piso del Palermo, sueño con ella a veces y la veo hacerse enorme y roja y tengo miedo, mejor no ponga eso, más bien diga algo así, que él siguió siendo el mismo, que tenía un diablo en el violín y una locura, y un silencio amistad, y su sonrisa, y un matear en las tardes de domingo, y una manera Funes de pasar por la vida, eso nomás, y que yo fui su amigo.

Julito Díaz
(Cantor)

Sí, siguió siendo el mismo, y eso qué, amargo, echao patrás, piyado, siempre el mismo, el Ruso Kraimer se le acopló de entrada, Funes era su Dios, era una risa, si lo solía mentar Funes el Músico, lo iba a buscar a su bulín a veces, hablaba de él con un respeto sonso, había que oírlo al Ruso defendiéndolo, cuando yo decía de él una sonsera,

un chiste, en fin, una verdad sin vueltas, negándome que fuera echao patrás, hablándome de genio, fijesé, si al final, digo yo no era pa tanto, cómo dice, ni piense, qué iba a tener con él, un segundo violín al fin de cuentas, un segundón, un músico cualuncue, cuál atracción me iba a robar, quién dijo, si el público de aquí siempre conmigo, siempre con el cantor, o usted qué cree, aquí como me ve me han ofrecido una actuación por radio, me ha llamado un maestro que no puedo nombrar, otra que Paladino, ni lo piense, qué me podía sacar el flaco ese, qué me podía robar, con qué, de dónde, las únicas las minas, quién, las locas, los yiros del Palermo, medio emberretinadas con el flaco, claro, cosas de putas, no sé qué le verían, la porra a lo mejor, je je, la pinta, vaya a saber qué cosa le encontraban, la música le han dicho, no, qué música, qué sabrán esas yeguas lo que es música.

Osiris Demarchi
(Primer bandoneón)

La verdad es que sí señor, son tantos años que conozco el ambiente, he visto algunos casos parecidos, puedo contar, pero a usted por lo visto le interesa lo de Funes nomás, bueno, le digo, pasaba lo que suele pasar, ya se imagina, las mujeres de aquí y Funes el Músico, ha visto a mí también se me escapó Funes el Músico, el Rusito

tal vez, bueno, decía que las minas de aquí lo idolatraban, le parece que es mucho esa palabra, creamé, no exagero, había que verlas como yo las vi, mirándolo embobadas, llamándolo, sonriéndole, acariciándolo al pasar, chau Funes, y él, señor, un paciente yigoló, un consentido, un fioca, que se ayuntara en serio con alguna no lo creo, fatos sí, por supuesto, con más de una tal vez, y bueno fuera, con la ternura que le demostraban, la Rosario ya ve sin ir más lejos, esa que fue la hembra del cantor, claro, el que usted conoce, una morocha alta, ojos tremendos, de pelambre imponente, ya ve cómo la ubica, no es de pasar por alto, usted lo ha dicho, bueno, con la Rosario, pero más bien con todas, con ninguna, un yigoló, Gardel, no sé si me comprende, quiero decir, a mí no se me escapan las cosas, y esto lo vi también, no se celaban, es la pura verdad; un acuerdo me dice, no un acuerdo pero algo así, mejor lo protegían, como si fuera de ellas, quiero decir de todas, y lo regaloneaban, lo cuidaban, como si lo supieran parte de la noche, del humo del salón, de la milonga, de la música pegándose a sus cuerpos, es muy difícil de explicar, señor, he visto casos.

Mary

Por qué me hace preguntas, no sé nada, no quiero saber nada, qué le dijo Rosario, ah, es tan cierto, era para

nosotras la alegría, vio las mañanas, ciertas mañanas de verano cuando al salir del baile o qué sé yo, una se acuerda que fue piba, dice, vamos al Rosedal, y va, pasea, se olvida de la noche, mira cielos, toca así con la mano una corteza, mastica una ramita, se come el sol, los pájaros, un carro, vuelve a sentirse amanecida, tierna, bueno, algo así, Funes el Músico, su música envolviendo como un perfume, piense en el Rosedal, en la glicina que hay en el Rosedal en primavera, ahora piense en su música, su música meciéndonos, besándonos, creciéndonos adentro como un hijo, su música latiéndonos, llamándonos, diciéndonos que sí, que esa es la noche, que esa es la noche nuestra del Palermo, con malevos, y otarios, y nosotras, y espejitos, y luces, y perfumes que a veces son recuerdos, y chinche, y amasijo, y cana y miedo, y que Dios está allí, y está en el aire, la música de Funes lo decía, que Dios estaba allí también, en la milonga, y en el violín, y en el salón vacío, y en la calle al salir, y en el gusto infantil de una ramita, todo aquello su música, no, cómo celos, quién que no fuera una infeliz podía tenerle celos, no le dije, era nuestro, era de todas, era la noche nuestra del Palermo, quiere más, con Rosario, rogábamos a Dios que no se fuera.

Rosario

Era de aquí, aquí recién nació Funes el Músico, quién era antes, quién lo conocía, había tocado, había vivido, dónde, si aquí nació le digo, de nosotras, si aquí le dimos nombre, lo parimos, quién puede averiguar lo que era antes, un don nadie seguro, un pobre diablo, pero vino y tocó, vino y fue nuestro, fue Funes nuestro con violín, con sangre, fue Funes con la noche oliendo a tango, Funes nuestro con sangre y para siempre, de dónde iba a dejarnos, quién hubiera podido arrancarlo de aquí, de nuestro vientre, si iba a ser siempre aquí Funes el Músico, si iba a ser para siempre del Palermo de no haberse buscado su desgracia, pero él se la buscó, salió a encontrarla, salió a volver a ser Funes el guacho, salió a querer morir y terminarse, ya le van a contar, todo se sabe.

Kraimer
(Primer violín)

Se lo dije, lo solía encontrar en su bulín, la casa de don Pedro, un italiano grande, buenazo, confianzudo, convidador y alegre, nos quería don Pedro, subía hasta la pieza, nos charlaba, recordaba a Caruso, sabía *La traviata* de memoria, nos llevaba a comer con la familia, nos llamaba los músicos, a Funes lo adoraba, era su crédito, lo

mostraba a parientes y a vecinos como algo de él, como algo de la casa, su inquilino, su músico, su orgullo; Funes, de agradecido, bajaba en ocasiones su violín, y era una fiesta, si me parece verlo, tan contento, tocando arias de ópera, viejas cosas de Italia, canzonetas, don Pedro y su mujer se enternecían, se derretían mirándolo, aplaudían, seguían pidiendo más, invitaban a todos los vecinos, le juro que era lindo, en aquel patio, el jaulón con canarios, las macetas, bajo el jazmín del país, junto a la diosma, los pibes apretándose en la puerta, tan para ser feliz en serio aquello, tan otra cosa que la ojerosa noche del Palermo, nunca lo vi tan bien plantado a Funes como en aquellas tardes de domingo, y una tarde de aquellas vino Lidia.

Don Pedro

Lidia, señor, dieciséis años, una frescura de muchacha, mi sobrina, vino a pasar las fiestas con nosotros, rubia, linda, ojos como de cielo, si ayer nomás jugaba a las visitas, y ahí la tenía ahora, una cintura, un cuerpo, mi hermana cuando joven nos decíamos, pero qué, una paloma, un sueño, Lidia, supe que iba a venir, llegó un domingo, le hicimos una fiesta, fue para no olvidar, hubo comida, baile, vinieron los parientes, se acercaron vecinos, y como era domingo vino Funes, se imagina, tocó para nosotros, para Lidia, tocó, nos

envolvió en su música, nos alegró, nos puso tristes, nos encendió recuerdos, era Funes el Músico poniendo alas, campanas, sueño, maravilla, vino de primavera en este patio, acunando al amor, llamando a Lidia, diciendo Lidia amor con su violín de fiesta, esa primera vez que la vio a Lidia, esa primera vez que Lidia y Funes se encontraron aquel domingo en este mismo patio, lo demás ya lo sabe, Lidia y Funes, y de pronto el amor, de pronto el gusto del amor alegrando la casa, era tan lindo verlos, tardes y tardes que pasaron aquí, la música, el jazmín, Funes y Lidia, y el amor madurando en este patio; yo le hacía bromas, claro, lo llamaba sobrino, nos reíamos, si iba en serio la cosa, si ellos nunca trataron de ocultar, tan luego Lidia, el amor le asomaba en la mirada, estábamos contentos todos, claro, mi mujer, Lidia, Funes, yo que veía quererse a dos que yo quería, pensándolos unidos para siempre, pensándolos unidos y en mi casa, con el violín, con Lidia, la alegría de tenerlos aquí, de verlos juntos, qué tardes esas tardes, cuánto gorrión en el violín de Funes, qué primavera nueva en este patio, mírelo bien ahora, no le parece oscuro, mudo, frío, la época tal vez, o el abandono, de a ratos me parece que llorara.

Osiris Demarchi
(Primer bandoneón)

Ya he dicho, he visto casos, pero en fin, veo que le contaron, claro, como usted dice, la cosa, lo de las minas digo, no podía durar toda la vida, pero piense, esas mujeres del Palermo, consintiéndolo, dándole todo lo que ellas podían dar, dándose todas, y de repente, Funes que cambia, que se les mezquina, que no es el mismo, y buen, cosas que pasan y qué se le va a hacer, enamorado me dijeron, metido hasta el cuadril, muy bien por Funes, me alegré mucho, en serio, y se lo dije, qué quiere, soy así, tengo dos pibes, la gente, porque uno toca en el Palermo, porque uno anda en la noche, pero uno está de vuelta, la milonga es un grupo, ya se sabe, farras, copas, mujeres, qué le queda, para mí la milonga es el trabajo, le digo más, el pan de mis dos pibes, vengo, toco y me voy, la vida es eso, por eso digo yo, le dije a Funes, que estaba bien, que bueno, que me ponía contento, que una mujer es una bendición, las cosas que se dicen, él tan alegre, viera, me dio la mano, se me entregó, lo que nunca, me habló de sus asuntos, de esa muchacha Lidia, de su amor, de don Pedro, si era un pibe, si era un adolescente enamorado, Funes el Músico, la locura, la fiebre del Palermo, Funes el del violín, Funes el diablo, le digo, había que oírlo, era un muchacho; las minas, las mujeres de aquí, claro, las ofendió su amor, se resintieron, para ellas fue una trampa, una traición, no se lo perdonaron, él qué iba a hacer, las

dejó solas, las dejó murmurar, decirle cosas sucias, yo las conozco, usted no sabe lo que son, celosas, malas, les quitaban su lindo yigoló, su consentido, la rabia las ganó, las ganó el odio, y un despecho feroz, sucio, asesino, así como le digo, en poco tiempo, su ternura con él se hizo un cuchillo.

Rosario

Un ingrato, señor, un malparido, qué le faltaba aquí, qué no le dimos, irnos a hacer el daño que nos hizo, mezquinándo sus ojos, mezquinándose, todo por quién, una mosquita muerta, una arrastrada, alguien trajo al Palermo la noticia, pero ya se sabía, usted qué piensa, verlo cambiado a Funes, verlo ido, con apuro al salir, indiferente, campaneando de a ratos el teléfono, quién no iba a adivinar dónde rumbeaba, metido hasta los pelos, enconchado, qué yuyo le habrá dado esas guachita, esa tanita viva, esa cualquiera, la turrita de allí, la Lidia esa, si hasta el nombre vinimos a saberle, y él, abombado, como en la luna, ausente, hablándole a la guacha por teléfono, mentándola delante de nosotras, de nosotras tan luego y despreciándonos, si era más que una ofensa, si hasta era refregarnos su Lidia, basuriarnos, ya las iba a pagar, Funes el pavo, el maricón, el turro, cambiándonos, por esa.

El Patio

Quédese donde está, junto a esa diosma, así, en la noche chiquita del jazmín, espere, ellas saben volver, regresan siempre, suelen ser algo tímidas las voces, a ratos se diluyen pero vuelven, es cosa de esperar, quédese quieto allí, no se impaciente, en noches como estas casi siempre se escuchan, sobre todo si hay luna como ahora, sobre todo si es tarde y todo el barrio duerme, oyó, parece el viento, parece un aletear entre las hojas, escuche bien, son ellas, son las voces que vuelven, escuche, escuche ya, *tu música mi amor, pequeña Lidia, en tus brazos amor florece Lidia, dame tu amor, amor, dame tus ojos, yo estaba solo, qué era el mundo antes, nací en tu amor, amor no tengas miedo, tu piel amor, tus manos, pueden vernos, dejame que te diga, ya es muy tarde, dejame que te abrace, amor me muero,*[2] oyó, parece el viento, y una brisa violín mueve las hojas, un violín entresueño, que dice en sueño amor y que se aleja, ya se alejó, qué ha de escuchar ahora, si soy el patio solo y en silencio.

....

Pero a veces también algo que vuelve, algo que vuelve siempre, pesadilla, aletear de murciélago, me

2- Tanto las cursivas, anteriores y siguientes, como la línea de puntos figuran en la primera edición del texto.

duele, duele el temblor que llega, duele el grito que despierta los pájaros del miedo, por favor no se vaya, escucha, pasos, pasos en la vereda, no hay un alma en la calle, sólo un terror de pasos desalados que buscan esa puerta, que dejan otros pasos atrás, y algo jadea, Lidia que ya va a entrar, Lidia que quiere dejar atrás algo terrible y mudo, aquellos pasos de impaciencia y sombra, Lidia y la sombra, Lidia, un *no, por favor*, Lidia y un grito, y una mano de sombra que silencia, que busca silenciar el ronco grito, *que no grites, te digo*, voz y sombra, pasos de felpa y sombra en la vereda, Lidia sin grito ya, Lidia que cae, que se derrumba, allí, junto a esa puerta.

La Sombra

Qué ha de saber de mí, para qué el nombre, se supone que no voy a contar, yo soy quien soy, deje nomás la Sombra, si tengo historia, claro que tengo historia, y brava y fea, hubo gayola y muerte, pero eso es otro asunto, fue hace tiempo, nada que ver con Lidia, Lidia es como una flor, digo que era como una flor, hablamos pocas veces, no me pregunte dónde, hablamos, confórmese con eso, pudo ser en su barrio, o en la calle, o en el boliche donde iba a hablar de noche por teléfono, no me pregunte, sepa, la quería, y un tipo como yo quiere y se juega, el otro, quién, un violinista, un frilo, si de un revés de zurda lo

acababa, pero la quise hablar, quise primero, decirle que venía pensando en ella, que mi bulín, mi vida, mi coraje, la estaban esperando, que lo dejara al cajetilla ese, que yo no era de aguantarme su desprecio, que tuviera cuidado, que se viniera ya, que fuera mía, eso quería decir, juro que eso, pero ella qué, me vio, me tuvo miedo, corrió como una sonsa, y yo mandándola parar, diciendo Lidia, yendo tras ella por esa calle oscura, tratándola de hablar, luego insultándola porque no me escuchaba, ella corría, cuando llegué a la puerta la alcancé, quise que me mirara, que me oyera, que se supiera mía ente mis brazos, ella gritó, yo no podía dejarla, apenas le tapé la boca, apenas le mandé no gritar, si no hice fuerza, si no hice más que sujetarla a Lidia, cuando se me aflojó, volteó los ojos, se me cayó en el hombro y se me iba, entonces la dejé, solté el abrazo, la vi junto al umbral y como un miedo me apresuró los pasos calle arriba. Ese soy yo, ya sabe, un muerto, nadie, ponga Sombra nomás, sombra entre sombras, a veces vuelvo sombra hasta esa esquina.

Kraimer
(Primer violín)

La vi una sola vez, era muy dulce, tenía una mirada diáfana, increíble, una manera de mirarlo a Funes, de decirle te quiero sin decirlo, cómo es amor, cómo es la

cara del amor, cómo es su gesto, señor, Lidia era eso, un palpitar de amor, era el amor, un vuelo, una campana, un canto de alegría en aquel patio, mire, señor, hay muertes que dan rabia, que hacen dar ganas de sopapiarlo a Dios, ella tan vida, tan prodigio de amor, tan hembra y niña, morirse así, usted no se imagina, y para colmo medio turbio todo, nunca se supo bien, parece que corría, había ido al almacén a hablar con Funes, de noche, tarde, alguien la oyó gritar, parece que algún tipo la quiso, qué sé yo, como digo, nunca se va a saber, la calle como boca de lobo, sin un alma, y ella corriendo hasta la puerta, dicen que disparando de alguien, cayó junto al umbral, síncope dijo el médico, quién sabe.

Juan Paladino
(Piano)

Ya ve la mala suerte, es seguidora, qué va a pelear, qué va a ponerse en contra, si era cantado, digo, estaba escrito, si el destino era así, si seguí el mismo, yetatore le han dicho, y bueno yetatore, qué providencia dije, orquesta, dónde, ya no tengo orquesta, no quiero pensar más, no me levanto de esta, el éxito, qué es eso, quién lo podía decir, quién hubiera podido conocerle los rumbos al destino, orejearle sus naipes escondidos, Juan Paladino con su gran orquesta, Juan Paladino de

nuevo en las revistas, Juan Paladino en casas grabadoras, y yo creyendo o no creyendo, pero viendo crecer mi nombre, viendo crecer mi fama sin justicia, dejando hacer, callando, yéndome a baraja, dudaba a lo mejor, no, no dudaba, más bien quería dudar, pero sabía, y usted también sabía, quién iba a empujar todo sino Funes, no me diga que no, Funes con su violín, su disparate, su música lujosa y prepotente, decían que eran arreglos, así decían, usted lo puede creer, si es de morirse, era Funes nomás, no sólo su violín, tal vez su estampa, su no sé qué fatal con las mujeres, su acaudillar miradas, voluntades, diga que no, atrévase a negarlo, si cuando empezó aquello, quiero decir su metejón, su Lidia, cuando a las locas esas las amuró el encono, nadie me va a negar que echamos malas, que empezamos a echarlas por lo menos, se acabaron los sueños como dicen, la gente aplaudía menos, daba menos, no llegaba a entregarse, nos seguía tal vez por la costumbre, pero ya era otra cosa, el tipo de la casa grabadora no volvió por aquí, casualidad, casualidad tal vez, pero la orquesta ya no fue la misma, había algo en el ambiente que ceñía, que apagaba, que enfriaba, yo no sé, tal vez las minas, tal vez esa que llaman la Rosario, no, no estoy loco, la vi, les vi las caras, les vi el odio, las ganas de hacer mal, el gesto sucio, tal vez las minas, digo, sin embargo, ahí recién empezaba mi fracaso, fue mucho pero después, vaya, averigüe.

José Valenzuela
(Contrabajo)

Fue mucho peor después, bobo el que dijo, tal vez la muerte pueda arreglar todo, esa mujer, la ajena, la ladrona, no estaba más, ya no lo robaría, no más llamados por teléfono, ni ojos con tarde y patio provocándolas, ni apuros al salir, ni indiferencias, fue entonces que alguien dijo, yo lo dije, ahora tal vez de nuevo como antes, Funes entero de alma en el Palermo, las mujeres sin odios otra vez con Funes, y por lo tanto el éxito, eso que llaman éxito, el aplauso, las burradas eternas de la gente, lo que era buena estrella, guita fácil, el renombre barato de la orquesta, la subida final de Paladino, el éxito, le digo, de nuevo con nosotros; eso creí, bárbaramente eso pensé y lo dije, pero está dicho, qué ha de poder el hombre con el que desde arriba da los naipes, como le cuento, fue mucho peor después, todo empezó de una manera sonsa, quién podía suponer, de una noticia, de esa noticia que nos trajo Kraimer, iba a arrancar al tiempo un fato policial, una tragedia, me acuerdo empezó así: un sábado a la noche falta Funes, mejor dicho, tarda en llegar, no viene, no ha avisado, Kraimer dice que siente un no sé qué fulero, va a llamar al boliche, lo esperamos, vuelve hecho un muerto, blanco como un papel, transfigurado, apenas puede hablar, casi en secreto dice murió Lidia, se quiere ir para allá, no lo dejamos, claro, había que hacer

el sábado a la noche, ya con bastante gente en el salón, y decidimos no contar nada a nadie, sobre todo a las minas, ni una palabra, nada, uno no sabe cómo lo han de tomar, qué escándalo tal vez podrán hacer, hay tanta gente, se imagina, un sábado, así que nada, mus, disimulamos, y se empieza a tocar, lo estoy viendo a Demarchi, que arranca, fuerte, solo, sin esperar al piano, una milonga.

Osiris Demarchi
(Primer bandoneón)

Oigo tu voz
engarzada en los acordes de una lírica guitarra

Esa milonga era, de indignación, de rabia, para ahogar el dolor, para aturdirme pechándolo al dolor, con esa voz caliente de milonga,

sos milonga de otros tiempos
yo te vi crecer

dos días apenas me había hablado de ella, su metejón, su Lidia y ese modo tan pibe de nombrarla, y yo que lo palmié, le regalé un futuro,

prendida a las polleras
de un bailongo guapo y rompedor
como jamás ha de volver

y ahora tocando, mintiéndole al dolor, viendo algún tirifilo haciendo cortes, dándole más pulenta a la milonga, rigoriándolo a Kraimer con el fuelle, no se fuera a vender, tenía una cara, y para más, señor, disimulando, tapando el hecho para que las mujeres no supieran, no lo supieran esa noche al menos, un cuidado de no mentar la muerte, de hablar como si tal, de hacerles creer que se esperaba a Funes, de tocar bien, metiéndose en la música, golpeando; pero igual lo supieron, cómo, vaya a saberlo cómo, se enteraron, al ratito nomás y era patente, hablaban entre ellas, se juntaban, alguna se rió, en una pausa de la orquesta se me pusieron cerca y las oí, tuve unas ganas de, más bien me callo, una dijo mejor, otra dijo qué tanta cara de velorio, otra hizo voz de vieja y dijo pobrecito y ay quién lo va a llamar, si era una cosa, me daba bronca y asco se lo juro, la Rosario miró al Rusito Kraimer y escupió, tenía una cara extraña, daba miedo.

Kraimer
(Primer violín)

Corrí, claro, corrí a casa de Funes esa noche, al

terminar la noche, vi el patio, los vecinos, don Pedro en un rincón y como loco, nadie podía entender, se daban nombres, se quería recordar alguna cosa, un gesto, una palabra, un signo de su mal, una molestia, algo que pudiera dar rumbos, no hubo caso, la policía se llevó el cadáver, dicen que hubo batidas, que detuvieron a algunos del boliche, no hallaron pruebas, tuvieron que soltarlos, además no hubo golpe, no hubo herida, la policía aclaró, se descartaba el crimen, que fue síncope, un susto, ya puede imaginar lo que era eso, esa muerte brutal, allí, de pronto, esa visita absurda de la muerte, cómo, por qué, quién era Lidia, cuándo alcanzó a gritar, quién la había oído, cómo es que nunca había contado nada, tal vez por no alarmarlo a Funes uno piensa, tal vez para cuidarlo, tal vez para evitarle una desgracia, quién lo puede saber, si a lo mejor hasta eso de la sombra fueron habladurías, y no había nadie atrás, y estaba sola, y allí murió su muerte, aquella muerte que a la entrada del patio la esperaba; Funes como de mármol, como el hielo, lo abracé, dije algo, uno no sabe francamente qué hacer, ya ni me acuerdo, sé que lloré abrazándolo, que me quedé con él, que me dormí de a ratos, que de a ratos escuchaba llorar, Funes no hablaba, creo que no lloró en toda la noche, ni cuando la llevó la policía, ni cuando al otro día la enterraron, quiso quedarse solo, no volvió hasta su casa, sé que anduvo las horas y las horas caminando.

Osiris Demarchi
(Primer bandoneón)

Después de aquello, del velorio digo, Funes no vino más, no dio noticias, ni el mismo Kreimer pudo, según parece, obligarlo a volver, se habló de suplantarlo, pero el Viejo parecía alelado, en otro mundo, no atinaba a ordenar, a dirigirnos, a buscar un suplente por lo menos, parecía más viejo, qué sé yo, más cansado, así que un poco yo tomé las riendas; pensaba siempre en Funes, qué no hubiera hecho para volver a verlo en el Palermo, pero no apareció, los días pasaban, el conjunto tenía que seguir, eso es sabido, y el Viejo Paladino hecho un fracaso, como le digo no acertaba a nada; me moví en el ambiente y conseguí un violín, un tipo del oficio que tocó en el Pigall y el Chantecler, bastante bueno el hombre, y ahí seguimos, tocando, buscando repertorio, haciendo extras, las cosas, parecía, querían mejorar, no digo el éxito de antes, pero al menos se siguió la actuación, el no apamparse por las dificultades, el trabajo.

Julito Díaz
(Cantor)

Las minas, ya se lo puede suponer, tan tranquilas, olvidadas de Funes, del violín, de sus mañas, de su galán barato y pura espuma, escúcheme señor, no se me vaya…

Osiris Demarchi
(Primer bandoneón)

Parecían al menos tan tranquilas.

Kraimer
(Primer violín)

A Funes lo busqué, quería encontrarlo, charlar largo con él, o no, a lo mejor no charlar tanto, estar con él, saberlo, convencerlo que volviera al Palermo; era bastante bravo dar con Funes, supe que andaba de boliche en boliche, que casi nunca volvía a su bulín, que escabiaba a morir, que estaba enfermo; una vez lo encontré, tenía una curda, le parecía oír voces, decía que él la iría a buscar, que estaban listos los que pensaban que la iba a dejar ir así nomás a Lidia; alguien me dijo que en ocasiones se llevaba el violín, que lo vieron tocando en los boliches, y hasta en la calle, cerca del paredón de Chacarita; don Pedro me contó que estuvo preso, y que volvió marcado, sucio, hecho un ciruja, dijo después que nadie supo de él por algún tiempo, que se lo dio por muerto, qué sé yo, la última vez me lo llevé a mi casa, le hablé, le di unas gotas, se durmió de un tirón como dos días.

Las Voces

Quería llegar, venía por el dolor, por la locura, por la noche envinada y su violín, usted qué quiere, vuelva, que se vuelva el intruso, que se vaya el preguntón, el infeliz, no hay nadie, aquí se llega sólo destruyéndose, aquí sólo se gana derrotándose, me duele un paredón, se me agazapa la noche y noche y noche sobre el vientre, ay su violín, ay ese vino niebla me corría, venía andando a los tumbos, adónde había dejado el último boliche, el último violín, anda y desanda y dice un nombre, Lidia, qué vocación de muerte, qué mirada, con trino y luna sobre el calabozo, con Lidia y luna sobre golpeadura, no lo dejen llegar, viene con aires de saberse la calle, sáquenle ese violín, échenle un perro, díganle de una diosma, miéntanle de un jazmín en algún patio, viene con moretón y hambre de Lidia, viene nocturno y con olor a vómito, le digo que venía apurando su música coimera, corrompiendo las leyes de la noche, pidiendo por favor, golpeando puertas, cada vez más hundido y pobre tipo, cada vez más boliche y más tiniebla, y usted qué quiere, usted no tiene nada que hacer aquí, vuélvase atrás, no mire, no pregunte, si usted lo sabe bien, Lidia era nuestra.

Julito Díaz
(Cantor)

No se lo dije, un grupo, apenas un tiempito sin actuar, y chau, quién se acordó de Funes, hay tantos de esos, meten alguna bulla, las minas al principio se encandilan, hay que dejarlas, vio, después se olvidan; la Rosario me entró a mirar de nuevo, yo viéndola venir muy sin apuro, total, ya iba a caer, no le parece, para más, la atracción, el punto fuerte de la noche, otra vez era yo, Julito Díaz, no es por decir, por algo me pusieron la foto en el afiche, Juan Paladino quién, tiempo pasado, historia, cosas del recuerdo, el pobre se fue yendo cuesta abajo, la verdad quién entraba por verlo a Paladino, no vio el cartel, allí a la entrada, grande, Juan Paladino con Julito Díaz, lo mismo en los afiches, Julito Díaz, grande, y con la foto, quiero decir, las cosas retomaron su rumbo natural, la gente me pedía a mí las piezas, a mí me pedía el bis, los de la orquesta fueron entrando al fin, se dieron cuenta de lo que era un cantor, las minas tan tranquilas, ya le digo, ni el recuerdo de Funes, si no fuera por eso que pasó yo le aseguro…

Osiris Demarchi

(Primer bandoneón)

Parecían al menos tan tranquilas; un viernes por la noche volvió Funes.

Kraimer

(Primer violín)

Volvió Funes el Músico, señor, había que verlo, flaco, pálido, como creciéndole la noche adentro, un no sé qué en los ojos que asustaba, pero traía su violín, corrí a encontrarlo, lo palmié, le hice un chiste, estaba fresco, venía para tocar, él mismo dijo que venía a quedarse, usted no se imagina mi alegría,

Juan Paladino

(Piano)

Volvió Funes, tranqueando desganado como antes, volvió Funes y con él mi desgracia.

José Valenzulea
(Contrabajo)

Volvió Funes ya ve como si nada, ya ve que eso de andar por ahí en curda, de irse al muere, de no dejarse ver en el Palermo, de amagar amasijo, eran sonseras, cosas de aquel momento, nada serio, ya ve que volvió el hombre, se lo fue a saludar, tanto por fórmula se dijo lo de siempre, que estaba bien, qué suerte, cotorreos, Funes el prófugo, el resucitado se acercó a Paladino, Juan tan chocho con él, ni por las tapas le mencionó su ausencia, no fue y le dijo de los tres violines, que era lo que él quería desde el vamos, que ahora iba a andar mucho mejor la orquesta, vea la manera sonsa de entregarse; Kraimer, claro, apurado le dijo que tocara esa noche, le habló del repertorio, le presentó al suplente; Funes sin asombrarse dijo que sí, que estaba bien, que a eso venía, y así como antes, con su airecito de aceptar las cosas, tan venido del cielo, como antes, tan sin huellas, se fue hasta el escenario.

Osiris Demarchi
(Primer bandoneón)

Pero había algo en el ambiente, algo en el aire humoso del Palermo, algo en las caras, o en las voces de

algunas, secreteando, o volviéndose falsas, temblonas, mascaritas, algo como electricidad, o miedo, o nervio a lo mejor, no le puedo explicar, algo jodido; hablé poco con Funes y me quedé mirando a las mujeres, como antes se juntaron, como antes hubo risas, porquerías, pero algo más, no sé, las risas más nerviosas, más duras, histéricas, me entiende, ahora me acuerdo de esas risas y me recorre un frío por la espalda.

Kraimer
(Primer violín)

Funes tocó esa noche como nunca, como nunca jugaba su violín entre el rezongo grave de los fuelles, al principio era el Viejo el que elegía los temas, después no, venían solos, no sé, sencillamente se acataban, Funes iba tejiendo voces, filigranas, nos convidaba a fantasear con él, nos esperaba para empezar de nuevo con su hermosa diablura, nos buscaba, nos dejaba llegar, nos envolvía, nos arrastraba al centro de su magia; qué noche en el Palermo aquella noche, qué locura y qué aplausos, cuando al final nació, no sé de dónde la introducción de "Íntimas", el Viejo me pareció que lagrimeaba.

Juan Paladino
(Piano)

Hágase cargo, "Íntimas" de golpe, así cuando ninguno lo esperaba, tiempo del Nacional, mi orquesta grande, la buena época aquella, mi juventud, un nombre de mujer que no hace al caso, aquella cena con Gardel, la fama, y ahora de pronto ahí, en el Palermo, con Funes otra vez, con ese pibe Kraimer, con Demarchi, con esa orquesta donde se iba jugando mi esperanza, claro que lagrimié, tal vez por "Íntimas"; me levanté, dejamos el lugar a la jazz, todavía entre los aplausos de la gente, me acuerdo que pensé, al caminar así entre tanto público, que iba dejando atrás mi mala suerte, que no sentía el esgunfio ni el cansancio, que estaba por creerme francamente feliz, quién me lo iba a decir, era la última noche que tocaba.

Osiris Demarchi
(Primer bandoneón)

Íbamos hasta el bar, y aquello feo en el aire, aquella cosa cada vez más cerca, casi encima, señor, casi tocándonos; Funes y Kraimer iban adelante, creo que conversaban, pienso que ni de lejos sospecharon nunca que aquello estaba allí, firme, esperando, yo estaba ahí al ladito y lo vi todo, no tengo otra palabra, fue terrible.

Rosario

Funes tuvo la culpa, a provocar se vino, a despecharnos, a no aguantarme hembra y frente a frente.

Mary

Yo fui a verlo pasar, no fui a decirle nada, si ni siquiera me le puse adelante, apenas verlo, apenas estar allí cuando pasaba, nada más que llevarme un poquito de Funes en los ojos, por qué nos hizo eso.

Osiris Demarchi
(Primer bandoneón)

La Rosario y las otras nos salieron al paso, nadie podía saber si a provocar o a verle a Lidia muerta en las ojeras, pero había mucha gente y no se abrían, puro mirarlo a Funes, buscándole los ojos y buscándolo.

Kraimer
(Primer violín)

No dejaban pasar, tal vez la gente que empujaba

de atrás, se amontonaban, la Rosario, puede casualidad, quedó de golpe frente a Funes, lo miraba, tenía un modo jodido de reírse y lo miraba, alguna dijo viudo y pobrecito, y se rieron todas sin moverse.

Rosario

Funes me manotió.

Demarchi

Funes apenas se quiso abrir camino con la mano.

Mary

Le pegó a la Rosario, lo vi con estos ojos, cómo pudo.

Kraimer

Estiró un poco el brazo como para que lo dejaran.

Rosario

Me empujó como un bulto, me insultó, era lo último que me podía hacer a mí, Funes el guacho, me le fui con las uñas, lo putié, tan luego a la Rosario.

Demarchi

Lo atacaron, señor, todas, gritaban, hubo un furioso remolinear de gente, nadie sabía muy bien lo que pasaba, algunos de asustados, entraron a golpear por defenderse, se rompieron botellas, ese ruido feroz de las botellas en las mesas haciéndose cuchillos, hay que haberlo escuchado alguna vez para tenerle miedo.

Kraimer

Alguien cortó la luz, y el ruido de los vidrios, y los gritos, y los golpes, y algún cuerpo cayendo.

Demarchi

Sí, y además, por sobre todo, el miedoso gritar de las mujeres, ese como un aullido, como un coro de aullidos en el salón oscuro.

Kraimer

Lo demás ya lo sabe bastante bien, por lo que veo leyó los diarios, sí, así tal como le han dicho, cuando volvió la luz, Funes allí en el suelo ensangrentado.

Demarchi

Tajeado hasta los huesos, hecho un pingajo, nunca vi nada igual, lo destrozaron.

Juan Paladino

Esa es toda la historia, señor, ya se lo dije, fue la última noche en el Palermo, no sé para qué se habla de estas cosas, un hecho policial, una desgracia, mejor no manosear, después de tanto tiempo anda el prontuario abierto y en veremos, gente citada, líos, viejos fatos que asoman, asuntos de malandras, ponga nomás que Funes, que ese Funes, vino, tocó en mi orquesta, que alguna vez me hizo verdear el alma, me mostró un cielo enorme y con afiches, y otra vez se nos fue, ponga que ese era Funes, así nomás señor, y esta otra cosa: que lo solían llamar Funes, el Músico.



El 42 y las lentejuelas [1]

1- Publicado por primera vez en Granica en el volumen de cuentos *Bandeo*, 1975.



Lo del terciopelo naranja no era para calentarse mucho de movida. Porque entre las lentejuelas verdes, amarillas y tornasoles, el bordado del número 42 en azul marino, los corazones de fieltro, los flecos blancos y colorados, y algunos otros materiales que yo más o menos tenía calculado, como ser un par de espejitos si venían al caso, o unas argollitas de metal para entreverar con los flecos, que también podrían ir, el terciopelo naranja por más vistoso que fuera, a mí me parecía que no. Más que la única estampita de seda con la figura de San Cristóbal que pude conseguir era medio tirando a rosada. Así que francamente no se me ocurría dónde encajar ese terciopelo naranja.

Pero el Viejo Tomás tiene sus salidas. Y con el tiempo yo me acostumbré a respetárselas. No que me insistiera ni nada de eso porque no es hombre de cargosear. Pero resultó que lo había visto en una vidriera y le pareció que me podía servir. Entonces, sin pensarlo dos veces, lo había comprado, y me lo había traído envuelto en un paquetito. "Gran puta si va a quedar lindo", me dijo.

De modo que tanto por no desairarlo al Viejo yo me puse a calcular qué podría hacer con el terciopelo naranja. Me fui caminando despacio para el bulín,

y todo el camino pensando cómo me las arreglaría para combinarlo con las lentejuelas, y la seda azul, y los corazones, y el celeste del fondo, y el color medio rosado de la estampita. A veces me enculaba un poco y me decía: si por ahí me sale a la manera de que quede bien, lo pongo. Si no, me seguía diciendo, la amistad y el agradecimiento y el respeto por el Viejo, es un asunto; y el gusto por el trabajo es otro asunto. Y el Viejo sabe bien que en estas cosas no se puede transar. Porque la única vez que transé, me parece, él fue el primero en ponerme una cara de nada que a mí me hizo sentir poco menos que el último de los chantas. Y últimamente, me volvía a decir, ya medio abriéndome el paraguas, si en una de esas, mañana le digo al Viejo que no le metí el terciopelo porque no lo vi, o porque no me salió de adentro, o porque no me decía nada, el Viejo me va a decir: "está bien, Rengo", o "vos sos dueño", o "cualquier día le vas a encontrar el guay". Porque el Viejo entiende bien y sabe cómo funcionan estas cosas.

Llegué a la pieza entonces, y ya medio olvidado del terciopelo naranja, me alisté a trabajar. Coloqué todos los materiales a mano, las cajitas con lentejuelas, el ovillo de seda, el paño del fondo, en fin, todo. Hasta un lápiz y un cacho de papel, por las dudas. Que me disculpara el Viejo, pero tengo que confesar que ni me acordé de abrir su paquetito.

Bueno, desparramé como dije los materiales, y como

siempre, les fui echando una ojeada despacio, a uno por uno, como preguntándoles, o escuchándolos. Después me quedé quieto, encendí un cigarrillo, y esperé a ver qué me decían.

No alcancé a dar dos pitadas, cuando, clarito, como si ya lo hubiera sabido desde antes, o como si alguien me lo estuviera cantando, me di cuenta de todo lo que tenía que hacer. Y allí nomás, como en un chispazo, se me apareció lo del reborde en terciopelo naranja. Y entonces, sobre el pucho, pensé que a algunas mariposas les iría a poner un poco de terciopelo naranja para que hicieran juego. Y a lo mejor también, un toquecito dentro de los números, pero eso después se vería.

O sea que ya sabiendo más o menos para dónde iría a rumbear, dejé el papel, agarré lo que iría a ser el paño del fondo, y me puse a trabajar. Calculo que serían las diez de la noche.

Estaba queriendo amanecer cuando me pareció que la base ya estaba casi lista. Quiero decir, la forma general ya cortada, con el San Cristóbal abajo, y el número 42 grande arriba, las marcas donde iban a ir las mariposas, y las marcas para los corazones de fieltro (que al final no los puse), las lentejuelas verdes del borde, que después iría a terminar con una tirita de terciopelo naranja, y los flecos, en el caso de que decidiera ponerle flecos.

Entonces, aunque no tenía nada de sueño, largué. Corté un poco de salame, tomé un trago de vino, me

fumé el último cigarrillo mientras oía cantar los gallos, y me tiré a dormir.

Me desperté inquieto mucho antes de mediodía. Mientras calentaba el agua para el mate me puse a mirarlo. No estaba bien. A primera vista parecía que sí pero había algo que no andaba. No me podía dar cuenta qué era. Me apartaba, le tapaba una parte y le tapaba otra, le agregaba y le quitaba cosas, lo tendía sobre la mesa, y lo colgaba de la pared. Casi toda la tarde se me fue así, mirando y mirando como un boludo sin poder hacer nada. Me decía: a lo mejor será cuestión de seguirlo nomás, y ya va a aparecer más tarde el defecto, si es que tiene un defecto. Pero no había caso. No podía. Y miraba, y volvía a mirar, y más de una vez tuve ganas de mandar todo al carajo, y más de una vez me pregunté quién me había mandado a mí meterme a hacer esas boludeces.

Fue a la nochecita recién. Ya estaba por plantar todo y mandarme a mudar al boliche, cuando de golpe y como por milagro, se me aclararon las cosas. Y vi que eran los números. Exactamente el azul de la seda de los números que resultaba demasiado oscuro, casi negro, y me rompía toda la combinación. Así que no había más remedio que cambiarlo. Sí, pero cambiarlo por qué, me preguntaba. Al principio pensé en otro azul. Pero yo no lo tenía, y quién sabe si lo iba a encontrar en la tienda. Entonces pensé en las lentejuelas azules que, aunque eran un poco grandes para el tamaño de los números, me daba

justo el tono, que tenía que ser un azul marino tirando a turquesa. Pensé que podía hacer un poquito más grandes los números, pero también pensé que, en ese caso tenía que modificar las alas de las mariposas que los abrazaban por los costados. De otra manera, todo el centro iba a quedar muy cargado.

Me metí pues a deshacer. Saqué lentejuelas y puse lentejuelas. Agrandé, achiqué, recorté, añadí. Modifiqué prácticamente todo porque una modificación obligaba a la otra. No descansé hasta que lo vi otra vez bien encaminado. Serían las once más o menos. Dejé las cosas como estaban y rumbié para la fonda.

En la fonda me encontré con el Viejo Tomás. No me preguntó nada sobre el trabajo. En cambio dio un rodeo y me empezó a hablar de aquellas vez que, cuando muchacho, ayudó, por unos meses, a pintar los telones en un teatro. Y me volvió a hablar de cómo preparaban la pintura y de cómo ataban los pinceles en la punta de palos larguísimos, y cómo él le alcanzaba los tachos a un italiano que le regalaba libros, y le hablaba del "supremo ideal", y de la "fuerza libertaria de la belleza".

Le agradecí por dentro que no me hiciera preguntas. Tal vez por eso, entre una cucharada de sopa y otra, le dije: "Va saliendo". "Ajá", me dijo el Viejo, y se puso a frotarse la barba haciéndose el distraído. A lo mejor por si yo soltaba algo más. "Va saliendo lindo, me parece", le

dije. Se sonrió, y me llenó el vaso de vino. Del terciopelo naranja, ni una palabra. Levantó la copa como para chocar, pero salió hablando no sé qué de un aviso de televisión que pasaban en ese momento.

Es que el Viejo sabe que no se puede hablar mucho de lo que uno está haciendo. Porque hablar es como una trampa, me dijo una vez. Y yo creo que tiene razón. Así que terminamos de comer, nos quedamos mirando un rato la televisión, y no volvimos más sobre el asunto.

Esa noche, al volver a la pieza, decidí meterle hasta bien tarde. Seguí con las modificaciones que había empezado. Se me ocurrió después lo del relleno para darle relieve a una parte, y se lo puse. Me calenté bastante con el trabajo, y algunas partes quedaron definitivamente listas. Cuando largué, me pareció que todo andaba bien, y que ya me faltaba poco para terminar.

Al otro día, en cuanto abrí los ojos, lo primero que hice fue sentarme a mirarlo. Ni había encendido el cigarrillo siquiera. Tenía miedo de volver a encontrarle un defecto como la otra mañana. O peor todavía. Que, de pronto, se me apareciera, allí sobre la mesa, un frangollo espantoso que la calentura de la noche no me había dejado de ver.

Por suerte no. Lo miré, y me pareció bien. Me pareció que todo estaba justo y en su sitio. Era cuestión de meterse a terminar algunos detalles y de veras quedaría listo. Me largué de cabeza entonces. Sin titubear, sin pensar en

nada más. Y a la tardecita de ese mismo día el trabajo estaba terminado.

Me quedé echado en la cama, mirándolo. Después me levanté, volqué un poco de ginebra en un vaso, encendí un cigarrillo, y me volví a echar. Me entró esa especie de pereza o ablandamiento que viene después de la puntada final. Estaba contento. Pensé en el Viejo Tomás, en sus telones, y en su maestro italiano, y en aquello de la "fuerza libertaria", y del "supremo ideal". Imaginaba lo que diría cuando se lo mostrara. Creo que me sonreía solo.

Después pensé en el gordo Ballivián que me había encargado el trabajo ese. Y pensé en los pesos con que me iría a juntar tal vez esa misma noche. Y, cosa rara, pensar en el gordo Ballivián, en la guita, no me alegraba nada. Al contrario, era como si me ensuciara un poco la alegría.

Me pregunté por qué y no lo vi muy claro al principio. Lo que pasa, pensé, es que uno dice: "me lo encargaron", y a veces no es así justamente. Y en el caso del gordo Ballivián, también pensé, hubo que convencerlo un buen rato para que se decidiera. Hubo que decirle que a su colectivo con el tapizado flamante le vendría al pelo, que quedaría bien, allí, contra el espejo, y a un costado del volante, que me dijera cómo lo quería. Y además que no le saldría muy caro, y aunque el gordo conoce bien mis cosas porque hice varias para la 107, tuve que decirle que

se quedara tranquilo, que le iba a hacer un buen trabajo. Esas cosas que casi siempre se suelen decir.

Pero lo pensé mejor, y no tenía que ser eso, me dije. Porque si se apartan algunos tipos inteligentes que entienden de entrada lo que uno les ofrece, o a lo mejor hasta me lo piden directamente, a la mayoría de los colectiveros hay que convencerlos. Casi todos son así, tienen plata, les gusta ver el colectivo pintón, pero no entienden, y hay que explicarles todo.

No, lo que me molestaba entonces era otra cosa. Tal vez ese gesto de canchero del gordo cuando al final dijo que sí. Y cuando, medio distraído, y contando las monedas, me habló de un número 42 grande, dentro de un corazón, y de un San Cristóbal. Como si en ese momento le diera lo mismo colgar un almanaque, o el escudito de Boca. O como si así, medio con desgano, me diera a entender que me estaba haciendo un favor. O como demostrándome que para él la guita era lo de menos, y que se permitía tirarla, si le daba la gana, en pavaditas como la que yo le ofrecía. "Ningún apuro", me había dicho, para colmo, cuando me estaba por ir.

Pensé también para conformarme que, a lo mejor, todas esas eran ideas que yo me hacía. Y que el gordo no había dicho nada jodido después de todo. Y que eso del almanaque, y de que me estaba haciendo un favor, lo había estado carburando yo nomás, y por mi cuenta. De todas maneras me saqué de la cabeza el asunto del

gordo Ballivián, y me tiré por ahí, esperando que se hiciera la hora de encontrarme con el Viejo. De a ratos me levantaba, y le echaba una ojeada al trabajo.

Estaba lindo. La forma general representaba una corbata, pero grande: sesenta de alto, por veinte de ancho. En lo que vendría a ser el nudo, que quedaba acolchado y en relieve, tenía escrito: "Línea 107", en lentejuelas blancas sobre fondo celeste, que es el color de la línea. Alrededor de las lentejuelas, como unos rulos bordados en seda color borravino. Y por fuera de todo, es decir: sobre los bordes del nudo, una guardita hecha con lentejuelas verdes que, aunque parezca mentira, era el color que estaba pidiendo la guarda.

Más o menos en la mitad superior de lo que sería la parte suelta de la corbata, el número 42, bien claro, que al final lo hice nomás en lentejuelas azules, pero dentro de una especie de óvalo, y no de un corazón, como me había dicho el gordo Ballivián. Después, abajo, y no demasiado grande para que no me desequilibrara el conjunto, la estampita de seda de San Cristóbal con su colorcito tirando a rosa viejo, que ni que la hubiera pintado a propósito.

Y entre el San Cristóbal y el 42, o sea, un poquito más abajo del medio, una gran mariposa en lentejuelas tornasoles, verdes y azules. Como las alas eran bastante grandes y con salientes, como las de los galerones, medio abrazaban, como dije, por los costados al 42 y al San Cristóbal.

No me acuerdo si me los había pedido el gordo o no,

pero los corazones de paño no se los puse. Lo que le puse en cambio fueron otras mariposas chicas que hacían juego con la grande del medio. Y todo alrededor, una guarda de triangulitos, como quien dice inspirados en el triángulo grande y acolchado que venía a ser el nudo. Alrededor de esa guarda, o sea, por fuera de la última hilera de lentejuelas, una tirita, de no más de medio centímetro, de terciopelo naranja. El color naranja se repetía después en otras tres partes. Una, era una especie de tajo o medialuna muy finita, que iba por dentro y en un solo costado del óvalo. Las otras eran dos mariposas chiquitas, una por abajo a la izquierda, y otra por arriba a la derecha. Flecos le puse nada más que en el borde de abajo, de color blanco y rosado, que era justo lo que pedía. Por atrás del nudo, y en la parte de arriba, le coloqué un ganchito para colgarla, y para que se pudiera agarrar de ahí sin manosearla.

Fue, me animaba a decirlo, una de las mejores cosas que hice desde que empecé con esto, ya van para siete años.

A pesar de que estaba tocando fondo, y de que contaba con esas lucas para pagar la pieza, no tenía demasiado apuro para llevársela al gordo Ballivián.

En cambio, unas ganas bárbaras de mostrársela al Viejo. De pronto pensé que se me iba a hacer muy largo esperar hasta la noche para encontrarlo en la fonda. Así que ahí nomás envolví la corbata, primero con un papel de seda, después con un papel madera arreglado como

funda, la agarré con mucho cuidado por el ganchito, y me fui hasta la terminal de la 94.

En el café no estaba. En la oficina de la terminal, tampoco. Recorrí con la vista los tres o cuatro coches estacionados en la calle, hasta que lo vi. Ahí estaba el Viejo haciendo su trabajo, metido en uno de esos cachivaches que tiene la línea. Se me ocurrió darle una sorpresa, así que me acerqué, y medio me acomodé detrás de un árbol, cuidando que el paquete con la corbata no se me arrugara.

Me quedé quieto, y entonces me puse a mirarlo. Serio estaba el Viejo dándole a la regadera, al lampazo y a la escoba, como si estuviera ocupado en la cosa más importante del mundo. Amagué arrimarme al colectivo para caerle de golpe con el paquete, pero en ese momento se metió un tipo que debía ser el patrón del coche. Por lo que se vio, a buscar un diario olvidado en el asiento. Subió, y se puso a revolver por ahí. "Momentito", le gritó el Viejo con autoridad. Levantó la escoba, y por poco no lo saca carpiendo. Cuando el hombre se fue con su diario, cerró la puerta, puteando en voz baja, y se agachó para apretar el trapo en el balde. Me dije que era mejor esperar a que terminara. Colgué el paquete de un ojal para encender un cigarrillo, y me quedé por ahí. Ni falta hacía que me escondiera porque el Viejo no miraba más que su trapo y su colectivo. Me salía de la vaina por golpearle la ventanilla y mostrarle desde afuera el

paquete, pero esperé. El Viejo pasó con furia el trapo por todo el piso. Varias veces estrujó el trapo en el balde, y siguió fregando. Recién cuando terminó de fregar, abrió la puerta, metió la escoba debajo de un asiento, bajó el balde con el trapo y el cepillo, y los acomodó en una especie de cajón con manija que sabe guardar el Viejo en la terminal. En ese momento me volví a meter detrás del árbol, por las dudas, y pude mirarlo más de cerca. Entonces lo que vi me pareció una cosa de locos. El Viejo revolvió adentro del cajón, y con mucha parsimonia, sacó de allí un frasquito. Creía que era desinfectante. Pero alcancé a verle la etiqueta. Agua de colonia *Atkinsons*, decía. Lo destapó, lo olió, echó un chorrito dentro de la regadera, le apretó la tapa, y siempre con mucho cuidado, lo volvió a guardar.

Pasó sin verme muy cerca de donde yo estaba, subió otra vez al colectivo, y le dio el último toque a su trabajo. Con mucha calma, balanceó la regadera a un lado y a otro para hacer llegar los chorritos a todos los rincones. Hasta la nariz me llegaba el fuerte perfume del agua de colonia. Gusto debería dar, me acuerdo que pensé, con el calor de esa noche, entrar en ese colectivo fresquito y perfumado como una mujer.

Bajó con cara de satisfecho el Viejo. "Listo", le gritó no sé a quién, y se fue a guardar la regadera en el cajón. Al pasar de nuevo junto al árbol fue cuando me vio. Echó una ojeada al paquete que tenía colgado de la mano, y

con los ojos brillantes como si estuviera maquinando una diablura, me dijo que lo esperara en el café de enfrente. “Guardo esto, y enseguida voy para allá”, me dijo rápido y como en secreto.

Fui hasta el café, y me senté a esperarlo. Antes de que alcanzara a pedir algo, lo vi aparecer por la puerta del café, secándose la cara con un pañuelo. Me buscó con la vista, arrimó una silla, y pidió una vuelta de semillón. Después se apoyó en los codos, señaló con la cabeza el paquete que yo había colgado en el respaldo de una silla, y sonriendo me dijo: “Qué tal”. Me encogí de hombros haciéndome el chiquito, y muy despacio, fui haciendo deslizar la funda hasta que la corbata quedó solamente envuelta en el papel de seda.

La volví a colgar en el respaldo, y más despacio todavía, casi como si la estuviera desnudando, le desdoblé primero un lado del papel de seda, y después el otro.

Y ahí quedó, brillando contra el fondo oscuro de la pared del café, moviéndose apenas por el ventilador del techo. Titilaba, y las lentejuelas se llenaban por momentos de luz. La vi hermosa y estrellada, azul y guiñadora como un cielo en verano.

El Viejo la miró largo con los ojitos entrecerrados. Encendió, sin convidar, un cigarrillo, y se apartó para verla de lejos.

Después se acercó con la cabeza un poco ladeada, estiró la mano, y amagó pasarle la punta de los dedos

sobre el reborde de terciopelo naranja, pero al mirarse las manos mugrientas se contuvo. Dio una pitada larga a su cigarrillo, y me dijo en voz baja, como de confidencia: "Una belleza, Rengo". Y enseguida: "Vamos a festejar".

Le contesté que iríamos a festejar más tarde, una vez que le entregara el trabajo a Ballivián. No quería decírselo al Viejo, pero esperaba cobrar esos pesos para convidar yo. Quedamos en encontrarnos en la fonda.

Me fui para el recorrido de la 107, a ver si lo campeaba al 42 del gordo. Paré en Mosconi y Avenida San Martín, y empecé a preguntar a algunos colectiveros. Por lo que pude saber, tenía salida a las diez y treinta y cinco, de Núñez. Eso quería decir que faltaba una hora larga para que el colectivo 42 apareciese por allí. Era una hermosa noche de verano. Vi un bar, de casualidad encontré una mesa desocupada en la vereda, colgué el paquete en el respaldo de una silla, y me senté. De paso podía echarle una ojeada a los 107 que venían de Núñez. Llamé al mozo, y pedí un balón.

Estaba tranquilo. Un buen trabajo terminado, los pesos que, si Dios quería, me iría a hacer en cuanto lo encontrara al gordo, la cena dentro de un rato con el Viejo Tomás. Todo andaba bien esa noche, pensaba, como esa silla en la vereda, y los horarios del gordo, y la frescura de la cerveza.

El encuentro con el gordo Ballivián, misteriosamente,

me volvía a producir la misma sensación de disgusto. Pero no quería pensar en eso. Lo que quería más bien era mirar la calle, descansar, tomar tranquilo mi cerveza. Y sobre todo, entretenerme, pensar macanas, como se dice, viajar un poco con el mate, cosa que, de un tiempo a esta parte, se me ha hecho como un vicio.

Mientras miraba de tanto en tanto los colectivos, me puse a pensar en el Viejo Tomás. Pensé en lo que me había dicho esa noche, y pensé que para mí era importante que el Viejo lo hubiera dicho. Pensé en esa manera suya de apreciar un trabajo, y de dar a entender que lo aprecia, sin decir las huevadas que dicen algunos cuando quieren elogiar. Y no solamente de apreciar, me dije, de hacer juicio también. Y al decir hacer juicio me acordé de pronto de aquella vez, cuando, yo no sé por qué, las cosas no me habían querido salir. Y que entonces, en vez de demorarme en averiguar por qué no salían, o de esperar esa vocecita de adentro que con paciencia a veces lo aclara todo, por apuro, o por pereza, o vaya a saber por qué, me había puesto a macanear. Había agregado detalles de grupo, esas combinaciones facilongas que uno sabe que a los colectiveros les gustan. Espejitos, piedras de colores, fotos de Gardel, esas cosas. Me acordé entonces de la cara que había puesto el Viejo en cuanto las vio. Ni una palabra dijo, las miró de reojo apenas, y puso aquella cara de cambiar de conversación que me hizo sentir de golpe un chanta y un mentiroso. Creo que

desde esa vez no volví a macanear nunca más. Pero esa noche el Viejo había dicho: “Una belleza, Rengo”, y yo estaba contento. Porque dentro de un rato festejaríamos, y todo nos parecería bárbaro, y el Viejo, ya medio en pedo, se pondría a hablar de cuando pintaba los telones en un teatro, y de su maestro italiano, y de la fuerza libertaria de la belleza. Y a mí me vendría esa especie de paz, o de piyadura, pero que no ha de ser piyadura, porque aun en medio de la piyadura y del pedo, voy a estar sabiendo que al otro día voy a querer hacer algo como la gente y me puede salir un bodrio, y me voy a quedar las horas y las horas mirando los materiales sin saber qué hacer, y me voy a llamar inútil y pajero, y me voy a jurar que es la última vez en la vida que me meto a hacer esas pelotudeces.

Después me puse a pensar en cuando lo conocí al Viejo Tomás. Y como un recuerdo va trayendo al otro, en aquellos meses, que en aquel entonces me parecieron tan bravos, pero que ahora, mirados desde lejos, creo que no fueron para tanto. Quiero decir, los meses después del accidente, cuando ya antes de salir del hospital, empecé con estas cosas. Tanto como para ir tirando, y hasta que consiguiera algo fijo.

Y entonces, mientras masticaba manises y le miraba la espuma al segundo balón, me vino a la memoria aquella noche en que lo conocí al Viejo. Y me volví a

ver recién salido del hospital, con aquellos adornos de goma para la palanca de cambio que yo me había largado a hacer por hacer algo. Me sonreí, y pensé que no eran tan fuleros después de todo, si se tenía en cuenta mi total falta de experiencia. Y me acordé de cómo los hacía. Cómo buscaba pedazos de cámara, negros o colorados, y los recortaba con tijeras y cortaplumas, y los pintaba, y los claveteaba con tachuelas de tapicero. Y me acordé, parece mentira, de cada una de las flores, y estrellas, y mariposas, y figuras de fantasía que hice en aquella época. Y me acordé también de la poca confianza que me tenía cuando las llevaba a los cafés donde paraban los colectiveros.

Pero me acordé sobre todo de la noche aquella. Y de aquellos dos trabajitos, y del tiempo que hacía que los llevaba en la mano sin poderlos ubicar. Y de la semana que me había pasado trabajando, estropeando material, y corrigiendo como loco, para que al final ni me los miraran. Y de lo pelotudo que me sentía de a ratos.

En eso pasó el 71 de la 107, y frenó en la esquina por el semáforo. Como lo tenía ahí, parado a unos veinte metros, me levanté, y me acerqué para confirmar la salida del gordo. Por el 71 me enteré que el gordo no salía a las y treinta y cinco sino a la hora, y que venía detrás del 58. Me volví a sentar, acomodé el paquete con la corbata, y pedí otra cerveza. Me sobraba tiempo, hacía mucho calor, y además quería seguir pensando en lo que estaba pensando.

En esta flor y esta estrella de goma recortada que ahora tengo en la mano. He tardado mucho en terminarlas. Seguramente demasiado. Pero me estoy empezando a dar cuenta de que este asunto es así. Hace un mes que me largué a hacer estos trabajos con pedazos de cámara y tachuelas. Nada más que por un tiempo, me dije, y para ganarme unos pesos. Pero pronto me ha empezado a pasar algo raro. Me metí a hacer estos adornos porque algo había que hacer, y porque, después de todo, era un trabajo como cualquier otro. Pero empecé a trabajar, y de buenas a primeras me olvidé para que los hacía. Y me calenté, y gasté tanto tiempo en terminarlos que al final creo que no compensa, o a lo mejor, salgo perdiendo plata. No tengo experiencia, claro, y estas cuestiones nuevas que se me van presentando me preocupan y me desconciertan. Me pregunto si a los que pintan cuadros, o hacen estatuas, o tocan el bandoneón en una orquesta les pasará lo mismo.

Hace dos días que ando con estos dos adornos de goma. Recorrí boliches, terminales de colectivos, casas de repuestos, y no los pude ubicar. Me empiezo a sentir bastante pelotudo. Me empiezo a preguntar si realmente vale la pena seguir perdiendo tiempo en esto.

Estoy en un boliche de Puente Saavedra. Me acerco a una mesa de tres colectiveros, y los muestro. Uno de los tres es un gallego medio bruto. Los mira, y después habla en voz alta con los dos que tiene enfrente. Dice que

esas cosas no sirven para nada, y que seguramente han de molestar al hacer los cambios.

Me siento más pelotudo que nunca y no le contesto nada. Pienso que el gallego tal vez tenga razón, que esas cosas no sirven para nada, y que, en serio, tal vez molesten al hacer los cambios. Y que por lo tanto, todo el tiempo gastado, y la preocupación, y la calentura, y los trabajos empezados y tirados a la basura, y las modificaciones de último momento que me los retrasaron casi dos días, todo es lisa y llanamente una pelotudez, un entretenimiento de chiquilines, algo así como una puñeta, me digo.

Me viene como un cansancio, y como la pierna estrolada me duele algo todavía, en vez de irme me siento por ahí, en una mesa apartada, a tomar un café.

Veo junto al mostrador un viejo que mira con insistencia para mi lado. Lo conozco de vista. Hace unos meses changueaba en un mercado de avenida Maipú. Sé que ahora barre los coches en la terminal de la 68. Tal vez esté un poco en pedo. Sin dejar el apoyo del mostrador, dice fuerte, como hablándole al patrón, y señalando con la cabeza mis adornos: "Lindos, ¿no?" Se baja de un trago su ginebra, y dice más fuerte todavía, mirando para la mesa de los colectiveros: "Además no molestan un carajo", y "No hay como ser gallego para decir gansadas".

Deja el mostrador, medio tambaleando se viene hasta mi mesa, se sienta y me dice: "A verlos, Rengo. ¿Me los mostrás? ¿Qué vas a tomar?"

Un gesto, claro. Un gesto que yo, en medio del esgunfio, aprecio como una mano tendida, aunque, por supuesto, para nada creo en el interés que me demuestra el Viejo. Sin contestar nada, se los doy para que los mire. El Viejo se pone a revisarlos minuciosamente. Me da risa, pero empiezo a sospechar que tal vez no sea solamente el gesto. Chispeado o no, parece que al Viejo le interesan en serio esa flor y esa estrella que tiene en la mano. Las mira, las toca, las estira sobre la mesa, y me pregunta cómo las hago, cómo se me ocurren los dibujos, y qué pintura les pongo. Me dice también algo que en ese momento me parece un soberano disparate. Que "debe ser lindo trabajar en estas cosas".

Le contesto como puedo, pedimos una copa, y nos quedamos charlando. Al ratito nomás me doy cuenta, o me parece darme cuenta, que el Viejo es de los que entienden. Y siento que, sin hablar mucho, sin hacer mucho escombro, el Viejo a su manera olfatea lo otro, lo que no se dice, lo que no hay por qué decir: las noches en vela de puro caliente con algún detalle, los trabajos empezados y tirados con bronca a la basura, las tardes pasadas en la pieza como un pelotudo pensando si ponía dos o tres hileras de tachuelas, eso parecido a la piyadura, y que no es piyadura, en el momento de terminar un trabajo, y el esgunfio, y la chinche, y el convencimiento a veces de que uno es definitivamente un negado, y el otro convencimiento si no, el de estar perdiendo el tiempo en

pajerías cuando pasan cosas como las que habían pasado hacía un rato.

Sé que nos vamos a seguir encontrando. Me pide que le muestre otras cosas, y me dice que me espera el sábado en la fonda. Me dice que se llama Tomás Alderete, y que cuando muchacho pintó los telones en un teatro. Me pregunta el nombre, pero igual me sigue llamando Rengo, tal vez cariñosamente. Antes de irme, me dice: "Yo te voy a mostrar unos diarios a vos".

Estaba pensando en unas fotos de diario, muy manoseadas, donde aparecían algunos actores sobre un escenario que casi no se veía, cuando de pronto lo vi pasar al 58.

Como detrás de él venía el 42 del gordo, llamé al mozo, pagué, y con el paquete sobre el brazo, me fui caminando despacio hacia la parada. Antes de que terminara el cigarrillo lo vi aparecer por Campana. Lo conocí enseguida. Y ya me puse a pensar en la carrocería nuevita, con su hermoso tapizado color negro mate. Y ya vi la corbata colgada en su lugar, junto al volante. Y la vi resaltando, con las lentejuelas, y los flecos, y el reborde de terciopelo naranja sobre el negro del fondo. Y la vi rebrillando, y centelleando, y cambiando de color con el balanceo del colectivo. Convidando a los ojos a mirarla. Convidando a creer en las cosas, tal vez distintas, que a cada uno le diría.

Mientras pensaba en todo eso, y miraba embobado el colectivo, me distraje, y me olvidé de hacerle seña. Tal vez pensé que no hacía falta, que al verme allí, junto al poste, el gordo me iba a conocer y me iba a parar. En cambio no me vio, o no me conoció, porque pasó al ladito mío, y siguió de largo. Tuve que chiflar fuerte dos veces, y después, pegar un grito llamándolo por su nombre para que el hombre finalmente frenara, bastante más allá de donde yo estaba. Trotando como pude lo alcancé, y subí. Pensé que lo único que faltaba era que me cobrara el boleto. Pero no, al subir le dije: "Que tal, Ballivián", pensó un poco y se acordó. "Ah sí, el chirimbolo aquel, me había olvidado", dijo. Todavía resoplando por el trote, eché una ojeada a la tapicería, y le dije: "Va a quedar lindo". No me contestó nada, frunció los labios y se puso a revisar las planillas. Me estaba por ubicar en el estribo del lado de la puerta cerrada, pero no sé por qué, preferí sentarme en el primer asiento. Esperé. Al doblar por Del Carril, levantó apenas la vista hasta el espejo, y me dijo: "¿Te lo había encargado, no?" "Y, sí", le dije, "cuando hablamos del tapizado. Fue el lunes de la otra semana".

"Ah, sí, claro", dijo. Frenó para que subiera un pasajero. Después arrancó, cobró el boleto, y se quedó como escuchando algo antes de dar el vuelto.

"¿Oíste el diferencial?", me dijo, "veinte días que lo saqué del taller. Doscientos mil pesos. Oí como está".

"Zumba un poco", dije, por decir algo.

"Otros doscientos mil la semana que viene. Es una barbaridad".

"Es una barbaridad, de veras", le dije.

Por un rato no hablamos más. Seguí mirando el tapizado, calculando el sitio justo donde poner la corbata. Se me habían ido las ganas de abrir el paquete.

"¿Lo trajiste?", me dijo de pronto.

"¿Cómo?", le contesté, porque estaba en otra cosa.

"El chirimbolo, el adorno, digo si lo terminaste", me dijo.

Le señalé el paquete, y le dije que ahí lo tenía.

"Bueno", me dijo, y se puso a acomodar sin apuro las monedas y los billetes.

Otro rato sin decir nada. Estábamos ya por Mariano Acosta, o sea cerca de la otra terminal, cuando sin mirar por el espejo, se echó hacia atrás y me dijo: "Te lo voy a pagar. Yo soy un tipo de palabra, sabés. ¿Cuánto me dijiste que me cobrabas?"

Se lo dije.

"Está bien. Escuchá el diferencial. Qué cosa bárbara. En la terminal arreglamos. Después te traigo si querés. Todavía tengo otro viaje".

En la terminal arreglamos. Bajaron los pocos pasajeros que quedaban, bajó Ballivián, me dijo que iba hasta el control, y que enseguida volvía. Lo esperé. Llegó a los pocos minutos hablando a los gritos con alguien de adentro de la oficina. Traía la billetera en la mano. Todavía riéndose, se acomodó frente al volante, contó los

billetes, y por encima del hombro, me los alcanzó.

"Ponélo aquí arriba", me dijo, "mañana o pasado lo hago colocar".

No aguanté más, y le dije: "¿Pero no lo querés ver primero?"

"Sí, sí, después. Ahora ya salgo. Ponélo ahí nomás", me dijo.

"Tengo que poner eso. Tengo que poner el cartelito con las tarifas nuevas, que todavía ni tuve tiempo. Y tengo que poner la propaganda del negocio de mi cuñado. Me la trajo a casa y no sé dónde la voy a meter. Un despelote".

Le dije: "Mirá Ballivián, yo bajo. Tengo que hacer por aquí. Chau, otro día me decís qué te pareció".

Y me bajé. Me fui caminando por Balvastro, doblé por Pedernera, hice un par de cuadras, y volví por Santander.

Tal vez puteaba por dentro. Tal vez me dije que por algo sentía ese disgusto cuando pensaba en el gordo. Tal vez me enchinché conmigo, y me pegué un levante, y me pregunté por qué carajo andaba amargado. Había terminado un trabajo, lo había entregado, lo había cobrado en el momento, y ahora tenía la guita fresca allí, en el bolsillo.

Me acuerdo de que en algún momento hable solo, como un piantado, y dije: "Como si fuera un repuesto. Che Rengo, dame unos aros de cilindro de tal medida. Mañana o pasado los hago colocar". Cosas así.

Después dije: "Pero no, ni siquiera un repuesto. Un repuesto se necesita. Se lo va a comprar. En cambio este. Yo soy un tipo de palabra. A mí no me importa lo que vos hiciste. Si ni siquiera me acordaba. Yo te pago porque soy así. Porque tengo guita, y no soy pijotero. Oí el diferencial, como para chirimbolos está el asunto. ¿Cuánto dijiste que me ibas a cobrar? Aquí tenés la plata. ¿Qué más querés?"

Cuando volvía a la parada, sé que me la estaba agarrando con el cartelito de las tarifas y con la propaganda del cuñado, que seguramente tenía que ser de una pizzería. Y entonces veía una pizza enorme, pintada de colorado, y blanco, y amarillo, y verde, con aceitunas, y muzzarella, y anchoas, y tomates, y rodajitas de cebolla, ocupando todo el techo del colectivo. Y detrás de la pizza, asomando apenas detrás de una aceituna, un pedacito de terciopelo naranja, y cuatro o cinco lentejuelas.

Eran cerca de las doce cuando llegué a la fonda. En la mesa de siempre estaba el Viejo, mirando la televisión. Se había puesto una camisa recién planchada, y se había hecho lustrar los zapatos. Pensé que ya había comido porque tenía una botella sobre la mesa, y ya estaba un poco chispeado. Pero no, me dijo que me estaba esperando. Así que me senté. Pedimos algo para picar, y otra botella.

Le empecé a contar algo de lo que había pasado con el gordo Ballivián, pero de pronto, frente al Viejo, me

parecieron pavadas, y me callé.

Seguimos chupando, y mirando de a ratos la televisión. Cuando en la fonda empezaron a levantar las sillas, nos metimos en un bar.

Nos agarramos tal peludo esa noche, que yo canté, y el Viejo dijo un verso, y después nos pusimos a pulsear, y le pagamos la vuelta a todos los que estaban mirando.

Cuando salimos del bar le dije al Viejo que largaba, que no iba a trabajar más en esas cosas. El Viejo se me plantó de frente, levantó el dedo como para decir una frase importante. Pero como con la mamúa no le salió, o se la olvidó, me agarró fuerte el brazo y me dijo que no fuera pelotudo. Seguimos caminando abrazados, y nos metimos en otro bar.

Bandeo [1]

1- El texto se publicó por primera vez en 1975, en editorial Granica, en Buenos Aires, en el volumen de cuentos homónimo.



Habría que decirle a Hernández que se tranquilice y empiece por el principio, puesto que él, seguramente ya un poco borracho, se ha largado otra vez a hablar de esa confusa noche en la cual "pasaron un montón de cosas", "un montón de cosas horribles, no te imaginás", aunque nunca se alcanza a comprender claramente cuáles fueron esas horribles cosas que, al parecer, dejaron imborrable huella en ese pobre tipo, enfermo de recuerdos, charlatán, cargoso, tal vez un poco sonado, que desde hace un rato está dándole vueltas a su habitual manijita, y que ahora ha agarrado del brazo a su interlocutor de turno en el café para reclamarle una especialísima atención, para que deje de mirar distraído hacia la calle, y deje de decir que sí con la cabeza, y entienda bien cuáles fueron, cómo llegaron a suceder esas "cosas" en las que confusamente se mezclan un tipo llamado Thompson, una mujer llamada (a veces) Lidia Cámara, un pescado con cuerno en la frente, y el tiempo, y un polaco, y un curda que despanzurraba a Borges, y una "rubita", y algunos otros detalles tan inofensivos o tan absurdos como esos, pero que demostraban, "que palpablemente venían a demostrar", "o no lo estás viendo", lo terrible que había sido esa noche.

Pero sería totalmente inútil pedirle a Hernández que empiece por el principio porque entonces volvería con aquello de que en esa noche no se puede hablar de principio ni de fin porque todas las cosas sucedieron, "tuvieron que haber sucedido", al mismo tiempo, "en el mismo tiempo", y que si bien él lo había dejado a Thompson sentado en una mesa de Los 36 antes de meterse por Corrientes y apechugar con aquello que después iría a ser el monótono tema de sus futuras charlas, el tiempo de Thompson, el tiempo durante el cual había estado sentado frente a Thompson en una mesa de Los 36, no había transcurrido, todavía estaba allí, a lo mejor pegando una segunda vuelta de espiral, dice, "pero antes de que la otra se hubiera disipado del todo, entendés", sin correr vertiginosamente hacia atrás como los postes desde la ventanilla de un tren, sino "atascado", o "embotellado", o tal vez "flotando rezagado en medio de esa noche", que por eso fue realmente terrible, y por eso, en algunos sitios, Hernández insiste en que se alcanzaba a ver como un segundo trazo de lápiz sobrepuesto al primero, como remarcándolo, haciendo por lo tanto evidente que el tiempo, vaya a saber por qué desajuste de su mecanismo, sencillamente no había podido correr.

"Porque vos date cuenta", dice Hernández, y vuelve por centésima vez a hablar de Thompson, a contar cómo a él, a Hernández, justamente esa noche no se le había dado la santísima gana de aguantarle a Thompson

su tremendo esgunfio, “un esgunfio de la gran puta, creéme”, y entonces le había dicho que chau, que más valía volver a encontrarse en otro momento si le parecía, pero no en ese, en el cual el esgunfio de Thompson se hacía realmente insoportable, sobre todo al mezclarse o sumarse a lo de Hernández, que no era precisamente esgunfio sino bandeo. A raíz de lo cual Hernández inicia una breve, didáctica explicación acerca de las diferencias sustanciales entre esgunfio y bandeo, y a cuya terminación se llega a saber que el esgunfio es una especie de niebla sórdida, o mejor una bufanda pegajosa como un chicle, o mejor una gruesa envoltura de telgopor; y que en cambio el bandeo vendría a ser hormigas en el culo, que vendría a ser una desazón, que vendría a ser una permanente e insaciable necesidad de. Frase que se resuelve en un gesto ambiguo y más bien giratorio de la mano derecha.

Por lo tanto era una verdadera estupidez, “era totalmente al pedo”, dice, que él siguiera allí, aguantando su propio bandeo, viendo cómo Thompson masticaba minuciosamente un especial de matambre, y con esa cara de esgunfio que volteaba se pusiera a hablar de que “el amor remedia todos los males”, y que “la esperanza es lo último que se pierde”, y que “la vida comienza a los cuarenta”, y que ahí estaba Descartes, que era un Rosacruz, para no dejarlo mentir. “Cosas por el estilo”, dice Hernández, “imagináte todas esas payasadas viniendo de un tipo como Thompson, si no era para

romperle la jeta. Diciendo esas boludeces, poniéndose de a ratos a mirar por la vidriera de Los 36, viendo la calle como si estuviera contemplando el desierto de Sahara, mientras, con una mancha de vino que había caído sobre la mesa, dibujaba algo parecido a un pescado con un cuerno en la frente, yo qué iba a hacer".

Rajar, naturalmente. Decirle aquello de que era mejor "dejar la copa para otro día", para otro día con menos esgunfio había querido decir Hernández, pero qué se iba a poner a aclararle a Thompson lo de esa media tonelada de niebla sórdida depositada lo más pancha sobre la mesa, lo de aquella blanca y enorme bufanda de Yum-yum que los estrangulaba a los dos "como una boa constrictor", con todo lo cual no se podía, no digo ponerse amistosamente en onda, pero ni siquiera intentar una conversación medianamente entretenida.

"Para colmo Thompson con su pescado y su larguísimo cuerno en la nariz", y después el pucho que desmenuzó entre sus dedos mochos de comerse las uñas, y los hilitos de tabaco mezclados con ceniza que espolvoreó primero sobre la mesa y fue empujando después hacia el borde hasta formar una especie de cordillera. "Esos dedos mochos horribles", dice Hernández, cumpliendo con mucha parsimonia su asquerosa operación mientras decía muy seriecito que el amor remedia todos los males y que la esperanza afortunadamente era lo último que se perdía, y se le arrugaba de pronto toda la cara en un

gesto doloroso y lamentable a consecuencia del ruido que había hecho un cenicero de lata al caer por ahí, y trabajosamente se recomponía y, aunque todavía con la frente arrugada, volvía a hablar de lo bueno que es un poco de gimnasia respiratoria a la mañana, y que en realidad la vida comenzaba a los cuarenta, "decime si no era para matarlo".

De modo que Hernández parece que dijo algo como "bueno, hermanito, nos vemos otro día", o "mejor nos encontramos otro día", tal vez agregando algo acerca del esgunfio, de lo inútil que era intentar un pica-pica con el esgunfio, pero sin mencionar seguramente la bufanda de chicle, ni el telgopor, ni la niebla sórdida que se había congelado sobre la mesa y estaba pesando una barbaridad, y la ibas a sacar de ahí si eras brujo.

Y Thompson que había aceptado sonriendo la despedida, "el hacerse humo" de Hernández, sonriendo, fijáte, dice Hernández, una sonrisa angelical, totalmente boluda o resignada, como si el tipo admitiera que era realmente al pedo pelear contra el esgunfio, como si, ante la incuestionable presencia de la niebla y la bufanda y el telgopor, reconociera caballerescamente el derecho de cada cual a tomarse el raje. Y todavía ese gesto de Primer Lord del Almirantazgo, paternal o tolerante con los tipos piantados como Hernández, "vos hacéte cargo", Thompson sonriendo y diciendo, "claro, claro", a él, a Hernández, cuyas perdonables hormigas en el culo

lo obligaban a salir casi rajando de Los 36, y a dejarlo plantado a Thompson, metido en su cubierta de telgopor, envuelto en su pegajosa bufanda tratando, a lo mejor ni siquiera tratando, de sacársela de encima, sonriendo como un Buda, sin arrugar otra vez la cara porque no volvió a caerse ningún cenicero, simplemente sonriendo como un Buda, o un retardado frente a su pescado cornudo y el montoncito alargado de tabaco y ceniza contra el borde de la mesa.

Todo eso no más que como aburrida introducción a partir de la cual Hernández se larga a hablar "en serio" de esa famosa noche, si es que todavía le queda un oyente a mano y no lo dejaron plantado en la mesa del café, como él dice que dejó a Thompson en medio de sus idioteces plásticas y de su esgunfio. Entonces lo probable es que empiece a hablar de la jaula, o de cierta vertiginosa, ululante encamada con Lidia Cámara, interrumpida bruscamente por un inesperado y "terrible" segundo trazo de lápiz. Pero más probable todavía es que ya empiece con el vinoso encuentro en el Ramos con Trovato y con Silva. Vinoso o ginebroso encuentro que intentará (vanamente) describir paso a paso como si cada detalle de esa conversación de mamados fuera de capital importancia para comprender las "cosas que pasaron esa noche", o tal vez, vaya a saber, con el solo motivo de dar a entender a su interlocutor (seguramente ya otro distinto que el del comienzo) el grado de su bandeo, tema sobre el

que ha de volver frecuentemente porque dice que hay que saber perfectamente lo que es el bandeo para tener una idea aproximada acerca de la jaula, del embotellamiento del tiempo, y sobre todo, de la segunda marca de lápiz, "casi en el mismo sitio que la primera, entendés".

"Trovato y Silva, vos los conocés, allí, en una mesita del Ramos, chupando ginebra desde las cuatro de la tarde, y eran como las diez, imagináte". Y por supuesto que al interlocutor no le cuesta gran cosa imaginarse a Trovato con su curda cargosa, babosa y manoseadora, proclive a las lágrimas y las explosiones de ternura, y Silva con su increíble apariencia de sobriedad, apenas un hablar lento, discurseador y pedregoso. "Se la estaba agarrando con la literatura argentina, me parece", dice Hernández, "lo que me acuerdo es que, como siempre, se la daba a todos". Ese parecido a Gardel, ese tonito profesoral, silabeante y canyengue de Silva, demoliendo minuciosamente a Borges y después a casi todo el mundo, dirigiéndose a Hernández, quien, a causa de su espantoso bandeo no estaba para trenzarse en discusiones boludas, y aun si hubiera estado o hubiera tenido ganas de mandarlo al carajo, tampoco hubiera podido hacerlo porque el hincha pelotas de Trovato no había dejado en ningún momento de convidarlo con ginebra, y de abrazarlo, y de zamarrearle la cabeza, y de llamarlo con tiernos diminutivos, por lo que no le había quedado más remedio que convidar él también, y aguantar el baboseo de Trovato

junto a su oreja, y verlo a Borges hecho picadillo bajo el hacha demoledora de Silva, revolviéndose como un indefenso gusanito bajo el tonito monótono, y la lengua ligeramente trabada, y la mirada sombría e implacable de Fray Girolamo Savonarola, "vos sabés cómo son", dice Hernández.

Vos sabés cómo son estos tipos que andan entre La Paz y el Ramos, entre el Politeama y La Giralda, había querido decir Hernández. "Pero esa noche yo no estaba para andar eligiendo compañía, entendéme. Y me quedé con Trovato y con Silva, y las cuatro o cinco copitas que tomé con ellos me cayeron verdaderamente como la mona porque estaba sin comer desde qué sé yo cuándo a consecuencia del bandeo". De modo que en algún momento dijo que tenía que irse porque lo estaban esperando. Nada más que para rajar del Ramos, de la pringosa compañía de Trovato y de Silva, o para rajar simplemente, "porque eso es precisamente el bandeo", trata de explicar Hernández, la permanente e insaciable necesidad de (el gesto), ese no estar bien en ningún sitio, hincharse enseguida de todo y creer que sólo es cuestión de rajar para encontrarse a la vuelta de la esquina con. Y aquí otro gesto con la mano derecha, un gesto distinto al anterior, lento, horizontal, con la palma vuelta hacia abajo; gesto que tal vez quisiera significar algo parecido a la paz, o a una cama, o al amor, o a un lago, o a una quinta con lechugas y rabanitos recién regados, o a una

losa de mármol con inscripción RIP y dos fechas exactas e irrevocables marcando un preciso y bien delimitado tiempo sin cabida para la insaciable necesidad de, ni para el bandeo.

Pero difícil que a la curda de Trovato se la pudiera conformar con un pretexto tan escueto como que "lo estaban esperando" por más que Hernández hubiera querido dar a la frase, seguramente con total ineficacia, un tonito de cita programera para hacerla más verosímil, porque Trovato, dice Hernández, acercándole mucho la cara y pretendiendo mirarlo fijamente con esos ojitos enrojecidos y llorosos que siempre tiene, "vos viste", aunque no esté en curda, le preguntó dónde tenía que ir, y quién carajo lo podía estar esperando a él a esa hora, mientras Silva interrumpía momentáneamente su trabajo de demolición para mirarlo también y hacerle sentir el fastidio de su sonrisita inmóvil y desconfiada.

Entonces Hernández había contestado inmediatamente, "me está esperando Thompson en Los 36"; así, que Thompson lo estaba esperando en Los 36, "sin intención de macanear, fijate", agrega Hernández, "te lo digo en serio, creyendo en serio que me estaba esperando Thompson, cuando, como te dije, lo había dejado, yo me había hecho humo y lo había dejado, hacía apenas un ratito, atrapado en su bufanda, diciendo que el amor remedia todos los males y esas boludeces, qué me decís".

"Yo no sé qué hubiera pasado si hubiera dicho otra cosa", dice Hernández, cómo hubieran reaccionado

aquellos dos, quiere decir, sobre todo Trovato que quería seguirla a muerte y no aceptaba ninguna excusa, "pero cuando, sin quererlo, creéme, macanié y, creyendo lo que decía, dije que me estaba esperando Thompson, se nos vino encima como un silencio. Un silencio incómodo que nadie sabía cómo romper; y entonces Silva le hizo una seña al mozo para que trajera otra ginebra, y Trovato se puso a jugar con el platito como pensando en otra cosa, y yo me encontré que como un gil me había quedado pensando en Thompson, en esas pavadas que decía Thompson a las que a toda costa quería encontrarles un significado inteligente, mirá qué estupidez. Y era que el tiempo de Thompson se nos había metido en el Ramos, en la segunda vuelta de espiral, entendés, porque no se había podido borrar del todo ese tiempo y había arrastrado hasta allí la bufanda, había volcado en esa mesa del Ramos un lindo baldazo de la niebla sórdida de Los 36, "algo horrible, che, hubieras visto. El hecho es que, como si de golpe se les hubiera pasado la curda a los dos, se dejaron de joder, y entones me fui".

No a buscarlo a Thompson, claro, sino a la jaula "con las ginebras que me habían caído mal, la boca hinchada y el estómago hecho un asco, y los discursos de Silva, y el franeleo de Trovato. Y de pronto, hambre, así como lo oís, porque no había almorzado nada a causa del bandeo, ya te voy a contar".

Pero no contará, naturalmente, el motivo de su bandeo, y lo que contará en cambio es cómo salió del

Ramos, "eran más de las doce" y tomó por Corrientes hasta Cerrito, no a paso de atorrantear que era lo que realmente estaba haciendo porque no se dirigía a ningún lugar preciso, sino apurado, ansioso, impulsado por frenéticas hormigas en el culo, apurado por dejar atrás vaya a saber qué, por encontrarse a la vuelta de la esquina con.

Y que así, caminando apurado, llegó hasta Cerrito, enseguida dio marcha atrás y vuelta a caminar por Corrientes hacia Callao, enjaulado en esas ocho cuadras donde la noche iría a dar (estaba dando) una segunda vuelta de espiral, donde un tiempo rezagado y enfermo lo estaba esperando atascado en esas ocho cuadras, de las cuales no es posible salir, "hacé la prueba", dice Hernández, "recorriendo de punta a punta la jaula, sin decidirme por ningún boliche, o entrando a uno y después levantándome a causa de las hormigas en el culo cuando tardaban más de cinco minutos en atenderme, vos sabés lo que es".

El bandeo, quiere decir Hernández, la certidumbre de encierro, de tiempo embotellado y congelado entre los barrotes de esas ocho cuadras; vidrieras, y boliches, y carteles de cine, insoportables de puro conocidos, recorridos qué sé yo cuántas veces, "a ver si en una de esas te encontrás con el barrote flojo, a lo mejor". Y se lo oirá hablar del Broadway, y del Foro, y del Vesubio, y de la vidriera de Fausto, y del Ramos, que "se te incrustan en la piel", que te joden con luces, y caras descomunales, y *L'art des Esquimaux*, y tipos, y bocinas, mientras se llega

hasta Callao y se vuelve de Callao a Cerrito porque es indispensable escapar de, con Thompson crucificado en su mesa de Los 36, no preguntándole a Elí por qué lo había abandonado, sino diciendo "claro, claro", admitiendo que no había Cristo que pudiera soportarle el esgunfio, todavía esperando en medio de esa niebla sórdida, metido hasta el pescuezo en ese tiempo que, vaya a saber por qué desajuste, "patina dos veces en el mismo sitio antes de seguir adelante, entendés".

Punto en que el interlocutor suele tomar una vaga actitud de terapeuta para decir que en esos casos especiales…, etcétera…, etcétera, sobre todo con varias ginebras encima, suele ocurrir…, etcétera…, etcétera. A lo que Hernández responderá moviendo repetidas veces la cabeza a un lado y a otro, y diciendo: "no, no, no, querido, eso yo también lo entiendo, pero aquí se trata de otro asunto. Los dos trazos de lápiz, casi en el mismo sitio, entendiste. Una cosa espantosa, yo te voy a contar".

Pero no contará, y el interlocutor se quedará otra vez sin saber bien qué es eso de los dos trazos de lápiz, porque Hernández, después del baldazo de niebla en el Ramos, y de la furiosa caminata por la jaula, se meterá a hablar, "porque esto es importantísimo, ya te vas a dar cuenta", del casual encuentro con una mujer, "con una mina", dice, cuando por razones caballerescas se acuerda de no recordar su nombre, a pesar de que, en alguna versión anterior, ya la ha mencionado más de una vez con nombre

y apellido, cosa que seguramente volverá a ocurrir con este nuevo interlocutor dentro de unos minutos.

"Una mina", dice Hernández, "una mina conocida", con la que se encontró frente al Lorca mientras él cumplía su rabioso itinerario Callao-Cerrito, Cerrito-Callao, y con la que después de trabajosos y distraídos "qué tal", y "qué es de tu vida", y "cómo van las cosas", y de unas tropezantes cuadras por Corrientes, había ido a parar al Pippo. Y que allí en el Pippo, entre tallarines con tuco, papeles mugrientos, vino de la casa y un bochinche de la gran puta, Madame X, "una alta, flaca, de aspecto aristocrático", le había empezado a hablar de teatros, de cursos, de no sabía qué revista literaria, de novelas por escribir, de cine de vanguardia y de relación de pareja; a raíz de lo cual Hernández se vino a enterar que Lidia Cámara dice que anda, que sale, en fin que se entiende con Tagliabue. "Fijate vos, Tagliabue", dice Hernández, y el interlocutor debe esforzarse para recordar a un cineasta, y letrista de tangos, y miembro de alguna cooperativa de poetas, al que no se le conoce ninguna película, ni ningún libro, ni ningún tango, pero al que se suele encontrar a cualquier hora por Corrientes con muchos libros y papeles y carpetas bajo el brazo, "medio boludo pero buen tipo, cómo no te vas a acordar. Bueno, pero no interesa."

Porque lo que interesa, volverá a insistir Hernández, lo que en realidad interesa de todo este asunto, no es Lidia

Cámara, ni Tagliabue, ni Trovato, ni Silva, sino Thompson, "enténdelo bien", el esgunfio terrible de Thompson que "a todo esto", mientras la relación de pareja, y los tallarines, y el quilombo del Pippo, todavía está allí clavado en una mesa de Los 36, envuelto en su sobretodo de telgopor, diciendo "claro, claro" y despidiéndolo con su sonrisa de Buda para que Hernández, en la mugrienta mesa de Pippo pudiera escuchar a Lidia Cámara hablando de una tapa y de un segundo número, mirándolo con los ojos brillantes de vino de la casa, y acusando de pronto el contacto de las rodillas por debajo de la mesa.

Aunque el "a todo esto", o sea que Thompson estuviera todavía sentado frente a la misma mesa de Los 36, el interlocutor que lo considera una presunción evidentemente gratuita, puede cuestionarlo y decirle a Hernández por ejemplo que "cómo supone", o "por qué habla en esa forma", en cuyo caso Hernández defenderá su "a todo esto" como un artículo de fe, no aceptará que se lo discuta, y volverá a hablar de tiempo embotellado, y de las dos marcas de lápiz, y de los postes inmóviles desde la ventanilla de un tren corriendo a toda velocidad, "pero cómo no te avivás".

Y entonces de la cena en el Pippo se llega en forma totalmente natural a la encamada con Lidia Cámara; todo a partir de ese casual encuentro de rodillas debajo de la mesa del Pippo, que decidió la supresión súbita del flan con dulce de leche, e influyó notablemente para que

ambos se levantaran enseguida y se encaminaran rápido, "como si se nos estuviera escapando el último tren", a su pensión en el segundo piso de la calle Rodríguez Peña.

Encamada acerca de la cual el interlocutor presume que no pudo ser tan gloriosa como Hernández pretende darlo a entender, dado su confeso bandeo, sino más bien desesperada, o frenética, o violenta, particularidades estas que bien lo pudieron haber hecho confundir a Hernández respecto de las capacidades amatorias tanto de él como de Lidia Cámara, pero que de todas maneras Hernández insistirá en describir morosamente, con nada lujuriosa obscenidad, simplemente con el tono parsimonioso y objetivo con que se podría contar un aburrido partido de primera B, o demostrar que la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa, sin ahorrarle al interlocutor ningún detalle y sin darle tampoco especial importancia a ninguno, porque así seguramente deben ser contadas las cosas, según parece, para que se llegue a entender bien lo de las dos marcas de lápiz y el tiempo embotellado.

Por lo tanto se escuchará a Hernández hablar con una cara llena de tristeza, y con una voz totalmente inexpresiva, de mutuas chupadas y de ululantes orgasmos de Lidia Cámara, y de inusuales posturas en las que participan sillas, almohadas y una especie de cómoda, y de las muchísimas veces que acabó Lidia Cámara, y de los después de todo simplemente discreto par de polvos,

y de cómo, mientras descansaba y fumaba un cigarrillo, miraba hacia la mesa de luz y entonces veía la mano de Lidia Cámara, "una mano fina, de dedos larguísimos", que se apretaba contra un par de puchos que habían quedado por ahí hasta destrozarlos totalmente, y después mezclaba el tabaco con un poco de ceniza, y empujaba todo hacia el borde, y formaba allí, contra el borde de la mesita de luz, una especie de cordillera. Una asquerosa cordillera empujada por aquellos dedos mochos de comerse las uñas mientras decía que la esperanza era lo último que se perdía y que el amor remediaba todos los males, con el desierto de Sahara frente a su mesa de Los 36, y la bufanda, y el esgunfio, y "que se fuera a la puta que lo parió", dice Hernández, "porque después de eso, de esa esgunfiada cordillera mirándome desde la mesa de luz, no se me volvió a parar más la pija, y entonces me vestí, nos vestimos rápidamente, y bajamos otra vez a Corrientes, yo sin decir una palabra, pensando en la gimnasia respiratoria y en que la vida comienza a los cuarenta, y en su tremendo esgunfio llamándome desde una mesa de Los 36, y en el tiempo que hacía una segunda marca de lápiz justo en la cabecera de mi cama, caminando apurado, despavorido, como escapando de, mixto de nuevo en la sucia trampera del bandeo, sintiendo de nuevo un millón de hormigas, o termitas, o marabuntas prendidas en el culo".

Urticantes, frenéticas hormigas en el culo que lo

apremian a dejar a Lidia Cámara junto a la portezuela de un providencial taxi libre, y que después de un inconsistente "te llamo cualquier día" y saludo con la mano, lo empujan irreprimiblemente otra vez a la jaula, otra vez atacado por el más movedizo y feroz de los bandeos, "vos no te imaginás, metido allí, recorriendo otra vez las ocho jaulas, quiero decir las ocho cuadras, de Cerrito a Callao, y de Callao a Cerrito, rajando como para apagar un incendio, totalmente bandeado, y ansioso, y revirado, y esta vez además con una intempestiva calentura, tenés que creerme, una calentura de la gran puta, a pesar de que hacía un ratito nomás con Lidia Cámara, y de golpe una tremenda necesidad de mujer", dice, aunque tal vez debiera entenderse como una tremenda necesidad de, simplemente, necesidad de sumergirse en algo, de recalar en algo que bien podría ser un cuerpo de mujer, necesitando creer que allí, en la tibieza de una piel de mujer; en ese prodigioso tiempo fuera del tiempo, sacudido de eléctricas caricias, y ternura, y ancestrales gemidos, y vértigo, y unción, y empecinada, generosa entrega, ha de encontrarse, aunque sea transitoriamente, con eso sólo definido por el segundo gesto de la mano, el cantero con las lechugas y los rabanitos recién regados, la losa con las dos fechas, exactas e irrevocables, pero que también podría ser un lago, o el amor por ejemplo.

Volviendo a recorrer entonces los barrotes de la jaula, mientras Thompson sonríe como un Buda y dice

“claro, claro”, prisionero en su niebla, despidiéndolo con gesto de Primer Lord del Almirantazgo, de capitán que permanece sonriendo junto a su barco que se hunde; y para colmo esa tremenda calentura en medio del (a causa del) bandeo, mirando por lo tanto a las mujeres, a las pocas mujeres que todavía quedan por la calle, “serían las dos y media”, con ojos de deseo tal vez, pero seguramente con una tremenda cara de piantado, transpirando a mares a causa de su frenética maratón, y de las ginebras mal recibidas por su hígado bandeado, lobo aullando en medio de la estepa, cazador en trajinado safari por la jungla de Corrientes, distribuyendo los cebos, y aparejando las trampas, y observando las huellas, y olfateando el aire, el cuidado fusil sin el seguro y la mano nerviosa en el gatillo, cuando de pronto, algo que ha mordido su cebo, dos chistidos llamando a sus espaldas, dos clarísimos chistidos dirigidos indudablemente a él desde una mesa del La Paz junto a una de las ventanas de Montevideo.

Entonces el rápido giro sobre los talones con el fusil en posición de tirar, mientras los porteadores abandonan sus fardos en medio de la selva y huyen despavoridos, listo para estamparle cuatro onzas de plomo entre el esternón y la primera costilla a esa pantera negra de Java que ha chistado dos veces desde la ventana del La Paz, decidido a no dejar escapar ese fresco cantero con lechugas y rabanitos recién regados, que “finalmente no

resultó un cantero, ni una pantera negra de Java, ni una mina, como el bandeo me hizo pensar que era", sino el "piantado del Polaco" que desesperadamente le hacía señas con la mano desde una mesa del La Paz, "imagináte vos la jeta que puse".

Y por supuesto no hay que hacer demasiado esfuerzo para imaginarse la cara de Hernández, creyendo ser llamado desde una mesa del La Paz por lo menos por Raquel Welch en busca de un pintoresco amante latinoamericano, rufián y bailarín de tangos, y encontrarse de súbito con la cara barbuda y gesticulante del polaco Mirkauek, que no es polaco sino descendiente de checos, pero que seguramente es el tipo al que en general menos se desea encontrar en cualquier caso, y con mayor motivo en el caso de un frenético bandeo como el de Hernández.

"Totalmente piantado", dice Hernández, "vos lo conocés", de modo que ni siquiera entró en La Paz, se acercó de mala gana a la ventana con intención de largarlo enseguida, y desde allí, desde la vereda, por decir algo le preguntó qué carajo estaba haciendo, solo, en una mesa del La Paz, frente a una botella de Coca-Cola pero aparentemente con una curda de siglos, a lo que el Polaco no contestó mayormente sino que, sin previo aviso y con la mayor naturalidad le empezó a explicar muy seriamente sus últimas adquisiciones en refinamientos y proezas eróticas lo cual, "vos lo sabés, es una piantadura

como cualquier otra". Una mitomanía como cualquier otra, traduce el interlocutor, porque cualquiera sabe, y el interlocutor también por supuesto, que hay testimonios femeninos, resentidos pero fehacientes, de su casi impotencia, "quién lo diría, con esa pinta de galán, no es cierto". "Pero no era eso lo que me reventaba" sino su tonito confidencial y cómplice, como si le estuviera suministrando a Hernández importantísimos secretos de Estado o algo así, hablando misteriosamente de sus nuevos descubrimientos, "cosas que francamente daban asco, che", mientras se pasaba una mano por la cara agitada por un millón de tics, y se echaba la porra para atrás, y apoyaba un dedo de la otra mano sobre un charquito de Coca-Cola, y con el dedo estirado empujaba el charquito y dibujaba, allí, sobre la mesa, una especie de rana o de pescado con un cuerno en la frente.

"Un larguísimo cuerno en la frente, entendés", debajo de la niebla, porque no había caso, patinaba y no quería correr el tiempo de Thompson, y allí estaba otra vez sobre esa mesa del La Paz haciendo su segunda marca de lápiz, "llamándome, ya te lo dije, no es cierto, haciéndome señas desde el fondo del pozo, diciéndome muy seriecito que la esperanza es lo último que se pierde, devastado por aquella tonelada de esgunfio, náufrago, y agonizante, y arrugando la frente ante la caída del cenicero, hablando de gimnasia respiratoria a la mañana, diciendo 'claro, claro' y sonriendo como un lord, en vez

de prenderse de las primeras solapas que encontrara, de agarrarme a mí por las solapas sin ir más lejos, y putear, y desesperarse, y sacudirlas fuerte a las solapas, y gritar: 'me estoy muriendo, carajo, tírenme un salvavidas', eso, no te parece".

Y el Polaco todavía allí, con su voz de pasar datos, y sus tics, y su piantadura, y por lo tanto rajar urgentemente, "qué otra cosa si no, retroceder como un boludo con la vista clavada en la mancha de Coca-Cola que seguía diciendo 'claro, claro', perfectamente al tanto de mi bandeo, muy tolerante y comprensiva respecto a mis disculpables hormigas en el culo, retroceder como escapando de esa mancha sobre la mesa, y del Polaco que me dice, 'pero che, no te vayas, escucháme', queriendo, necesitando volver a mi recorrido por la jaula, en el momento en que pasa una mujer frente a mí, se mete decidida en La Paz, y se sienta en la mesa, frente al Polaco".

"Un amigo", dijo entonces el Polaco, y la mujer, "una rubia chiquita, con cara de estudiante de psicología", que se llamaba Ruth, le tendió la mano.

Por lo que Hernández se volvió a acercar a la mesa, "simplemente porque la calentura era más fuerte que las ganas de rajar de allí", y siempre desde la vereda, sin poder quitarle la vista a lo que quedaba del pescado cornudo, le dio también la mano a la mujer; e inmediatamente a partir de ese contacto, que no fue insinuante ni prolongado ni nada por el estilo, "te lo juro", sino más bien rápido y de

compromiso, supo, sencillamente supo que dentro de un rato estaría en la cama con ella.

Cosa que efectivamente ocurrió cuando el Polaco, de pronto, y con el mismo fervor y el mismo tonito confidencial de unos minutos antes cuando explicaba sus lujuriosos descubrimientos, se largó a hablar de una revolucionaria experiencia teatral, en la cual él participaba por supuesto, y en la que intervenía el subconsciente, la glosolalia, el ácido lisérgico, la yerba, el andar en pelotas, el amor universal y la homosexualidad, todo mezclado con una actitud de protesta contra los degenerados que asesinaron a Marilyn Monroe, "entendés, flaco", mientras Ruth, que seguramente ya había escuchado varias veces todo eso, se levantaba y buscaba unas monedas para hablar por teléfono.

De modo que Hernández se olvidó momentáneamente del Polaco, la siguió con la vista, venteó la presa, dio órdenes precisas a los porteadores para que permanecieran en sus puestos, alistó el arma, y se metió por la puerta del La Paz derechamente hasta el teléfono donde Ruth acababa de introducir la primera moneda de diez pesos. El interlocutor no ha de entender muy bien lo que ocurrió después, porque oirá a Hernández hablar de una mano en la cintura, y de palabras dichas rápidamente y en voz baja, "porque el bandeo es así", y del gesto no demasiado asombrado de Ruth, y del teléfono devolviendo la moneda porque el

llamado no alcanzó a producirse.

Creerá entender en cambio que Hernández se despidió drásticamente del Polaco diciendo que la iba a acompañar a Ruth, y que huyendo del pescado y acuciado por la tremenda necesidad de, se dirigió por Corrientes, dobló por Rodríguez Peña, y subió otra vez a su pensión del segundo piso, con Ruth arrimada a él y tomándolo del brazo con el gesto de un matrimonio a los veinticinco años de casado, y poniendo una cara de no entender un pito y de estar hablando con un loco cada vez que Hernández insistía en preguntarle si se había fijado bien en eso que el Polaco había dibujado sobre la mesa, y que cómo podía ser que no lo hubiera visto.

"Cómo que no viste nada, pero acordáte", volvió a insistir Hernández todavía cuando Ruth se estaba desnudando, y, con la mayor eficacia y prolijidad, iba poniendo toda la ropa bien doblada encima de una silla, "como si se fuera a pegar un bañito antes de irse a dormir", o sea, pensó Hernández, que la cosa pintaba bastante decepcionante o aburrida, y que el gesto de veinticinco años de matrimonio era probable que fuera a repetirse espantosamente en la cama dentro de un ratito. Más cuando Ruth le dijo, "querido, acabala con lo del dibujo", como si estuviera hablando con un chico y le estuviera pegando un reto, y se le acostó de espaldas a su lado, con el mismo entusiasmo y la misma expectativa de acomodarse en un sillón y esperar al peluquero leyendo *Vosotras*.

Pese a lo cual, o tal vez debido a eso, porque las bodas de plata no dejan de ser emocionantes después de todo, trata de explicarse el interlocutor, las cosas no fueron tan lamentables como pintaban al principio, según Hernández, sobre todo cuando Ruth, después de desperezarse y apagar el cigarrillo, empezó, como cumpliendo una estudiada y conocida ceremonia, una minuciosa, inteligente faena sobre el cuerpo de Hernández, que respondió como era debido y, aunque de una manera totalmente distinta que con Lidia Cámara, dice que volvió a escaparle por unos minutos a su bandeo, y volvió a sumergirse en un paradisíaco cantero con rabanitos y lechugas recién regados junto a la rubita que, a pesar de su pose de mujer experimentada, "era muy dulce", y a pesar de ser estudiante de sociología (no de psicología como calculaba) no hablaba de "relación de pareja", sino que le pasaba la mano por la frente a Hernández, y le decía tiernamente "piantado", y le hablaba del amor.

"Hablaba del amor, así, en general, entendés", pero lo que no dijo, lo que ahora Hernández está seguro que no pudo haber dicho de ninguna manera, fue "la boludez esa de que el amor remedia todos los males". "Pero a mí me daba mucha bronca que, como una estúpida, me lo negara cuando yo se lo había oído tan clarito". "Cómo que no lo dijiste, si lo dijiste recién", le dije, y le dije que no se hiciera la viva porque no estaba hablando con

ningún piantado. “Y ella me seguía pasando la mano por el mate, y me decía pobrecito, cuánto debés sufrir, quedáte tranquilo y dormí un rato, me parece que tenés un poco de fiebre”.

Y a Hernández que se le cerraban los ojos, muerto de cansancio y de sueño, diciendo que estaba lo más bien, y preguntándole a la rubita por qué carajo negaba que había dicho que el amor remedia todos los males si él se lo había escuchado perfectamente, justo antes de caerse el cenicero, “bien metidito debajo de la niebla el cenicero, bien en medio de la bufanda, no es cierto, cuando le dije que nos íbamos a ver otro día”, otro día con menos esgunfio.

Y la rubita le preguntó quién era Thompson, y Hernández levantó la cabeza y le preguntó a su vez de dónde lo conocía a Thompson, y la rubita dijo que él lo había nombrado en sueños, y Hernández no le creyó, negó con la cabeza, y volvió a insistir en que lo que pasaba era que no quería confesar que lo había dicho, y dijo “has visto, has visto”, y así, diciendo “has visto, has visto”, parece que se quedó dormido.

Y contará luego que se despertó sobresaltado, “no había pasado más de media hora, creéme”, porque estaba soñando que se caía, que “se venía en banda desde una cornisa altísima”, y sintió la almohada empapada y el previsible dolor de cabeza. “No veía un pito”, y tuvo que pasar un rato antes de que se acordara que estaba en la pensión de Rodríguez Peña y que se había quedado

dormido hablando con una mujer, y otro rato más para acordarse, dificultosamente, que la mujer se llamaba Ruth.

"Empecé a tantear la cama", dice Hernández, "buscando a la rubita", pero la rubita se había ido, por lo que buscó la perilla, encendió la luz, y se encontró con el papel, "una hoja de cuaderno Avón cortada muy prolijita por la mitad". En el papel estaba anotado un número de teléfono, y además decía, "Chau piantado. En la mesa tenés un vaso de agua y dos aspirinas". "Lo que faltaba era que me dejara una lista de cosas para comprar en el almacén", dice Hernández, aunque confiesa que le gustó encontrarse con el papel, y el vaso con el platito, y las aspirinas encima de la mesa, y que en ese momento tuvo ganas de volver a ver a la rubita.

Pero además, que se había puesto a pensar otra vez en Thompson, en el esgunfio terrible de Thompson, y en aquella bruta cubierta de telgopor que no lo había dejado arrimarse y preguntarle qué carajo le pasaba, qué carajo estaba haciendo allí, en una mesa de Los 36, masticando un especial de matambre, diciendo boludeces, y ubicado como a diez kilómetros de la Tierra, preso en la "zona fantasma", al lado de Luthor y los demás malandras, "vos leés *Súperman*, no", dice Hernández.

Y todo mientras se tomaba las aspirinas, y se enteraba que eran las cinco de la mañana, y se vestía para volver a salir porque "ya no tenía nada de sueño", y porque se daba cuenta que le estaba haciendo falta un buen café doble

después de las aspirinas, y porque seguramente no quería quedarse "despierto como un boludo" mirando el techo; y porque volvía a sentir otra vez la insistente necesidad de, o sea algunas pocas y madrugadoras hormigas en el culo, "así que me metí la carta de la rubita en el bolsillo y bajé otra vez a la calle", dice Hernández.

Y enseguida a la jaula, claro, "a qué otro lugar si no", con el dudoso pretexto de un café doble y de un teléfono para marcar el número de la rubita, con casi todos los boliches cerrados, y las diligentes hormigas madrugadoras despertando muy apuradas a sus diligentísimas compañeras, instándolas a cumplir dignamente su tarea de prenderse en el culo como Dios manda, y los pulmones empastados de tanto cigarrillo, y entonces lo de la gimnasia respiratoria, y entonces Thompson, y el amor remedia todos los males y la rubita y Thompson. Y el sitio donde tomar el café que, además del requisito más bien indispensable de estar abierto a esa hora, debe reunir también otras características no menos importantes, como ser, teléfono que funcione, mozo que no se haga esperar como un hijo de puta, y mesa cerca de la ventana y no demasiado lejos del teléfono.

Y por lo tanto, recorrer otra vez a marcha forzada toda la jaula, de punta a punta las ocho cuadras de la jaula, desechando boliches a causa de mozo hijo de puta, estudiando las cosas desde afuera, o metiéndose a investigar estado de teléfono, vale decir otra vez en el

mejor, y más exquisito, y más rajador de los bandeos, con el hormiguero completo cumpliendo su patriótica labor, y la desazón, y el apuro, y la tremenda necesidad de, que es el bandeo.

Hasta que después de llegar a Cerrito, y de volver de Cerrito hasta Callao, y de volver de Callao otra vez para el centro, pudo encontrar, medio escondido en una calle transversal, "Libertad o Talcahuano, me parece", el boliche ansiosamente requerido por su bandeo. Y entró, y pidió el café doble, y consiguió monedas, y sacó del bolsillo el papel con el número de la rubita, y abandonando el café recién servido se dirigió al teléfono (no demasiado lejos de la mesa), y levantó el tubo, y puso las monedas, e hizo girar el disco. "Pero no marqué el número de la rubita, fijáte vos, sino que así, automáticamente, el de Thompson, por la costumbre, claro". Y que ya que sin querer lo había llamado, intentó comunicarse con Thompson, "con Thompson por favor, es un asunto urgente, por la hora, sabés", dijo, y que entonces una voz de gallego medio cabrero le informaba llena de resentimiento que el señor Ricardo Thompson había fallecido, que se había amasijado, como lo vinimos a saber después, que se había tomado los dos tubitos de Seconal y se había amasijado esa misma noche, "porque tuvo que ser a la salida de Los 36, no te parece", dice Hernández, y se mete a hacer unos descabellados cálculos en los que relaciona el esgunfio de Thompson,

“los llamados de Thompson”, dice, con supuestos horarios, y el pescado con cuerno, y la cordillera, y todas las cosas horribles que habían pasado esa noche donde el tiempo había patinado y había hecho una segunda marca de lápiz encima de la primera, “ahora te das cuenta”. Y deja de pronto los cálculos para contar que el café doble se había enfriado y estaba hecho una porquería, por lo que pidió otro café y una ginebra, y los tomó mientras lo puteaba interminablemente a Thompson, y salió del café, y volvió a recorrer los ochocientos barrotes de la jaula, con el tiempo de Thompson todavía en el aire de esa hora, todavía rezagado y flotando en medio de la jaula, “entendés”, y “eso que a veces se me apretaba y me dolía en la garganta”, y el tiempo embotellado y enfermo en esas ocho cuadras, y los tipos que ya salían para el laburo, y el baldazo de algún gallego que limpiaba el boliche, y esa voz ronca y medio misteriosa, “*Clarín*, *Crónica* de la mañana, diario, que siempre tiene algo de jodida, no es cierto, y el papel de la rubita que se me había perdido, y dónde iba a encontrar el número ahora, y los pulmones, y el dolor de cabeza, y doblar otra vez en Cerrito, y el bandeo”.



Cacería sangrienta o la daga de Pat Sullivan[1]

(A Graciela y a Luis)

1- Este cuento fue escrito durante el exilio del autor en México y resultó ganador del Concurso Hispanoamericano de cuentos de Puebla en el año 1978. En Argentina fue publicado por primera vez en 1985, incluido en el volumen de relatos *En la noche*, de editorial Bruguera.



En el marco coyuntural de una alternativa poco favorable a nivel de descuelgue, me está diciendo el pibe este (cara de aseo muy bueno, conducta muy buena) y por lo que se conoce de él, es como si Ireneo Leguisamo se pusiese a hablarme de la relación de pareja entre los menonitas, o el Cid Campeador, de las virtudes de la soja en la alimentación macrobiótica, cosas por ai[2] importantísimas para que aparezca un Ireneo Leguzamo o un Cid Campeador en este piojoso mundo, pero que a mí, Celestino Vinelli (ex futuro poeta, hoy Harold Dream, o Jeff Matterson, o Dick Heller, según mande para la Serie Negra, la Coleección Terror o la Súper Crimen) me interesan tanto como si abuelita me estuviera aleccionando sobre las dificultades del punto cadena, pero hay que joderse.

Aflojá pibe y vamos a los números, estoy por decirle a cada momento, pero de puro bien educado aguanto como un hombre que el muchacho siga hablando de la dinámica de la lucha de clases en función de una perspectiva estratégica estructurada en vaya a saber qué desbole, y con una paciencia que ya la quisiera Krishnamurti para los días de fiesta, espero que Fray Servando el bueno acabe con todo ese bla bla para que de una vez por todas empiece a desembuchar lo que tiene que desembuchar.

2- La escritura del adverbio sin h y sin tilde, presente en la edición de Bruguera, acerca al lector al tono del personaje. Lo mismo sucede con expresiones como “nocau” o “espiantadas”.

O para qué corno se creen que los traje a los dos, a su encantadora mujercita y a él, a este departamento de colonia Polanco, cuyo alquiler mensual, así como los confortables sillones de paja donde estamos sentados, y el whisky que serví hace un rato y que me acabo de tomar yo solo, y todas las bonitas cosas que nos rodean (sarapes, amates, arbolitos de la vida, pajaritos de madera tallada, terracotas dudosamente olmecas, etcétera) son productos más bien directos de todos los Pat Sullivan y Chuck Benson y Fred Barret, y por supuesto, de sus complicadas, audaces y violentísimas acciones que, cada vez más dificultosamente, brotan de mi estrolado y fatigado marote.

Para qué, digo yo, casi los secuestré de esa mesita del bar La Habana en donde estratégicamente nos había presentado el Barba González, y los cargué en mi Volskwagen, y me los traje rápidamente aquí, sino para que, a través de cierta historia —según el Barba "de novela" y ya lo iba a ver— estos muchachitos me ayudaran a fabricar un guión más o menos decente, habida cuenta que tanto Pat Sullivan, como Cuck Benson y Fred Barret, como todo el mundo sabe, tipos tremendos, imperturbables, violentos (y según expresa petición de la editorial, bastante sádicos) que al principio le encantaban al Dire, provocaban afirmativos sacudimientos de papada, y sin mucho perendengue entraban como por tubo en cualquiera de las series, a esta

altura del partido es evidente que ya lo están empezando a aburrir; la papada permanece estática, o lo que es peor, se hincha ligeramente en lo que aparenta ser un amago de bostezo ante tanto cuchillo clavado en la yugular, tanto cartucho de dinamita en la vagina, tanto cadáver sin lengua pendiendo de una reata, sugerentes hallazgos temáticos en los que el que te jedi vació lo mejor de su delicado talento narrativo.

O sea que si pretendo continuar en este coqueto depto de Polanco, en México, a donde vine a recalar no por motivos políticos como el pibe, claro, sino por razones de espantosa mishiadura en el ispa, y si no quiero que todas estas bonitas chucherías, bargueño y cama de dos plazas incluidos, vayan a parar al carajo, tengo que entregar urgentemente el guión que me rehabilite ante los ojos y la papada del gordo, vale decir, una docena de prolijas paginitas a dos columnas que, en vez de los habituales gestos de esgunfio, provoquen un vigoroso ganador sacudimiento, tal vez hasta acompañado de un par de golpecitos en el hombro, embajadores por lo general de puntuales cheques al portador, en fin.

Nutricias razones por las cuales, y como consecuencia de una de las frecuentes alcahueterías del Barba —transformada por esta única vez en fraternal y salvadora sugerencia— previa presentación en el bar La Habana, armé este encuentro en el bulo esta noche, alegando, con relativa honestidad, que “quería escribir

algo" acerca de lo que unos meses atrás les había ocurrido en Buenos Aires.

Porque —siempre según el Barba, gran recopliador de chismes de toda laya sobre la surtida colonia argentina en México— yo tenía que saber que estos pibes, que pertenecían a la pesada de no sé qué orga, habían intervenido, poco antes de rajar del país, en una acción que entraba sin remilgos en la primera A del género épico, "en una acción de la gran puta", para emplear la poética imagen del Barba, al lado de la cual, todas las fechorías de Pat Sullivan (para nombrar al más demoledor y sanguinario de mis engendros) eran meros intentos de chorrito aficionado. Acción digna de figurar por lo tanto, a través de las eminentes plumas de Harold Dream o de Dick Heller, en número especial de la Serie Negra, o tal vez de la Súper Crimen, ya se vería.

Pero qué Serie Negra ni Súper Crimen ni tapa a cuatro colores en papel ilustración con mina en pelotas y cuchillo sangrante de maniático sexual en primer plano, si hace como dos horas que el candidato a Pat Sullivan, ante el silencio aquiescente y admirativo de su compañerita, prosigue con su apasionante introioto, cuyo fin es, según él, que "un intelectual" como yo perciba perfectamente las circunstancias objetivas, o sea el enmarcamiento coyuntural dentro del cual se desarrollaron los hechos, los que sería antidialéctico tomar fuera de un contexto sociopolítico, o sea…

Dijo los hechos, y como debe ser la única palabra clara para mí de todo el espiche, mi diablito guardián me susurra en la oreja que lo frene allí mismo y le largue por ejemplo esta prosa: "Justamente pibe, ¿qué te parece si vamos directamente a los hechos?, la única alternativa, como vos sabés, que me puede dejar un saldo positivo a nivel de requerimientos biológicos, o sea en un marco más bien cercano de futura corrida de liebre por causa de guiones un tanto repetidos".

Y ya me estoy riendo al pensar en las caras que pondrían los dos si me les saliera con un disparate por el estilo, cuando de golpe, y sólo para darme un ejemplo, no sé si de enmarcamiento, de alternativa o de coyuntura, el muchacho se larga a hablar, como sin muchas ganas, de su "caída". Dice caída como si dijera resfrío pasajero o fugaz descolocamiento de meniscos, y no entra en detalles acerca del interrogatorio porque "más o menos es lo que han pasado miles de compañeros", me explica, y por lo tanto yo tengo que saberlo casi de memoria.

Pero yo no sé nada de memoria, y como en cambio necesito datos bien concretos para el guión, y mientras más jodidos mejor, me pongo algo cargoso e insisto en que me cuente detalles. Ante lo cual no le queda más remedio que hablar someramente del interrogatorio, antes de volver a lo verdaderamente importante que, como sabe, es el marco sociopolítico a nivel de explotación de la clase trabajadora y esas cosas.

De modo que entre dos andanadas de coyunturas y enmarcamientos me entero que “ellos” (fuerzas de seguridad, canas, milicos, o lo que fueran) que ya habían atado, amordazado y golpeado a su compañerita, y encerrado a Robertito de tres meses y a la abuela en el baño, lo están esperando dentro de la casa. La compañerita, que hasta ahora no ha hecho otra cosa que sonreír melancólica y dulcemente, abre la boca para aclarar, “en la cocina”, y de paso para decir que mientras esperan, los tiras se dedican a una minuciosa operación de afano, lo cual naturalmente ya lo dábamos por sentado, con lo que sus palabras, para ser honestos, no agregan mayor dramatismo a la cosa.

Vuelve a hablar el muchacho, y me entero que a consecuencia de su poco espíritu de colaboración, de algún forcejeo y de alguna inesperada piña en plena jeta de uno de los tiras, recibe un balazo. “Aquí en el muslo, así que no interesó órganos vitales”, especifica con lenguaje de crónica policial, y que por supuesto, una vez caído, recibe además una violenta y colectiva pateadura dirigida al parecer, esta sí, contra órganos totalmente vitales.

Me alegro porque la cosa se está poniendo movida, y me sirvo otro whisky ansioso por conocer el episodio siguiente. Pero en vez de seguir el hilo como corresponde, el muchacho considera oportunísima una larga digresión sobre lo que él llama “el crimen oficializado”, o “el terror militar”, o “el terror oficial en la Argentina”, o algo así.

Y menciona algo de eso que a veces salta en diarios mexicanos o en los chimentos de algún compatriota, pero que uno, vaya a saber por qué, prefiere no darse por enterado: tortura, secuestros, cadáveres mutilados, asesinatos de presos, miles de desaparecidos y la mar en coche. "Única alternativa que le queda al sistema —me dice con una sonrisa entre angelical y triunfadora— para mantenerse en el poder en un marco de entrega al imperialismo y explotación de las clases populares, no es cierto". Y después, más sonriente y ganador que nunca, más angelical y comprensivo que nunca: "Y claro, los militares están muertos de miedo, a nivel de que sus días están contados", agrega, casi podría jurar que compadeciéndose cristianamente de los pobrecitos milicos. Y yo pienso, chau guión y chau cama de dos plazas, y chau departamento en Polanco, porque uno esperaba encontrarse frente a frente y whisky de por medio con Pat Sullivan, y no con San Francisco de Asís, qué joder.

Terminado por fin el sermón dominical, prosigue el muchacho con el relato del secuestro, y me cuenta que, encapuchados, su compañerita y él son llevados hasta una casa que, según calculó, debía quedar por Flores, pero, como después se vio, estaba en Caballito.

"Una casa grande, vieja, de dos pisos. Al llegar, los autos tocaban bocina, y entonces se abría una cortina metálica", me dice ahora con precisión informativa y, gracias a Dios, en un lenguaje cristiano.

"En el sótano, algo como un garage, con aparejos, poleas, cadenas y una camilla. La sala de tortura", me explica por si no me había dado cuenta. Y está por empezar otra conferencia sobre la tortura como procedimiento normal del sistema en una coyuntura de avance de las fuerzas populares, etcétera, cuando, esta vez sí, me pongo firme, lo paro en seco, y compulsivamente lo obligo a continuar con la cosa.

El muchacho me observa con cara de resignación. Después clava la vista en un amate coloreado que está en la pared a mi izquierda, y habla con una voz apagada, extrañamente inexpresiva. Viene entonces lo de los cuerpos desnudos de su compañera y de él colgando de las muñecas con los brazos hacia atrás, los golpes, las bestialidades que le dicen, la previsible picana eléctrica, la elección de los lugares más sensibles, las convulsiones, los alaridos, el dolor. Es decir, más o menos lo de siempre, lo que yo tenía que saber de memoria como dijo el muchacho, y en realidad sé, no macaniemos.

A pesar de todo pienso sin mucha convicción en un primer plano con muñecas de mujer atadas a enorme polea. Abajo, globo con "Vas a cantar, hija de p…" Cuadro siguiente: cuerpo desnudo de mujer con sugestivas manchas de sangre, y atrás, cara de cretino libidinoso babeando de placer. La mujer con bombacha y corpiño, claro, el Dire que no quiere líos con la Comisión Calificadora de Revistas. O sea que hasta a ahora, ninguna

diferencia que valga la pena mencionar con los casi doscientos guiones presentados por Celestino Vinelli, frustrada promesa de las letras argentinas, a poncho y sin ninguna clase de documentación previa, o sea, minga de guión brillante y original, o sea, previsible cara de esgunfio del Dire, y habitual consejito sobre vacaciones en Acapulco y lectura atenta de las nuevas series italianas y norteamericanas, y al carajo.

Por preguntar algo, pregunto: "¿Cuánto tiempo?". El muchacho despega con dificultad la vista del amate, mira a su compañerita como consultándola, y me contesta: "No mucho. Pudieron haber sido unas cuatro o cinco horas". El cálculo procede de que ya sobre el final alguien dijo: "che, ya son más de las dos", que tenía sueño, y que era mejor dejar algo para el otro día.

La pausa le viene al pelo al muchacho para explicarme que el sistema, ante el cuestionamiento que el pueblo y sus vanguardias hacían de los viejos moldes ideológicos, estaba recurriendo a los elementos más retrógrados a nivel de conciencia. Con lo que aparentemente acaba de lanzar el más abominable insulto que le oí esa noche contra toda aquella cáfila de hijos de mil puta que casi los amasijan. ¡Ay Harold Dream, qué mal te veo!

Demoledora blasfemia después de la cual no le puedo sacar nada que valga la pena, porque el muchacho, ya sin impedimentos de mi parte por causa de decepción y agotamiento, se lanza con nuevos bríos a su brevemente

interrumpida disertación sobre alternativas, marcos y niveles.

Aunque para decir verdad, a esta altura de la noche ya no me interesa demasiado lo que al hombre le queda por contar, y me juego la cabeza que todo debe tratarse nomás que de uno de los tantos macaneos del Barba González. Así que historia de novela, ¿no? Así que vos sos el que se las sabe todas, ¿no? Andá, morite, Barba. Porque, vamos a poner las cosas en su punto: si bien es cierto que a estos pibes les dieron como en la guerra, y que al parecer quedaron bastante enteros, si esto es lo que los diarios llaman "gente de acción", yo soy Isabel la Católica, puta madre.

Y para matar el opio que irrefrenablemente me provocan los enmarcamientos y las coyunturas me pongo a pensar en Pat Sullivan, como todos mis lectores saben, un tipo de mirada dura, de poquísimas palabras y terribles silencios, que viste generalmente de negro, y acostumbra a liquidar a sus incontables enemigos introduciéndoles en el espacio entre la quinta y sexta costilla una filosa daga tibetana que vaya a saber de dónde mierda la saqué, pero que no se le cae de las manos hace veinte libritos por lo menos. Pat Sullivan empuja con violencia la puerta de vaivén del *saloon*, tranquea lento y amenazante hacia el mostrador ante la mirada de pánico de los parroquianos, pide un *scotch* doble, se lo manda de un trago, y acodándose en el estaño le dice al

cantinero con su bronca y temible voz: “Lo que ocurre, mi amigo, es que debemos tomar en cuenta los avances del proletariado y de las clases populares en general, aun en un marco de desconcierto ideológico a nivel de populismo, ¿me entiende?”

Y me mato de risa viendo al gordo pelado del cantinero —cuya figura, tengo que confesar, se parece bastante a la del Dire— que llora a moco tendido ante las terribles confesiones de Pat. Después se enjuga las lágrimas con el mugriento delantal, silenciosamente se agacha, busca debajo del mostrador un tremendo garrote, y siempre con cara compungida, se lo parte en la cabeza al negro jinete de la daga tibetana porque el gordo está convencido de que su cuate está totalmente piantado. Todo eso mientras me pesan enormemente los párpados, y el cantinero, que lo ha desmayado limpiamente a Pat Sullivan con su soberbio garrotazo, ahora se inclina sobre él, lo sacude por los hombros, y le dice al oído: “Rodolfo, vamos, despertáte”.

O sea que el que se ha quedado dormido como un tronco he sido yo, debido a lo cual tengo que disimular, poner cara de que no se me ha escapado una palabra, y aun a riesgo de recibir sin anestesia otra mortífera andanada de alternativas y coyunturas, le hago una pregunta más bien estúpida, con la taimada intención de que vuelva la página y me cuente el episodio que me perdí durante el involuntario apoliyo, y que calculo debe ser importante.

Y entonces es la muchacha, que se llama Betty, la que con una vocecita suave, arrastrada, ligeramente maternal, toma a su cuidado mi evidente taradez, y me explica que cuando los tipos se fueron a dormir, cerraron la puerta del garage, y a ella la dejaron atada a la camilla. "¿Y Rodolfo?", digo, acordándome de pronto que el muchacho se llama Rodolfo. Y me entero que, a todo esto, a Rodolfo ya se lo habían llevado, y lo habían tirado totalmente grogui en una especie de calabozo.

"No se oía ningún ruido", me dice, por lo que calcula que en la casa han dejado solamente a la guardia. "Panorámica de casa en penumbras. Al fondo, mujer atada a camilla. Sigue primer plano senos de mujer y gesto de angustia. Una rata asoma hocico por ángulo inferior izquierdo", piensa Harold Dream.

Pero el gran Harold Dream no puede proseguir con su brillante guión porque la muchacha, siempre con voz desganada y maternal, se demora en una explicación más bien técnica acerca de cuerdas, nudos y corriente eléctrica. De la que vengo a saber que el nylon es mal conductor de la electricidad, y que por eso lo usan para atar a los que picanean.

Explicación no del todo superflua, según puedo enterarme enseguida, pues el hecho de que las sogas fueran de nylon, unido a que ella estaba bastante flaca, le permitió, después de largos y concienzudos tironeos, aflojar poco a poco la ligadura de la mano derecha.

Y ya totalmente despabilado escucho ahora cómo la piba —con una voz de explicar la manera correcta de plegar los pañales— me cuenta que con la mano derecha libre consigue desatarse la izquierda, y después, sin mucha dificultad, las ligaduras de los tobillos. No sé si disculpándose o disculpando a los canas, me da a entender que, reventada como estaba, los tipos no creyeron necesario ajustarlas muy fuerte. Como seguramente ha de mandar el manual del perfecto torturador, estoy por decir, pero no lo digo.

"Lo primero que hice fue ir a buscar la llave del calabozo, que habían dejado colgada de un clavo". Pero recién caigo en que una de las cosas que me perdí durante el breve apoliyo fue cierto astuto pedido de viaje al baño, durante el cual la piba evidentemente debió hacer un minucioso relevamiento de terreno. Bastante útil como se iría a ver, porque ahora está diciendo que recordó que cuando la llevaban al baño había visto "muchas armas depositadas en una piecita de arriba". De modo que, tambaleándose porque le dolía todo el cuerpo, "subí la escalera y me fui para allá", dice su vocecita nasal.

Y aquí, mirándolo al muchacho, y juro que bajando la cabeza y poniéndose levemente colorada, una grave autocrítica. ¿Por qué? Porque entre mareos, dolores, náuseas y hemorragia en un sitio que no aclara, después de subir la escalera, llega a la pieza, y toma dos metras de un modelo que no conocía bien y media docena

de cargadores que no correspondían. “Fíjese qué chambonada”, me dice.

Por suerte para mí, Betty es menos afecta que Rodolfo a las disertaciones a nivel de marxismo-leninismo, y prosigue contando que, cargada con armas y chirimbolos, camina por un largo pasillo hasta el calabozo donde sabía que estaba su cumpa. Abre la puerta, y lo encuentra tirado en el suelo, completamente dormido o nocáu. Así que después de llamarlo inútilmente porque el muchacho, muy reventado, no puede salir de su modorra, tiene que sacudirlo por los hombros, y decirle varias veces: “Rodolfo, vamos, despertate”. Que vendría a ser la parte en que yo también me desperté.

Y a partir de aquí agarra otra vez el mazo el hombre de las alternativas y los contextos, el cual, seguramente muy apenado porque ahora no le queda más remedio que relegar en parte su conferencia (pero aún en medio de otra docenita de enmarcamientos y coyunturas mechados por ahí) se larga por fin a contar algo que realmente parece sacado de una novela, y que tal vez termine por reconciliarme con el Barba.

Amparado pues en mi experiencia aparto inteligentemente toda la sociología como quien aparta el yuyaje de la planta buena, y reconstruyo, creo que con bastante aproximación, algunos hechos. Y de acuerdo a mi vieja costumbre de guionista trato de darles un orden más o menos cronológico, que sería este: 1) Marcha

sigilosa por el pasillo. Los dos descalzos, medio desnudos y casi irreconocibles por los golpes. El muchacho renguea por el balazo en la pierna pero ya no pierde sangre. 2) Descenso por la escalera. A diez metros del pie de la escalera hay una puerta que da al lugar donde suponen está la guardia. 3) De pronto, desde atrás de esa puerta, disparos de pistola 45. Fácilmente puedo imaginarme el cagaso de los canas ante aquellos dos fantasmones que acababan de torturar, armados con metralletas, y evidentemente dispuestos a cualquier barbaridad. 4) Los pibes se arriman a una pared e intentan responder el fuego. Aquí es cuando se dan cuenta de que los cargadores no sirven. 5) La muchacha sube otra vez la escalera en busca de nuevos cargadores, mientras el muchacho la cubre apuntando hacia la puerta con la metralleta inservible. Casi al final de la escalera la muchacha recibe un balazo en la espalda. La bala le ha atravesado el pulmón derecho. 6) Desesperado, el muchacho se adelanta hacia la puerta para intimidar a los canas. Los canas por supuesto ignoran que la metralleta está descargada, y retroceden. Y con eso dan el tiempo justo a la muchacha para bajar de nuevo la escalera. 7) Regreso de Betty con los nuevos cargadores. Pierde sangre y está a punto de desmayarse. 8) Ráfaga contra la puerta donde están los canas, mientras la muchacha con otra ráfaga hace saltar la cerradura de una pequeña puerta de salida. 9) La calle. Siguen los disparos, primero desde una ventana, y

después, sorpresivamente, desde la esquina. Es evidente que los tipos han buscado la calle por otra salida. Temor de que en cualquier momento puedan aparecer los otros. Es de madrugada, y los pocos transeúntes los miran asustados, como a marcianos o a ánimas espiantadas del Infierno. 10) Caminan, pero todavía no saben hacia dónde. La herida de la pierna ha empezado a sangrar otra vez. Primer desmayo de la muchacha. Felizmente vuelve en sí después de unas palabras y unos masajitos en la nuca. 11) Llegan a un garage. Sin dificultad aprietan al sereno y levantan el primer vehículo que ven: un camión. 12) Puesta en marcha del camión, y rápido embalaje hasta la esquina. Segundo desmayo de la muchacha que sigue perdiendo bastante sangre. 13) Giro en la esquina y problemas para ubicarse en ese caos que le muestran sus ojos en compota y el mate obnubilado. 14) Viaje a través de la ciudad que empieza a despertar, con la cabeza de la muchacha apoyada en su hombro. 15) Llegada a casa de un compañero quien, por supuesto, al principio no los reconoce. 16) Ocultamiento en la casa (el muchacho dice: "quedamos guardados"). Extracción de bala, curaciones, mejoría y, después de un tiempo, salida del país. Ajá.

Bueno, claro que habrá que buscarle otro final, eso de cajón, pero de cualquier modo, como me lo anticipó el Barba, el asunto fue bastante movido, y hay que reconocerlo.

Está bien, pero no te olvides Vinelli que ahora viene la

parte realmente jodida. Es decir, ahora hay que ver de qué manera la metedora Olympia de Harold Dream cocina todo este material sin mayor significación artística, y lo transforma en un guión para la inmortalidad. Porque, ojo, no es cuestión de sacar una fotocopia de los hechos (despelotes en la Argentina, repre parapolicial, tortura, etcétera) y meterlos tal cual en un librito de la serie como lo haría cualquier novato. Es cuestión de tomar lo que me contaron los pibes, sí, pero agregándole detalles de suspenso, dramatismo y otros yeites del oficio como para que el lector se meta en el asunto, ¿estamos?

Pienso que la cosa podría empezar por ejemplo con Pat Sullivan encerrado en la mugrienta cárcel de Oak Ridge junto a Sally, una putita que conoció en el *saloon*. Pat hecho bolsa por la feroz paliza que le han administrado los malandras del *sheriff* Grose. Sally atada como un salame después de haber sido violada por medio Oak Ridge. Entonces, cárcel en penumbras, carceleros durmiendo la mona después de la orgía, mina que se desata, abre la puerta del calabozo, toma un Colt de una cartuchera colgada por ahí, y "¡Pat! ¡Pat! ¡Aquí tienes este Colt!", y sobre el pucho balacera de por lo menos página y media. Pat Sullivan encuentra en el escritorio del *sheriff* su daga tibetana, y ¡pa qué! Amasijo sangriento y colectivo de otras dos páginas fácil. La mina ama a Pat y quiere guerra naturalmente, pero Pat, después de limpiar su daga tibetana en el cadáver del *sheriff* Grose, camina

hacia la puerta, y desde allí le dice lacónicamente: "*Good bye, Sally*". Escena final: Pat Sullivan trotando en su negro caballo hacia Maurice Place donde debe saldar una vieja cuenta, o sea amasijar a otros cuatro o cinco a fin de que aparezca el próximo librito.

Los pibes se han que dado callados. Con cara de sueño, la muchacha mira la hora, y dice: "Es tarde, Rodolfo, tenemos que volver". Un poco por compromiso les insisto que se queden, y me contestan que lo sienten pero que hay que prepararle la mamadera a Robertito, y que mañana hay que levantarse temprano para laburar.

En el auto vamos silenciosos. Creo que los tres estamos un poco cansados. El muchacho le ha pasado el brazo por encima del hombro a la piba, y ella se acurruca y le acaricia tiernamente el pecho. Parecen muy enamorados. No puedo dejar de pensar en aquel otro viaje con la piba desmayada, tal vez en esta misma posición.

Poco antes de llegar a su casa, el muchacho se seca la frente con un pañuelo, pero esta vez se olvida de su repertorio, y muy sencillamente me dice: "Es muy importante que se conozcan las cosas que pasan allá en el país. Por eso se las conté". Acomoda la cabeza de la piba, que se ha quedado dormida, y dice después que por suerte existen intelectuales como yo, comprometidos con el pueblo, que se encargan de difundirlas.

Yo miro la larga fila de luces perdiéndose en la

noche, y no sé por qué, me acuerdo de un poema que escribí a los diecisiete años, y de aquella manifestación adonde fuimos con mi hermana, y de mi amigo Héctor que a veces hablaba como este pibe, y de Harold Dream, y de Jeff Matterson, y de Dick Heller, y enciendo un cigarrillo, y digo, "Claro, claro", y meto el acelerador a fondo, y dejo atrás a un Dodge y después a un Mercedes, y entro a toda velocidad por la lomita de Viaducto, y sigo diciendo, "Claro, claro", pero no digo por qué esa noche me voy a agarrar una curda padre, ni por qué el cigarrillo tiene un gusto asqueroso, ni por qué en ese momento tengo tantas ganas de pegarme un tiro.[3]

3- El Luis de la dedicatoria —hoy se lo puede decir— es el argentino José Ramón Morales, muerto gloriosamente mientras luchaba contra la dictadura de Anastasio Somoza en el frente Sur de Nicaragua, y quien, poco antes de salir de la Argentina para radicarse en México, vivió, junto con su compañera, los hechos que aquí se describen. (Nota presente en la edición de Bruguera, 1985)

Insai derecho [1]

1- Publicado por primera vez en el número 41 de la revista *El escarabajo de oro* en 1970. Seguimos la primera edición en forma de libro: *Bandeo*, 1975, editorial Granica.



Pero dejá, pibe, qué me venís a preguntar por qué lo hice. A lo mejor un día, solito, te vas a dar cuenta. Hay cosas fuleras, cosas que no se pueden explicar así nomás. Cosas que vienen de lejos, que te van trabajando adentro, hasta que un buen día, paf, se aparecen ahí, frente a vos, como para probarte, o enterrarte, andá a saber. Además ya está hecho, qué te vas a amargar. Mejor rajá, honestamente te lo digo. Te estoy pidiendo que te rajes, que no te dejes ver por aquí, a ver si me querés entender. Es que no ganás nada con quedarte, y de yapa te comprometés. En serio que te comprometés, no viste los diarios: "insólita actitud antideportiva", "gesto indigno de un profesional", fijate vos. Y la hinchada, otra que gesto indigno, más vale no acordarse. Pero qué te la voy a contar si vos estabas ahí, la oíste bien, no. Como para no oírla estaba el asunto. Al que no oíste fue a don Ignacio. Ayer me llamó por teléfono, sabés. Uh, lo hubieras escuchado. De entrada nomás me putió. "Te anduve buscando para encajarte un tiro", me dijo. Me le reí. No se lo tome a la tremenda, don Ignacio, le digo. Cosas de viejo, vio. De viejo gordo y patadura, qué le va a hacer. Me volvió a putiar y colgó. Pero que el domingo me quería hacer la boleta, ponele la firma. El Cholo me lo

vino a contar. Que andaba echando putas por el vestuario, hablando solo y manotiándose el sobaco. Y me podrás creer, pibe, a mí no me importaba. Te lo juro que en ese momento no me importaba. Mirá, tenía ganas de volver y encontrarlo, reírmele en la cara, cargarlo, qué sé yo. Estaba como loco, yo. Como en otro mundo. Fue el Cholo el que me sacó del estadio. De prepo, y en cuanto terminó el partido. Me tiró un sobretodo encima de la camiseta, y me metió en su auto. Ves esto, un cascotazo o algo así, justo al subir al auto. Y a mí que me da por reírme, querés creer. Nervios, supongo. Cruzaba las manos sobre el mate, así, sabés, y puro decir gracias, gracias, y saludar a la hinchada. Como en pedo, viste. Viste cuando estás en pedo, y las cosas te patinan, y no te calentás por nada, bueno, así. Pero vos no, vos no estás en curda, no es cierto. Vos te das perfectamente cuenta de lo que te jode, y de lo que no te jode, no es cierto. Buen, entonces decime, qué hacés aquí. De veras, pibe, por qué no te las tomás. Qué querés, hacerme ver que estás conmigo. Pero si ya sé que estás conmigo. Lo que pasa es que no te conviene, cómo te lo tengo que decir. Escuchame, no salís más de la tercera, aunque seas un crack, aunque el sábado te metas cinco goles. No sabés lo que es don Ignacio, vos. Pensá si te llegan a ver en mi casa, nada más que eso. No, del club no van a venir. Quién va a venir del club. Digo, periodistas, fotógrafos, vos sabés cómo son. Nos sacan juntos, y después me

contás la que se te arma. Ayer nomás vinieron, ahí tenés. Y querés que te cuente cómo los recibí. Qué plato, los recibí en piyama, medio en pedo, y regando las plantitas del patio. Ah, y con un funyi viejo que encontré por ahí, bien derechito sobre el mate. Les hubieras visto las jetas. Querían preguntarme, y no sabían por dónde arrancar. Y yo, serio, sabés, meta regar las plantitas y esperarlos. Al final me hacen la pregunta, y les digo que sí, que me retiro definitivamente del fútbol. Me arreglo el saco, toso, y les largo: para atender mis negocios particulares. Entonces quieren tomarme una foto, y me piden que me saque el funyi. No, les digo, el sombrero no, por el sol, me hace tanto mal el sol. Así, viejo, gordo y asmático, me puede agarrar una insolación, imagínense. Y me tiro chanta en una silla baja, resoplando y apretándome la cintura. No Zatti, no nos haga eso, me dice el del *Gráfico*, y guarda la máquina. Buen pibe, una cara de velorio ponía. Así, como la que tenés vos ahora. Como la que tenías el domingo en la cancha, vos. No me vengas a decir que no, si te juné al salir del túnel. Llorabas, che, o me pareció. Vamos, pibe, que no es para tanto. Me ves cara de amargado a mí, vos. Y entonces. Es que vos no podés entender, sos muy pichón todavía. Mirá, pibe, hay veces que el hombre tiene que hacer su cosa. A lo mejor es una sola vez en toda la vida. Como si de golpe Dios te pasara una pelota, y te batiera: tuya, jugala. Entonces, qué vas a hacer, tenés que jugarla. Si no, no sos un

hombre. Si no, no sos vos. Sos una mentira, un preso, qué sé yo. No sé cómo decirte. Como si en un cachito así de tiempo, se te amontonara de repente todo el tiempo. Y entonces, todo lo que vos hiciste, todo lo que vas a hacer, no vale un pito, no interesa. Nada más que ese cachito de tiempo interesa. Nada más que ese cachito así de tiempo en que vos tenés tu pelota, y estás solo, entendés. Claro, vos pensás que estoy un poco sonado. Para peor lo de la insólita actitud y el gesto indigno. Pero no, no estoy sonado. Sí, ya sé que perdí cosas, no me lo vas a decir a mí. Pucha si perdí. Pero no sé, algún día me vas a entender. Qué querés que te diga, pibe, yo antes era como vos, sabés. Para mí no había más que un cuadro. El cuadro donde uno empezó de abajo y fue subiendo. Ni se me pasaba por la cabeza jugar en otro lado. Y eso que más de una vez me hicieron ver el paco. De River, de México, del Real Madrid, y vos sabés que esto no es grupo. Pero a mí no me interesaba, aunque el club hubiera ligado en forma con la transferencia. Y no, nada, firme en el cuadro. Un año, y otro año. A que no sabés cuántos años. Ah, lo sabés. Sí, pibe, dieciséis años, nueve en primera, qué me decís. Claro que hubo momentos lindos, como si yo no lo supiera. Otra que lindos, gloriosos. Te acordás aquella final con Independiente. Dos a cero perdíamos. Íbamos por la mitad del segundo tiempo. En eso, Devizia que me pasa una pelota sobre el banderín del corner. Primero se me vino Puente. Un

jueguito de cintura y lo pasé. Entonces se me aparecen Antorena y Sanguinetti a darme con todo. Nada menos que Antorena y Sanguinetti, tipos con prontuario, te acordás. Cada nene había en aquella época que los zagueros de ahora son pastores evangelistas. La cuestión es que me les voy a los dos, amago un centro con la derecha, y con la zurda le hago un túnel a Martínez. Camino dos metros, se la pongo en los pies a Díaz, y gol. Y sobre el pucho, el empate. Un tiro cruzado de D´Alessandro, y yo la mato con el pecho. Otra vez Sanguinetti a la carrera como para estrolarme. Justo cuando lo tengo al lado, la subo de taquito y se la paso por encima. Ni la vio el rubio, pobre. Me adelanto, la vuelvo a agarrar de cabeza, y bang, a la red. Y a los cuarenta y tres minutos, pibe, la locura. Cuello se la entrega con la mano a Fandiño, y Fandiño, de emboquillada, a mí. Los dos al ladito del área nuestra. Yo camino unos pasos, y se la vuelvo a Fandiño. Y él, lo mismo, un par de gambetas y me la devuelve. Yo la tomo de empeine, le hago la bicicleta no me acuerdo a quién, y otra vez se la vuelvo. Nos recorrimos la cancha de punta a punta. Así, a pasecitos cortos, como dibujando. Él a mí, y yo a él. Llegamos casi a la puerta del arco. Yo amago un tiro esquinado, y de cachetada, otra vez a Fandiño. El gallego la empuja, y gol. Esa tarde, pibe, me trajeron en andas hasta la puerta de casa. Ahí fue cuando empezaron con lo de la Bordadora, te acordás. Y claro que era lindo.

Los pibes te miraban como a la estatua de San Martín. Los muchachos del café, puro palmearte y convidarte a la mesa. Hasta los hinchas de otros cuadros, sabés. Eso quién te lo quita. Tipos que te paraban por la calle. Muchachos que te seguían a muerte todos los partidos. Y de pronto la guita, y la casa nueva. Y vos en la tapa del *Gráfico*, en colores. Y a la tribuna que le daba por aplaudirme cada jugada, sabés lo que es eso. Y los de las revistas y las radios que te ponían al lado de Cherro y de De la Mata. Y cada gol que era una fiesta nacional. Te acordás, pibe, una vez armaron un muñeco que era una vieja bordando, y lo pasearon por toda Avellaneda. Después aquí en la puerta hicieron como una murga, y cantaban aquello de que vino la Bordadora, te acordás. Cuántos años hace. Ocho decís, y sí, más o menos. Yo andaba por los veinticinco. Che, cuánto pesás vos. No, yo ya pesaba más, pero en aquella época no le hacía. Era otro fútbol. Qué tanto correr como un desesperado los noventa minutos. Decime, hace falta, qué va a hacer falta. Pero de golpe, a todos los directores técnicos les dio por ahí. Atletas querían, no jugadores. La cosa parece que venía de Europa. Y bueno, vos sabés, yo me aguanté como dos años de carreritas, y calistenia, y concentraciones. Pero don Ignacio ya me tenía entre ojo. Claro, el quía se muñequiaba la presidencia del club, y dese la comisión directiva empezó con aquello de que había que renovar todo. Primero, la sede, después, las

finanzas, y después, estaba cantado, la modalidad de juego, y por supuesto, el equipo. Estilo europeo, decía. Fútbol europeo. Vos sabés cómo los embalurdó a todos con eso, no. Y ese año, en las elecciones, natural, don Ignacio Gómez, presidente. Lo primero que hizo, se trajo a aquel director técnico húngaro, cómo se llamaba, no me acuerdo, Y a mí me quisieron pasar a la reserva. Entonces me rajé. Te parece que lo iba a aguantar. Me apareció aquel contrato en Colombia, y a la semana estaba jugando en Bogotá. Cinco temporadas en Colombia, che. Que iba a hacer capote por allá, cualquiera se lo palpita. Salvo dos o tres uruguayos y un argentino que había, los tipos jugaban un fútbol de la época de Colón. Y conmigo se enloquecieron. Sabés cómo me llamaban allá. La Araña, me decían. Fijate que si yo me quedaba en Colombia, a lo mejor, todavía… pero qué te vas a poner a pensar. Un buen día, después de cinco años, me fueron a buscar, y aquí me tenés. Te lo juro, pibe, que me fueron a buscar, si no, yo no volvía. Vos sabés bien como fue la cosa. El húngaro ese resultó un fracaso, y casi nos manda al descenso. Lo pusieron otra vez a Bruno, y don Ignacio se la tuvo que aguantar. Te imaginás la bronca que habrá tragado. Para colmo lo obligan a meterme a mí en el equipo. Y él, claro, tuvo que quedarse en el molde porque, te imaginás, otra campaña desastrosa, y chau presidencia. Y chau acomodo, y chau coima, y chau negocios con el gobierno. Así que el tipo hizo como

si todo fuera cosa suya. Hasta lo declaró en los diarios, sabés. Que él personalmente había decidido mi inclusión para darle más fuerza a la línea de ataque, así dijo. Te das cuenta qué ñato, otra que ministro inglés. Así que para la gente, para los diarios, para todo el mundo, el responsable de mi vuelta era don Ignacio. Hasta a mí me la quisieron hacer tragar, fijáte vos. Y a mí qué corno me importaba. La cuestión era que me habían ido a buscar, pibe, y entonces volví. Con treinta y cuatro encima volví. Pero contento, sabés. Volver a ser otra vez la Bordadora… Y unas ganas de jugar en la cancha nuestra, y en la Bombonera, y en el Monumental. Reírme un poco de estos atletas, y enseñarles lo que es el fútbol. Contento, aunque los diarios, al poquito de llegar nomás, me entraron a dar tupido. Que estaba viejo, decían. Que estaba pesado. Que había sido un lamentable error incluirlo a Zatti, "último exponente de un periclitado fútbol de filigranas", así pusieron. Me acuerdo bien porque leía eso, y pensaba: yo te voy a dar viejo, sí, yo te voy a dar último exponente. Vas a ver cuando agarre la pelota vos, y estos yeseouen entren a no saber ni dónde tienen las patas. Esas cosas pensaba cuando me sacudían. Quién se iba a imaginar, pibe, que me iba a aparecer el viejo asunto de los meniscos. Fijáte si no es mala leche. Una caída pava en el entrenamiento, me revisan, y no hay vueltas, los meniscos salidos, tengo que operarme. ¿Es o no es mala leche? Porque eso nomás fue lo que me mató.

No, la operación no. De qué operación me hablás si quedé lo más bien de la operación. Quiero decir el descanso, el mes entero sin moverme, entendés, eso me mató. Yo tengo tendencia a engordar, siempre la tuve. Y un mes haciendo sebo, imagináte. Chupando un poco, fumando, comiendo en casa. Cuando volví al entrenamiento andaba con unos kilitos de más. Pero no era para hacer tanto escombro. Si jugué como siempre, y en la práctica me mandé un gol que mama mía. Hasta los muchachos me felicitaron. Pero los diarios, dale con que estaba gordo, dale con que estaba jovato y que me agitaba al correr. De dónde carajo sacaban esas cosas los tipos no sé. Me daba una bronca. Pero pensaba en la hinchada, y la bronca se me olvidaba un poco, sabés. Vas a ver cuando Zatti se corte solo hasta el arco, pensaba. Vas a ver cuando el cemento se venga abajo al grito de dale Bordadora. A la hinchada sí que no me la van a engrupir con lo de gordo y asmático y último exponente. A lo mejor por eso estaba algo nervioso el domingo. Bueno, no nervioso pero preocupado. Venir a reaparecer justo en una semifinal no es joda. Pero no fueron los nervios, ni la preocupación. Qué sé yo lo que fue. La mufa, la mala suerte, andá a saber. De entrada nomás la pierdo boludamente frente a Rodolfi. Después erro un tiro libre a dos metros del área que era como para colgar los botines. Después viene Kelly a marcarme de frente como un estúpido, y me la saca. Y después ya no la veía. Es la

verdad, qué te voy a macanear si no veía una pelota. ¿A vos no te pasa que alguna tarde no ves una pelota? Yeta, qué sé yo, pero no la ves. Al principio te parece que es casualidad, que otra jugada y te vas a rehabilitar. Pero después entrás a correrla, y a pifiar, y a descolocarte. Y no la ves, y no la ves. Y qué vas a hacer. Bueno, yo el domingo andaba así. El único centro que me pasaron, me quedé corto en el pique, y la vuelvo a perder. Y ahí empezaron. Dale gordo, comprate una motoneta, gritó uno, y fue como si lo estuvieran esperando. Porque al ratito se largaron todos, o a mí me parecía que eran todos. A dormir la siesta, viejito, me gritaban. Vaya a regar las plantitas, abuelo, me gritaban. Todo eso, y yo allí oyéndolo, sabés, tragándomelo todo, entendés lo que es eso. La hinchada me lo decía, nuestra hinchada. Como un campeonato era, a ver quién decía la cosa más chistosa. En una de esas oigo algo de obeso y asmático, y me parece que me avivo de algo. Me avivo de que por lo menos eso no lo habían inventado allí. Yo lo había leído eso, en algún diario. Y entonces quería decir que la hinchada, que mi hinchada, también se había dejado engrupir. O no se había dejado engrupir, y entonces todo lo que gritaban era cierto y yo era una especie de bofe. Porque la verdad es que yo andaba cada vez peor. Ya ni me la pasaban, sabés, si parecía un poste. Es cierto que me agitaba un poco pero no era eso. Era que sencillamente no la veía. Y tras que no la veía, los muchachos no me

daban juego. Pero a ellos no les digo nada, está bien. Hay días en que un tipo no anda, y no anda. Y entonces, qué vas a hacer, vas a arruinar una jugada pasándosela, para qué, si igual sabés que el tipo la va a perder, de pura mala pata. Pero lo de la tribuna era alevoso. Hasta patadura me gritaron. Patadura, oíste. Fue lo que más me dolió. Me acordaba de cuando me aplaudían cada gambeta, me acordaba del muñeco y de la tapa del *Gráfico*, y te juro que lloré. Se me hizo como un nudo en la garganta y lloraba de bronca. Y era peor, porque con la bronca y la desesperación por embocar un tiro no veía ni medio. Qué decían en la radio. Está bien, no me digas nada, para qué, ya me imagino. Terminó el primer tiempo, y en el vestuario no hablé con nadie. Me quedé solo, amufado, con la garganta seca, y con aquel patadura golpeándome en los oídos como una locomotora. Cuando volvimos a la cancha, al subir el túnel, algo me pegó aquí con fuerza. Miré, y era una moneda. Me hice el gil, y al pasar te vi a vos prendido al alambre, y llorando, sabés qué pinta tenías. No me viste que te sonreí. Bueno, empieza el segundo tiempo, y al rato, otra vez a chingarla, y otra vez los gritos y las cosas jodidas. Y claro, no me enderecé, por qué me iba a enderezar. Después vino el gol de ellos, y entonces, el apuro por igualar. Y a mí, con el apuro, se me vuelve a escapar una pelota servida, y vuelven los largá viejito, y a casa gordo, y sentate asmático. Para peor la bronca esa que te enturbia la vista y no te deja ver nada.

Ojalá que nunca lo pases, pibe, vos no sabés lo que es. Te gritan patadura, y a vos te vienen ganas de matarlos a todos. O si no, de morirte, en serio te lo digo. Porque después ya ni la buscaba más. Ya ni esperaba que me la pasaran, qué sé yo. Estaba ahí parado como un pavo, como una visita, como en otro mundo, decí que no. Si ya era un muerto yo cuando, de golpe, se me apareció el tiro ese de Monestés, vos lo viste. Todavía no sé por qué me la pasó. Se equivocó a lo mejor. O lo salieron a marcar y no le quedó más remedio. O a lo mejor de lástima, quién te dice. Lo que yo vi fue que Monestés se la estaba por entregar al arquero, pero perdió tiempo y quedó tapado. Entonces me vio solo, allí, junto al área chica, y apurado me la pasó. Un tiro corto, a media altura, justo para que yo se la volviera de cabeza. Yo salto apenas y en vez de cabecear, la paro con el pecho, la bajo, y la dejo morir quietita ahí en el pasto. Me acomodo para volvérsela enseguida, y en el momento que se la voy a entregar no sé qué me pasa. Como una voz, sabés. Como una voz que me dijera: tuya, jugala. Entonces, claro, sin saber bien por qué, la retengo. Y cuando Monestés levanta el brazo pidiéndola, me hago el que no lo veo. Y en vez de devolvérsela, la amanso un poco, la toco, y empiezo a caminar para adelante. Allá, en la otra punta de la cancha, veía el arco contrario como si fuera un sueño, como si se terminara el mundo allí, una cosa rara. Y yo, casi caminando, con la pelota pegada a los pies. Kelly, que

estaba ahí cerca marcándolo a García, me la vino a sacar como si se la sacara a un poste. Me ladeo apenas sin soltar la pelota, le hago un movimiento con el cuerpo, Kelly queda pateando el aire y se pasa de largo. Oí algunos gritos, no muchos, desparramados por la tribuna. Y seguí. Entonces se vino otro, quién era, Ramos decís, sí, me parece que era Ramos. Por atrás se me vino el loco, a toda carrera. Yo la paré, hice la calesita, no sé cómo me lo saqué a Ramos de encima, y me fui con la pelota. Ahí empecé a escuchar gritos, pero gritos en serio, sabés, de toda la tribuna. Dale Bordadora, solo Bordadora, escuché. Lo mismo que antes, cuando me llevaron hasta la puerta de casa. Pero la locura vino cuando lo pasé a Deambrosi. Se me había prendido al lado con ganas de pecharme. Me paré en seco, Deambrosi se descolocó, y yo empecé a trotar solo para el lado del arco. La oíste a la hinchada, enloquecida. Querés que te diga una cosa, nunca la había oído gritar así, en serio, ni cuando la final con Independiente. Arriba Zatti, dale Bordadora, todo el estadio gritaba, parecía que se reventaban las tribunas. Y yo engolosinado o abombado por esos gritos, cuando en eso, Vaghi que se me tira fuerte a los pies. A ese sí, te juro que no lo vi. Pero qué sé yo, yo estaba de una manera especial, como sabiendo todo, como manejando todo. Y así, como en un relámpago, supe, la verdad es que supe que no me la iban a sacar. Mirá que se me tiró de planchazo, y yo que casi sin mirar me lo salto limpito por

encima. Apoyo mal al caer pero me quedo con la pelota. Te juro que no sé cómo lo hice pero salió. La tribuna se venía abajo. Ya ni sé bien a cuántos pasé. A cuatro, o a cinco, me parece. A seis, me decís, sí, puede ser. Lo que me acuerdo bien es que cuando el arquero se me tiró, yo lo esquivé, y el tipo quedó en el suelo, pagando, y con el arco descubierto. Bueno, el delirio. Lo tenía ahí, para mí solo, al arco, sin nadie con tiempo para taparme. La oía a la hinchada gritando, ya enloquecida del todo con el gol que se venía. La oía, sabés, pero era como si la tuviera lejos. Como si no me gritaran a mí sino a otro, cómo te puedo decir, a un tipo que yo no conocía. Y de golpe me pareció que todo eso de los gritos y de dale Bordadora y arriba Zatti, yo me lo estaba acordando, o imaginando. Y que si paraba un cachito la oreja para escuchar mejor, iba a oír otra vez clarito: largá obeso, sentate asmático. Todo eso me zumbaba en el mate cuando me arrimé hasta la entrada del arco. Me acuerdo que alcancé a mirar a la tribuna, y que de golpe me subió algo como una tremenda bronca. Porque la oí, te aseguro que la oí, la palabra patadura como flotando sobre el cemento, en medio de los gritos. Amasaba la pelota sobre la línea de gol, miraba, y la bronca me crecía cada vez con más fuerza, se me apretaba en los dientes. Y en eso sentí, te lo juro que lo volví a sentir, el golpecito de la moneda aquí, lo mismo que al salir del túnel. Sí, ya sé que no puede ser pero yo, pibe, lo sentí, justo cuando jugaba con la pelota sobre la línea.

Entonces no sé qué me pasó. Campanié a la tribuna, me reí, y de un guadañazo tiré la pelota afuera, lejos. Tan lejos que entre el terremoto que venía de la hinchada alcancé a verla llegar picando hasta el lateral izquierdo. Lo que no me gritaron. Pechaban y querían voltear la alambrada para amasijarme. Todavía me parece estar oyendo el fulero crujir de los parantes, vos lo oíste. No faltó nada para que atropellaran, y para que en malón se metieran en el campo. Más cuando al verlos así, furiosos, insultando y tirándome de todo, levanté la cabeza, me acomodé, y me mandé un soberano corte de manga, tranquilo, mirándola de frente a la tribuna. Y vos me preguntás por qué lo hice. Dejá, pibe, ahora. Algún día lo vas a entender, qué sé yo, a lo mejor sos muy pichón todavía.



La patada [1]

1- Publicado por primera vez en *De por aquí nomás*, Stilcograf, 1958, en Argentina. Seguimos la edición de Razón y Revolución, Buenos Aires, 2010.



Juan Germelli subió del subterráneo en la estación Pasteur, compró *El Laborista*, echó una ojeada al almacén de comestibles de la esquina —¡pero mire que les da por comer cosas raras a estos rusos!— y enderezó su acompasado taconeo por Pasteur derecho, rumbo a la Facultad.

Lavalle, Tucumán, Viamonte, Córdoba, Paraguay.

Pensar que hace seis meses casi no conocía por ese barrio. ¡Pero ahora! ¡Como para no conocer! ¡Como para no saberse de memoria el nombre de todos los boliches de esas cinco cuadras!

El aire fresco de la mañana lo despejó del sueño. Entonces, el ritmo de su paso se hizo más ágil y un tanto más canyengue y empezó a silbar un tango audazmente desfigurado por trinos y firuletes.

—Córdoba. La que viene. Ahí está el Instituto de Neurología. ¿Qué hora es? Las siete menos cuarto. Hoy voy a ser de los primeros.

Subió de un salto los tres escalones de la puerta y se fue derecho a mesa de entradas. Saludó a la enfermera que, como ya lo conocía, le dio número para el doctor Zabala Ruiz sin preguntarle nada. Número cuatro. ¡No te digo! Hoy me voy temprano a casa.

Los pasillos del hospital ya estaban repletos de gente. Sentados, parados, recostados contra la pared, mujeres con pibes en la falda o en los brazos. Juan los miró de

reojo mientras se dirigía al consultorio del doctor Zabala Ruiz por el pasillo de la izquierda.

Llegó a la puerta, en cuya parte superior y sobre un rectángulo de vidrio esmerilado se veía escrito con letras azules: Electroterapia. El único banco del estrecho pasillo ya estaba ocupado por esa señora que viene con el pibe de Mataderos, otras dos mujeres que no conocía y el viejito español de la operación en la cabeza.

—Buen día, señora. Vamos a tener un día bravo, ¿eh?

Y Juan se acomodó contra la pared, observando concienzudamente el labrado de sus zapatos negros. La señora de Mataderos lo miraba con ganas de conversar. Muy gaucha esa señora; cuando Juan vino por primera vez al instituto, ella ya hacía tiempo que se hacía este viajecito desde Mataderos, tres veces por semana, con el pibe de cuatro años en los brazos. Parálisis infantil. Juan recuerda aquella mañana que jugando con el pibe —un morocho delgadito, de ojos muy vivarachos— entró en conversación.

Recuerda cuando la señora le contó detenidamente, como hacían todos, la aparición de la enfermedad.

—Un resfrío, sabe, nada más que un resfrío. Él siempre fue muy sanito. Y un poco de fiebre, eso, apenas un poco de fiebre y nada más. Y un buen día, las dos piernitas flojas, así como ahora. ¡Lo hemos llevado de tantos médicos! ¡Usted no sabe!

Y recuerda cuando a su turno él también contó lo

suyo. Le gustaba hablarle a esa señora que lo escuchaba con una atención seria y concentrada.

—Parálisis del nervio cubital, ¿sabe? Es el nervio que viene por aquí. Toda esta parte de la mano, ¿ve?, uno ni la puede mover. Un accidente, claro.

Y Juan le contó con detalles lo del accidente, exagerando aquí, simplificando allá, acompañándose con justos ademanes, en un deseo inconsciente de dar mayor vida a su relato o hacerlo más importante.

—Yo venía por Nazca. Como quien va para el centro, ¿no? Iba con la bici y llevaba dos caños de una pulgada al hombro. Bueno, llego a José Cubas, lo más tranquilo, ¡ma yo qué iba a pensar! Y ¡zas!, un camión con acoplado que se me viene encima. Yo me pude esquivar, pero los caños pegaron en el acoplado y me tiraron al diablo. De la fractura curé bastante rápido y la herida casi ni se nota, ¿ve?

Y Juan, con su gesto habitual, se remangó parsimoniosamente el brazo, desabrochó el puño de la camisa y con el índice de la mano izquierda siguió el serpenteo rosáceo de su cicatriz.

Después, mientras se abrochaba el puño y daba unos tironcitos cortos a la manga para volverla a su sitio, dijo muy serio y casi como si hablara consigo mismo:

—Y ahora, ahí tiene, parálisis del nervio cubital.

Recuerda cómo la señora le preguntó con sincera curiosidad por su trabajo, y entonces Juan, ingenuamente, simplemente, le fue contando todo su gran problema.

—¿Mi trabajo? Yo soy tornero, ¿sabe? Antes trabajaba en una fábrica. Pero ahora trabajo por mi cuenta. ¡Mire si no es andar con yeta! Cuando me agarró el acoplado hacía tres meses justos que trabajaba por mi cuenta. Tres meses justos que había comprado el tornito mecánico. Un tornito flor, muy buena marca; lo compré a plazos, claro, y lo pensaba pagar con el trabajo. Y ahora, ¡como para trabajar con esta mano! Algo se puede hacer, pero muy poco. Diga que alguna plata tenía ahorrada y lo pude seguir pagando. ¡A duras penas, pero lo seguí pagando hasta el mes pasado, que si no! Pero ahora no sé cómo me voy a arreglar. Para peor el tiempo que uno podría aprovechar en ir haciendo algo, tiene que perderlo así, ¿ve?, con estos plantones que uno se agarra cada vez que viene para el tratamiento eléctrico.

Las ocho y media; el pasillo se va llenando cada vez más. Juan oye al viejito español de la operación en la cabeza contar las alternativas de su enfermedad y su famosa operación. Sólo escucha algunas palabras aisladas que son las mismas de siempre y, después, a su lado, el infaltable comentario:

—Sí, tenía un tumor en el cerebro. Una operación muy difícil. Lo operó el doctor Martínez. Es jovencito, ¡pero tiene una mano!

Hace calor. Juan, que ya ha leído el diario, camina a lo largo del pasillo hasta el *hall* de entrada. Dos enfermeras chacotean con ese empleado que una vez le hizo apagar el

cigarrillo; un pibe llora desconsoladamente en los brazos del padre que lo pasea. Pasa un médico y una mujer sale del grupo en que se encontraba para correr detrás de él; al fin lo alcanza cuando está por entrar en una sala; no escucha a la mujer, pero observa su mirada anhelante, su gesto de tensión; toda ella parece una pregunta, una sola pregunta. Ve cómo el médico la palmea confianzudamente y escucha un sonoro y pretendidamente paternal "mijita", que resuena durante un momento en todo el hospital.

Juan vuelve a su puesto detrás de la puerta con letras azules. Llega alguien y le pregunta por el doctor Zabala Ruiz. Él, como viejo de la casa, informa con detalles.

—Sí, es aquí. Tendría que venir a las nueve, pero nunca empieza a atender antes de las diez y media. Usted tiene que venir a sacar número más temprano; después de las ocho no dan más números. No, ¡y sin número no lo va a atender! —Busca la confirmación de sus palabras en los cuatro o cinco que tiene más cerca y la opinión es unánime:

—Sin número no lo va a atender. —El hombre se va, y entre los que se quedan se inicia una conversación.

Conversar. Eso es lo único que se puede hacer allí.

Conversar de cualquier cosa. Conversaciones en voz baja, como las de los velorios, cortadas de súbito por el paso de un médico o de una enfermera. Conversaciones interminables en las que cada uno esconde su nerviosidad, su miedo, su aburrimiento.

El calor se hace sofocante. Juan se abanica con el

diario, como hacen todos. Se siente medio mareado. De hambre, de cansancio, de estar allí esperando, esperando siempre, en ese pasillo lleno de hombres y mujeres cansados y aburridos como él.

Le había dicho a Nélida que iba a ir más temprano. Sí, temprano, ¡estoy listo que voy a ir temprano! Pobre Nélida. ¡Qué changa se fue a agarrar cuando se casó conmigo! Recuerda aquella mañana cuando en el camioncito de su cuñado trajeron el tornito flamante. ¡Qué contenta estaba Nélida! ¡Y eso que ni la miraban cuando les alcanzaba el mate, de puro emberretinados que estaban con el nuevo chiche! ¡Pobre petisa! ¡Quién le iba a decir que tendría que volver a la fábrica! ¡Si me da una bronca!

Y Juan se descubrió dando un puñetazo contra la pared del pasillo. Para disimular se fue de nuevo hacia el *hall*, como si fuera a mirar la hora.

—Diez menos cuarto. ¿Por qué no vendrá más temprano este coso? Eso es lo que yo quisiera saber.

Pasó frente a un espejo y casi sin darse cuanta se quedó mirándose. Se tocó la barba, que no se había afeitado en dos días, la cara demacrada, ojeroso, la frente transpirada, el traje arrugado… ¡Qué pinta de croto! Justo como para hacer de croto en una película.

Una enfermera de trasero imponente pasó al lado suyo protestando a los gritos, y desapareció en una sala dando un tremendo portazo.

Juan seguía elucubrando. —Bueno, pero yo no soy el único que tiene pinta de croto. Si uno se pone a mirar a la gente. Aquel que está al lado de la columna, aquellos sentados en la escalera. Los únicos que no tiene pinta de croto, al final son los de guardapolvo blanco.

Las diez menos cinco. Y yo que podría estar haciendo algo en casa. La fábrica de bicicletas me pidió cuarenta pedales para fin de mes. Claro que no los voy a poder hacer todos. Pero al menos, los pocos que haga son unos pesos más que entran…

Juan, que vio cómo se llevaban a una mujer descompuesta, volvió a sentirse mareado, le transpiraban las manos. Se sentía mal —en serio que se sentía mal—. Para tranquilizarse se puso a releer la página de deportes, artículo por artículo. Cuando terminó llevó maquinalmente la vista hacia el gran reloj de la entrada. Las diez y trece minutos.

Juan veía todo como lejano y borroso. El murmullo apagado del hospital, el vaivén incesante de diarios y sombreros usados como abanicos, la conversación de piso a piso y a los gritos entre dos enfermeras, el paso olímpico y silencioso de algún médico, todo se perdía en medio de esa niebla cálida que lo envolvía.

Dio un cabezazo como para disipar el sueño y siguió caminando por el *hall*. Justo al pasar frente al espejo estaba bostezando y eso le dio risa.

—Qué pinta de croto —repitió entre dientes y se

encaminó de nuevo al consultorio del doctor Zabala Ruiz.

En la pared no había ni lugar para apoyarse y se quedó ahí parado, mirándose los zapatos y contando por centésima vez los agujeritos del labrado.

La mujer de Mataderos tenía al pibe dormidito en la falda y lo abanicaba con papel. ¡Pobre señora, los líos que debía tener en la casa! Sabía que tenía otro hijo más chico, al que dejaba con una vecina, y que su marido (metalúrgico o ferroviario, no se acuerda bien) llegaba al mediodía con el tiempo contado para calentarse la comida y salir de nuevo al trabajo.

Juan tiene ganas de hablarle, de consolarla —qué sé yo —pero se siente raro, como incapaz de decir y hacer cosas sensatas.

Un enfermero pasa golpeando las manos y grita: —¡Dejen el pasillo libre, por favor! —Todos y Juan entre ellos se arriman lo más que pueden contra la pared, durante unos segundos, hasta que el enfermero se va.

Humillado. Esa es la palabra, se siente humillado.

Qué saben estos todo lo que el tiempo significa para él, para esa señora, para todos los que están allí esperando desde hace cuatro horas, achicados y humillados como él. A ver, ¿por qué hay que sacar número antes de las ocho si el doctor aparece a las diez y media? A ver, ¿por qué? ¿Por qué lo menosprecian así? ¿Por qué no entienden nada estos tipos? ¿Por qué lo tutean? Eso, ¿por qué tutean los médicos a todo el mundo como si estuvieran tratando con criaturas o con perritos? ¡Le da una rabia cuando lo tutean!

¡Y este calor! ¿Por qué los médicos parecen todos limpios y fresquitos como si recién salieran del baño, como si jamás hubieran tenido que pasarse una mañana de pie frente a la puerta de un consultorio de hospital, como si todos los problemas del mundo resbalaran impotentes sobre sus biabas de gomina y sobre sus cuellos inmaculados?

¡Qué calor! Juan se da cuenta que está pensando pavadas. El hambre quizás. O el calor. ¡Porque hace un calor!

De pronto mira hacia el extremo del pasillo y ve que se acerca un médico. No, por lo jovencito más bien parece un practicante. Es alto, grueso, impecable. El guardapolvo pulcramente almidonado y aún desprendido —es evidente que acaba de llegar— ondula con la gracia de un peplo. Camina a pasitos cortos y mirándose los botones del puño que se viene prendiendo con elegante negligencia. El cigarrillo que cuelga de sus labios inunda el pasillo con un aroma nuevo y agradable. Un Dios, eso es lo que parece, un Dios homérico, marchando incontaminado y etéro sobre las miserias de los mortales.

Ahora lo tiene de espaldas, ahí a dos pasos. Los pliegues del guardapolvo se mueven como invitándolo y Juan ya no sabe lo que hace…

Una patada. Una patada irreprochable se estampa una cuarta por debajo del almidonado cinturón del médico. Una patada, no con la punta del pie, no de puntín, digamos, sino con todo, con punta, planta

y talón, con todo el pie, con toda la rabia, con toda la humillación juntada en esos meses de hospital, con todos los viajes desde Mataderos de esa pobre mujer que lo mira asustada, con toda la fuerza de su ser manoseado, empobrecido en esas esperas absurdas. Una patada, en fin, de esas que sólo se ven en los sueños y en los dibujos de historietas: olímpica y perfecta.

El médico, rojo de asombro primero y luego de santa indignación, se levantó del suelo como para echársele encima.

Juan lo vio, percibió el remolinar de la gente en torno suyo, oyó una voz pidiendo socorro y en cuatro zancadas se escurrió por el pasillo en busca de la salida. Bajó de un salto los escalones de la puerta y a paso rápido tomó por Pasteur.

El corazón le latía con fuerza. Al llegar a Córdoba y ver que nadie lo seguía, disminuyó el ritmo de su marcha. Su taconeo resonaba nítido y alegre por las veredas de los boliches que ahora lo saludaban como viejos amigos.

En Lavalle se paró frente a un quiosco, en donde un viejito judío despachaba cigarrillos. —¿Me da un Particulares liviano, abuelo?

Y después, marcando su paso con un taconeo más canyengue que nunca y silbando un tango audazmente desfigurado por trinos y firuletes, se coló por la escalera del subte, rumbo a Villa Devoto.

Un señor alto, rubio, de bigotes [1]

1- "Un señor alto, rubio, de bigotes" se publicó por primera vez en Stilcograf, Buenos Aires, 1963. Seguimos la edición de Razón y Revolución, Buenos Aires 2010.



Es aquí. Pero este ascensor… la portería… yo los conozco, me parece. ¿Cuándo vine yo aquí? ¿Una semana? ¿Un año? No puedo darme una idea. ¡He caminado tanto en este tiempo!

Además todas las oficinas, más o menos… y los ascensores también. Subo a un ascensor y ya me veo buscando a alguien, preguntando, corriendo de aquí para allá. Sí, ha de ser eso.

Y sin embargo… el tablero… las puertas. Yo esto lo conozco. Alguna vez estuve aquí, estoy seguro.

Bueno, pero no interesa. ¿Dónde está la tarjeta?

Es esta. Señor García, de parte del señor Perrondo. Séptimo piso, oficina 712.

—¡Al séptimo!

…de esto algo tiene que salir… segundo… tercero… señor García de parte del señor Perrondo. Vamos a ver qué pasa.

…quinto… sexto… García de parte de Perrondo.

García de part…

—¡Gracias!

Y este pasillo también… pero ¿cuándo?

¿Cuándo?

Setecientos ocho, diez, doce. Es aquí.

—Buenos días, señorita. El señor García por favor…

—Sí, como no señorita…

Los dos sillones, la mesita… el cuadro… el ruido de la máquina… pasos en el corredor…

Sí, yo le digo que soy amigo de Perrondo, ¡total! …la corbata en su sitio, los puños… ¿Qué hora será? Y este dolor en el pecho que me joroba ahora. Bostezo, me miro las uñas. Espero.

El tiempo. Uno se mete en él como en una carpa.

Afuera pasos, voces… el ruido del ascensor… una bocina. ¡Pero todo eso lejísimos! …En otro mundo.

Aquí el tiempo lo cubre completamente a uno.

Uno mismo es el tiempo. Creo que hace falta un poco de entrenamiento para sentir esto.

Antes me molestaba esperar. Ahora no. Me meto en la carpa, cierro todas las aberturas y espero. ¿Qué quiere decir “las diez y media”?

Pienso que esperar es una cosa importante. Algo así como una ocupación fundamental. Uno espera y cumple su vida.

¡Estoy macaneando! ¿Qué hora es? Lo que hay que hacer es mostrarse dinámico, optimista. Cara de triunfador. Así se consiguen las cosas. La corbata en su sitio, los puños, caminar erguido. Muy bien.

¡Pucha cómo tarda! ¿Se habrá olvidado de que estoy aquí?

El tiempo… García de parte de Perrondo. Yo lo conozco a Perrondo. Perrondo es amigo mío. ¿Del trabajo? No, de la familia. Amigo de la familia desde hace diez años. Eso es.

¿Se habrá olvidado? Diez minutos más y pregunto.

El tiempo.

—Señorita, ¿el señor García?

— Ah… perdón, perdón. Pensé que se había ido.

…los sillones …la mesita …el cuadro.

¿Qué será este dolor? Juego con los dedos en la madera. Espero. No existe el tiempo. Me meto en la carpa

………………………………………………………………

—Ah, sí, sí. ¡Gracias señorita!

—El señor García. ¡Encantado! Sciardys, a sus órdenes.

—Bien, señor García, el señor Perrondo me indicó… me dijo que usted podría…es decir, me dio esta tarjeta para…

………………………………………………………………

La calle otra vez. No me gusta caminar por la calle cuando ando así. Sobre todo si uno tiene los zapatos gastados. Uno se mira los zapatos y está listo.

Además las paredes, crecen, crecen hasta el cielo, se amontonan allá arriba y lo aplastan a uno.

Llámeme dentro de dos meses. No, no. ¿Cómo era? Venga a verme de aquí un par de meses. Así me dijo. Y que lo viera al señor Bucini, director de Radiar, de parte suya.

Todos los días, después de las catorce y treinta.

Lavalle al mil quinientos. Lo veo hoy. ¿Qué hora es? No hay tiempo para volver a casa. Me quedo por aquí entonces. Lavalle al mil quinientos. Señor Bucini de parte del señor García.

Un espejo. ¿Para qué me habré mirado? Yo me imaginaba bien plantado, rozagante. Así como para presentarme y conseguir cualquier cosa. Me vi flaco, desgarbado… ¡y con una cara! Cara como para que digan que no. Cara que invita a decir que no. ¡Mire señor, usted puede decirme que no, con toda confianza! No hay peligro de que me extrañe o que lo tome a mal. Estoy acostumbrado a que me digan que no. ¡Dígalo señor! ¡Dígalo sin miramientos! ¿No ve que lo estoy invitando con esta cara a que me diga que no?

No, esas son pavadas. Si empiezo a pensar así no voy a ningún lado. Lo que tengo que hacer es componerme un poco antes de entrar. Una cuadra antes empiezo a sonreir. Así, ¿ves? Saco pecho… levanto la cabeza… camino ligero… tra la… la la. Eso.

La cara no quiere decir nada.

Pero este dolor… voy a tener que ir al médico un día de estos.

No, no hay que mirarse los zapatos.

Y las casas que se hacen más altas. Esas ventanas allá arriba que lo miran como despreciando. Como haciéndolo caminar a uno por una zanja. Y la gente. Toda apurada. Todos haciendo algo…

¡Es horrible caminar así por la calle! ¿Dónde hay un café?

Bucini de parte de García, a las dos y media. Radiar es una casa importante. Yo la conozco. Si este Bucini pudiera hacer algo…

—¡Un café con leche, mozo!

Hasta las dos y veinte no salgo. De aquí a Lavalle al mil quinientos son diez minutos. Me quedo en el café. Cualquier cosa antes que andar por la calle haciendo tiempo. Están las paredes. Están los espejos en las vidrieras. Y además me veo los zapatos.

Está la gente. Todos ocupados. Todos aprovechando los minutos. Haciendo cosas importantes. ¿Por qué no podré estar así yo? Ocupado, ¡ocupadísimo! Caminar rápido por el centro, o sentarme frente a un escritorio y hablar por teléfono. Decir por ejemplo: ¡vení a verme a las cinco en punto! Antes no porque estoy ocupado. Tenemos quince minutos justos para charlar. Y ¡plaf!, colgar el tubo. Señor Sciardys, ¿qué hacemos con esto? ¡Páselo a tal lado! ¡Pim! ¡paf! con seguridad, con firmeza, ocuparme de cosas importantes.

¡Qué se yo! Estoy cansado de vivir así esperando.

Como si en el mundo, o en la vida, o en ese juego misterioso que tiene la gente, no hubiera lugar para mí.

Este dolor debe ser el cigarrillo. Empezó hace una semana y no me deja tranquilo. Cuando me canso un poco me duele más y se extiende hasta el brazo. ¿Justo ahora tiene que venir esto? Me da rabia porque me parece que me quita seguridad, que me deprime, y que todo eso se debe notar.

No, no se puede notar. Son ideas mías. Es cuestión de presentarse bien. De mostrar alegría. Señor Bucini,

¡encantado! Con soltura, con optimismo. Eso es lo principal.

Las dos y cuarto. —Mozo, ¿cuánto es?

Caminar rápido. No mirar a los costados. No mirar los zapatos. No ponerse a pensar en las paredes. Las paredes lo aplastan a uno. Lo escupen desde las ventanas. Yo también ando apurado. Soy igual que la gente.

Es en esta cuadra. La sonrisa. Así, de oreja a oreja. Después la cara se acostumbra y uno parece sonriente.

Radiar…

—El señor Bucini por favor…

—Segundo piso. Gracias.

—El señor Bucini por favor. ¿Mi nombre? Sciardys. Ese, ce, i, a, ere, de, y griega, ese.

—Sí, gracias, señorita.

La sonrisa. La corbata en su sitio. Caminar derecho.

Espero. Me paseo.

—¡El señor Bucini? Scyardis, ¡encantado!

—Yo estuve recién con el señor García… el señor García me dijo que viniera a verlo…

……………………………………………………………

La calle. Las paredes. Estoy cansado.

¿Por qué hay tipos que tienen como una cáscara alrededor? Uno quiere llegar a ellos, acercarse. Y es imposible. Pero mejor es que no piense en Bucini. Por aquí no hay nada que hacer. Eso es seguro.

De todas maneras me dio un dato. No creo que lo

conozca a este señor Domingo Márquez. Ni siquiera me dijo que fuera de parte suya. Pero es un dato y hay que aprovecharlo. ¿Iré ahora? Sí, voy ahora. Quién me dice que a lo mejor…

Además así las paredes no me atrapan… Me muevo, corro. Las agujas del reloj y la tacita de café no van a estar allí, mirándome, estudiándome, sabiendo cada cosa que hago y cada pensamiento que se me cruza. No me van a mirar cómo mato el tiempo.

Señor Domingo Márquez, gerente, Belgrano 774.

¿Qué se toma para ir?

—Señor, ¿para Belgrano al setecientos, por favor?

—Gracias.

No pienso en Bucini. No pienso en nada.

El colectivo. La gente que empuja. ¿Saldrá algo de aquí?

No alcanzo a ver la calle. ¿Dónde estamos?

Tengo que presentarme bien. Con soltura, con alegría. Márquez es un tipo importante...

—¡En la primera, chofer!

Belgrano 774. Es allí enfrente. Cruzo la calle ahora —¡qué raro!— no me duele nada el pecho.

El ascensor otra vez. Otra vez la sensación de estar corriendo, buscando a alguien.

—¡Al cuarto!

Sonrío. Me compongo el saco. ¿No habrá salido este Márquez?

—Ah… ¿el cuarto? Gracias.

—Buenas tardes, quisiera hablar con el señor Domingo Márquez.

—Sí, Fernando Sciardys. Ese, ce, i, a, ere.

—¿Señor Márquez? ¡Encantado!

—Mire, señor Márquez, yo venía porque me enteré… me dijeron que había una posibilidad y entonces yo vine para preguntar, para ver si es posible.

……………………………………………………………

¡Abajo!

Córdoba 2552. ¡Voy ahora mismo! El señor Otero.

Esta vez me lo dijo bien claro. Otero con seguridad tiene algo. Vaya a verlo.

Sí, voy, voy ahora mismo. No quiero perder un minuto. ¡A ver si lo alcanzo! Córdoba al dos mil quinientos. Llego hasta Córdoba y de allí tomo cualquier cosa. ¡Rápido! ¡Rápido!

Señor Otero. Esta vez es seguro. Señor Otero.

Córdoba al dos mil quinientos. ¡Ojalá no se haya ido todavía!

¡Quince minutos, señor Otero! ¡Quince minutos y estoy allí! ¡Espéreme, por favor!

Se hace tarde... ¡Yo tomo un taxi! ¡Espere quince minutos más, señor Otero, no se vaya!

—¡Taxi!

—A Córdoba al dos mil quinientos, ¡rápido, por favor!

Fumo. Miro la calle. Voy más rápido que la gente.

Más ocupado. ¡Pucha, el tráfico! ¿Por qué no pasará de una vez?

La corbata en su sitio, los zapatos… no, no hay que mirarse los zapatos.

Otero con seguridad tiene algo. Así me dijo. ¡Gracias, señor Márquez! ¡Y yo que casi no pensaba ir! ¡Cómo vienen las cosas, así, de pronto, cuando uno menos las espera!

Ya falta poco. Mil novecientos… dos mil… Llego justo a tiempo. ¿Estará todavía en la oficina? Dos mil doscientos… dos mil trescientos… ¡Ese camión que no deja pasar! Dos mil cuatrocientos. En la otra.

—¡Aquí nomás, cobresé!

El saco. La corbata. Me arreglo los puños. —El señor Otero, por favor.

—¿Esta escalera? Gracias. ¿Se habrá ido?

—Buenas tardes, señorita. ¡El señor Otero por favor!...

—¿Qué? ¿No está?

—¿Pero va a venir? Sí, sí, yo lo voy a esperar.

¡Cómo no!

—No, no, prefiero esperarlo aquí.

—Fernando Sciardys. Ese, ce, i, a, ere, de, y griega, ese.

—Sí, gracias, señorita. ¿Usted me avisa cuando llega entonces, porque yo no lo conozco. —Muy bien, muy bien, espero nomas.

…Espero. No puedo quedarme sentado. Me paseo.

…las puertas …los sillones …el reloj…

Enciendo un cigarrillo.

Pero al rato me aburro de caminar y me siento.

El sillón que se hunde… el techo… el ruido de las máquinas…

El tiempo. Uno se mete en él como en una carpa… Pero el señor Otero vendrá en seguida. No hace falta la carpa.

Espero. Otro cigarrillo.

Me está doliendo el pecho otra vez. ¿Qué será esto?

Señor Otero, usted me va a salvar. Usted es mi esperanza, señor Otero.

El tiempo. Espero. Yo siempre espero a alguien. Pero esta vez es seguro. Márquez me lo dijo bien claro.

El tiempo. Me meto en la carpa. Cierro todas las aberturas y espero.

El guardapolvo blanco de la empleada… el vidrio de la puerta… los dibujos del parquet.

¡Qué tarde se hizo!

…los ruidos de la calle …un timbre …alguien que tose.

Tengo miedo de que no pase por aquí. O de que la empleada se olvide. El tiempo.

…El cesto de los papeles …pasos que se alejan.

Espero.

—Señorita… quería preguntarle…, ¿cómo es el señor Otero? Por si usted se va, ¿sabe? Así yo sé cuando él viene… lo saludo, me presento.

—¿Cómo? ¿Alto, rubio, de bigotes?

—Sí, sí, lo voy a conocer.

—Gracias, gracias.

Alto, rubio, de bigotes. El señor Otero es un señor alto, rubio, de bigotes.

“Con seguridad tiene algo. Vaya a verlo.”

Pero el tiempo me aplasta. Me borra la sonrisa de la cara. Me paseo. No hay que mirar los vidrios. No hay que mirarse los zapatos. La corbata en su sitio. Los puños.

—¡Cómo me duele el pecho!

Es tarde. Oigo puertas que se cierran… oigo voces que dicen “hasta mañana”. Han apagado la luz en la otra oficina.

Un señor alto, rubio, de bigotes. Un señor alto, rubio, de bigotes. Yo lo voy a conocer.

Me levanto. Me asomo al corredor. Oigo pasos en la escalera. Sube alguien. Debe ser él. Debe ser el señor Otero. ¡Por fin!

Lleva un traje azul… sombrero claro… lo tengo de espaldas… ahora se da vuelta.

No… no… me había parecido.

Espero. Tiene que venir.

Camino. El corredor… la baranda… Bajo la escalera.

¿Y si subiera en este momento? Me detengo. Pero es mejor bajar. Es mejor estar abajo para verlo.

Bajo. Salgo a la puerta.

La gente… los autos… Se está haciendo de noche.

…¿eh? ¿Este que viene aquí? Es alto, rubio… ¡Viene para este lado! No… no tiene bigotes. No es el señor Otero.

El señor Otero es un señor alto, rubio, de bigotes. Un señor alto, rubio, de bigotes que me va a salvar. Va a hacer un lugar para mí en el mundo. Me va a quitar todos los problemas. También este dolor al pecho, ¿no es cierto señor Otero?

…un señor alto …tiene un portafolios en la mano…

No, no es.

La gente no entiende nada. No saben que estoy a punto de salvarme. Los pobres no esperan al señor Otero. Me dan lástima. Yo estoy mucho mejor que la gente.

…¿Este? Tampoco. Parecía, pero no es rubio.

Yo espero al señor Otero. Un señor alto, rubio, de bigotes que tiene todo en la mano. Con seguridad tiene algo.

¡Y la gente no se da cuenta! ¡Pasan al lado mío y no entienden nada! Yo quisiera llamarlos, explicarles. ¡Eh!, ¡señor! Yo no estoy aquí haciendo tiempo, ¿me entiende? Antes sí, pero ahora no. Ahora estoy esperando al señor Otero. Un señor alto, rubio, de bigotes, que me va a salvar. ¿Usted no lo conoce? ¿No sabe quién es el señor Otero? ¡Verdaderamente es una lástima! ¡Él podría ayudarlo a usted también! Sí, pero ahora yo lo estoy esperando. Él con seguridad tiene algo y me va a dar un sitio en el mundo, ¿sabe, señor? ¡Gracias, gracias señor! No, no me felicite. En realidad es nada más que un poco de suerte. ¡Adiós, señor!

¡Cómo tarda!

Los árboles parecen hombres que levantaran los brazos. La luna es un señor rubio que los mira cómo se agitan y se va acercando lentamente para calmarlos.

¿Por qué tarda tanto, señor Otero?

Yo no levanto los brazos pero también estoy agotado. Me duele el pecho. Quisiera llamarlo, señor Otero.

Porque usted no sabe que estoy aquí esperándolo y por eso no se apura en llegar. En traerme la calma que usted tiene con seguridad en la mano.

Es muy tarde. Es de noche y usted no viene. Pero yo lo voy a esperar. Yo lo voy a conocer en seguida.

…la gente… los negocios que cierran.

¿Qué tengo en el pecho? ¿Por qué me duele más ahora?

Un señor alto, rubio, de bigotes, que me va a quitar este dolor del pecho, que va a llegar lentamente para calmarme.

Los hombres siguen de largo. Ninguno es un señor alto, rubio, de bigotes. Son gente como yo. Andan apurados. También se miran los zapatos. También necesitan de usted, señor Otero. ¿Por qué no viene?

Si usted no viene yo me voy a quedar aquí toda la noche, levantando los brazos… y la gente va a preguntar: ¿qué pasa?, y yo les voy a decir que lo estoy esperando a usted, señor Otero. Y entonces todos van a levantar los brazos, y se van a agitar, y todos lo van a llamar a usted para que venga a calmarlos.

¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿No dijo que vendría? Me lo dijo bien claro la empleada.

Los árboles. Los árboles se mueven, levantan los brazos.

¿Eh? Sí, es él. Cruza la calle. Viene para este lado.

Sí, sí, sí, no hay duda. Es el señor Otero. Un señor alto, rubio, de bigotes.

Camina despacio… viene hacia aquí.

—¡Buenas noches, señor Otero! Yo lo estaba esperando. Me dijeron que usted tiene algo y yo venía para que usted.

—¿Cómo, señor Otero? ¿Qué lo acompañe a su oficina? ¡Sí, sí, cómo no, señor Otero!

Me pasa la mano por el hombro. Me trata como a un hijo. Me dice que me quede tranquilo.

¿Pero cómo sabe mi nombre, señor Otero?

¿Todos los problemas, señor Otero? ¿Todos los problemas? ¡Gracias, señor Otero! ¿También este dolor al pecho? ¿Pero usted cómo sabe?

¡Me duele, me duele mucho ahora! No se sonría.

Es cierto. Casi no puedo caminar.

¿Que pronto se me va a pasar todo? ¿Cómo puede usted saberlo, señor Otero? ¿Cómo supo que me dolía terriblemente el pecho?

Yo simplemente quería una ocupación. Algo así como un sitio en el mundo.

No, no me sonría. No me mire así. Yo le hablo en serio. Lo que ocurre es que hace mucho tiempo que espero. ¡Siempre corro de aquí para allá! ¡Busco, busco! Y de pronto me lo encuentro a usted.

¿Todos los problemas dice, señor Otero? ¿Por qué se sonríe?

Pero… usted…

No, no, no, no puede ser, no quiero nada. Yo quiero irme.

Y el pecho me duele. Se me cierra.

Las cosas se borran. Se hacen oscuras.

¿Por qué lo veo solamente a usted? Usted que me mira sonriendo, me toma del brazo. Conoce mi nombre.

¡No, no, yo no quiero! Usted es…

Un señor alto, rubio, de bigotes, que es. Que me sonríe, que me toma del brazo. ¡No quiero! ¡No, no, no!

Me falta el aire. ¡Déjeme ir!

¡No, no, no, no quiero! ¡No quiero!...



ÍNDICE



Autoridades Municipales

Intendente
Julio Garro

Secretario de Cultura y Educación
Gustavo Silva

Directora General de Cultura
Guillermina Allende

Director de La Comuna Ediciones
Facundo Báñez

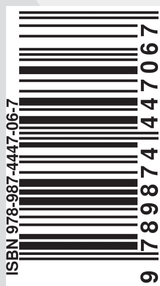
Este libro se terminó de imprimir en el
mes de abril de 2019 en los talleres gráficos
de Los Tilos de la ciudad de La Plata.
Tirada: 300 ejemplares

Precio $150

Este libro, que incluye cuentos de distintas épocas, vuelve a recorrer sus obsesiones: el amor y su derrota, el tango, la amistad, los bares, la ciudad, el fútbol… Flota una ética *gramsciana* en estos siete relatos: un pesimismo de la inteligencia sólo soportable por el optimismo de la voluntad. Nada sucede como debería ocurrir. Y eso es un alivio. El crack que se resiste al gol, el músico despedazado por amor, el artista que pega lentejuelas, el lúcido exiliado que escucha en clave de ficción los horrores que se viven en su patria. Esta fauna entrañable interpela, no se resigna aunque en apariencia así parezca.

Costantini regresó de México en 1984, de un exilio de 7 años, 7 meses y 7 días y murió el 7 de junio de 1987. Cuentan que escribió hasta la última noche. Como si fuera uno de sus personajes, eligió una manera de *sobremorir*. Sus cuentos permanecen e iluminan. Pasen y lean.

Reynaldo Sietecase


ISBN 978-987-4447-06-7


SECRETARÍA DE
CULTURA Y EDUCACIÓN


Estás en casa.